**Juan Esteban Peláez**

# EL INSONDABLE HORROR DE REVIVIR

## Contenido:

AL LECTOR ..... 3
LA VIDA ANTES DE REVIVIR ..... 5
LAS CONSECUENCIAS DE REVIVIR ..... 30
EL DESCENSO DE DANA ..... 63
LA CUENTA REGRESIVA ..... 74

# AL LECTOR

Existe una curiosidad en esta historia: Empieza con las cuatro mismas palabras con las que termina. Esta obra narra la increíble y terrible historia de Jhon Hencker, quien tiene una enfermedad terminal atribuida a una maldición familiar. Para curarse necesita de la ayuda de su tía Helena, quien ya padeció esa enfermedad y logró sanarse (por lo menos de manera temporal). Sólo ella conoce el proceso de sanación, el cual es fantástico y a la vez oscuro. Sin embargo, las consecuencias después de curarse son un punto de inflexión que cambia la vida del protagonista por completo. Y, como si la maldición y la sanación no fueran suficientes, Jhon tendrá que pasar de aprendiz a maestro para poder salvar de la misma enfermedad a una persona amada y muy cercana.

A Jairo García.

Gracias por haberme inculcado el amor por la escritura.

# LA VIDA ANTES DE REVIVIR

**1**

*Azura*, el «Hacha Oxidada»; tú tarde o temprano, más temprano que tarde, me cortarás la cabeza y acabarás con el terrible sufrimiento encubado en mi cuello, que pende carnoso como un tumor maligno y horrible. Ahora que toco esta protuberancia me da asco, pues es grande, muy grande, y hace que mis hombros duelan a causa de su peso. ¡Cómo odio este maldito bulto! Pero no estoy dispuesto a revivir de nuevo sólo para quitarlo; ya lo he hecho, y no me arrepiento, pero ni en mi peor estado de locura volvería a realizar ese ritual oscuro que me permitió vivir veintiún años más.

Todo lo que he dicho con anterioridad puede parecer un desvarío proveniente de un hombre atormentado; y es por eso que primero debo explicar el contexto, pues parece de insanos hablarle a un hacha rojiza y pesada que lanza su larga sombra sobre el techo a causa de la chimenea bajo ella. Dirán que estoy demente, y sí lo estoy, pero por motivos muy válidos y aterradores.

Mi nombre es Jhon Hencker, y mis antepasados lejanos provienen del extranjero. Mi tatarabuelo logró comprar unas tierras al norte de un pueblito mágico llamado Sural, de hermosas casitas blancas y calles empedradas, techos de tejas y enredaderas con flores veraneras púrpuras y anaranjadas. Es un pueblo pequeño y pintoresco, y no dudo al decir que puede ser uno de los pueblos más hermosos del mundo. La gente allí es amable, pero son casi vasallos de nuestra familia, pues casi todos trabajan en la mina del norte, en las tierras que compró mi tatarabuelo.

La mina es de esmeraldas y nos ha dejado una fortuna para nada despreciable. Por lo mismo, mi familia logró construir una hermosa mansión en las colinas del norte de Sural, cerca de una bella laguna llamada La Laguna de Fausto (dudo que el nombre haga alusión a la obra de Goethe, pero por su aspecto tenebroso uno puede imaginarse a Mefistófeles caminando por sus bordes fríos). La ciudad más cercana es Miraflores, al norte, pero queda a más de una hora en auto. Y al sur se abren incontables hectáreas de cafetales que salpican de manera maravillosa las siseantes elevaciones verdes, coronadas de vez en cuando por alguna casona colonial de amplios balcones y jardines internos.

La riqueza ha pasado de generación en generación, pero la fortuna no es lo único que se ha heredado. Desde antes de que mis antepasados llegaran a Sural, ya varios cargaron con lo que se puede llamar una «maldición», una condición conocida por mis familiares desde el medioevo, y que con el tiempo y el método de ensayo y error se ha podido retrasar, pero con consecuencias nefastas.

La maldición es simple: Un tumor en la nuca que va creciendo hasta volverse una masa enorme. La masa crece de forma acelerada los últimos dos años de una veintena, y si no es tratada el portador muere de manera inevitable. No todos mis familiares nacen con esa horrible deformidad en el cuello; pero, para mi desdicha, yo soy uno de los miserables elegidos. Mas no todo está perdido, pues hay una forma de quitar el tumor, o por lo menos de retrasar su crecimiento. Es un extraño ritual (si se puede llamar así) que permite una cura temporal, y es ese ritual el tema central de este relato… y sus despreciables secuelas.

## 2

Tuve una niñez privilegiada, viviendo en un pueblo llamado El Santuario, a dos horas de Sural. Allí fui a un colegio privado y estuve rodeado de lujos, lejos del sufrimiento de muchos de mis vecinos. A los dieciocho empecé a aprender los secretos de la minería, y ya acompañaba a mi padre a la mina para verlo trabajar como director de ciertos procesos. Mi madre siempre se dedicó al hogar y tengo una hermanita menor llamada Dana, a quien de cariño llamo *Nana*. A Dana le llevo diez años, y en la actualidad es mi mayor apoyo; es la persona a quien más amo en la vida… aunque me entristece saber que seré yo el motivo de su sufrimiento.

A los dieciocho años empezó a crecer el tumor de forma acelerada. Ya mi familia me había advertido que apenas el tumor empezara a crecer debía mudarme con mi tía Helena a la casa de Sural, al lado de la laguna, pues ella me ayudaría a curarme. Pero antes de irme di rienda suelta a mi obstinación juvenil, y me involucré sentimentalmente con una jovencita llamada María (el nombre más común del pueblo). María y yo tuvimos un noviazgo fugaz, y de él nació Luis, mi hijo. La noticia fue catastrófica para mis padres, pero después de varias discusiones aceptaron su rol de abuelos.

En cuanto a María, los conflictos empezaron sólo un año después. No negaré mis pecados: Le fui infiel varias veces, y ella lo sabía, pues todos en el pueblo nos conocían. Estas infidelidades hicieron mella en la relación, pues si se pierde la confianza se sacrifica la tranquilidad que lleva a la felicidad. Las discusiones se volvieron muy frecuentes. Cada vez que iba a la mina ella armaba un gran escándalo pensando que iba a verme con alguna otra mujer. A veces era cierto, por lo que yo me anticipaba buscando un motivo de discusión y, de esta manera, llegar tarde a la casa para poder verme con mis amantes. Ahora que menciono esto sé que darle poder a un joven inexperto es crear un idiota: Al tener gran riqueza todas las jovencitas querían salir conmigo, y yo, inmaduro e intrépido, no desperdiciaba oportunidad alguna.

Las peleas con mis padres se intensificaron seis meses antes de cumplir los veinte años, pues ya había pospuesto por más de un año mi viaje a Sural. Y el tumor seguía creciendo, a tal punto que utilizaba bufandas para disimular esa asquerosa carnosidad, incluso en días calurosos. Mis padres estaban muy afanados por enviarme a vivir con mi tía para que ella me ayudara con la enfermedad.

—A ella también le salió ese tumor y sabe cómo curarlo. Ella te ayudará —decía mi padre—. Pero debe ser antes de que cumplas veintiún años. A los veintiún años el tumor llega al cerebro, y en ese punto ya no hay retorno.
—Sólo ve por unos días, hasta que Helena te ayude, y después puedes volver para ver a tu hijo y, si quieres, intentar arreglar la relación con María —decía mi madre.
La relación con María para mí era secundaria, pues tenía más mujeres; pero separarme de Luis sí era un motivo de dolor. Luis era la razón por la cual no había querido salir de El Santuario. Iba y lo visitaba casi todos los días antes de ir a la mina para llenarme de fuerzas y energía. Su sonrisa iluminaba mi jornada, y para mí era maravilloso verle los risos negros al viento, verle las cargaderas sobre sus jeans azules, verle su sonrisa entre sus cachetes rosados y su torpe caminar hacia mí. Luis era mi razón de ser, y quizás el único motivo por el cual estaba dispuesto a ir a Sural para curarme. Él me amaba con locura, lo sé, pero después de mi ida a Sural todo cambió, y sólo mi hermanita se quedó conmigo.

## 3

Para mí la despedida no fue triste ni trascendental, pues pensaba quedarme con Helena unos cuantos meses y volver a El Santuario para estar con mis padres, con *Nana* y con Luis. No estaba muy motivado por ver a María, pues las discusiones eran cada vez peores.
Sin embargo, *Nana* sí lloró cuando me despedí de ella. —¡No quiero que te vayas! —dijo con su tono infantil. Dana tenía sólo nueve años, y yo la había acompañado y cuidado toda su vida. Nunca nos habíamos separado más de una semana, y ella estaba muy apegada a mí.
—Tranquila, *Nana*, que yo volveré pronto y te visitaré cada vez que pueda —le dije mientras la abrazaba y le tomaba la cabecita. Le sequé las mejillas y añadí: —También puedes ir a la mina si quieres, y allí nos veremos. Voy a estar donde la tía Helena, pero también voy a seguir trabajando en la mina con mi padre.
Al decir esto miré a mi padre, y este meneó con la cabeza, como si supiera que no volvería a la mina durante un buen tiempo. Él no dijo nada y yo tampoco pregunté, pero supuse. Entonces miré a mi madre y en sus ojos había un inmenso dolor, como si yo fuera una res que va directo al matadero. Sus ojos vidriosos tenían una expresión de sufrimiento; pero no por mi ausencia, sino por mis próximas vivencias. Es como si ella sufriera por mí antes que yo sintiera aquel sufrimiento, un sexto sentido que sólo las madres desarrollan, como si ellas mismas, sin saberlo, gobernaran en un mundo metafísico.
—¡No te vayas! —insistió mi hermanita, como si intuyera un nefasto hado. Me tomó con sus manitas y lloró con fuerza.
La abracé, le di un beso en la cabeza y me apresuré a abrazar a Luis. María no estaba allí para despedirme, lo que en parte me alegró. Le di un beso en la cabeza al niño y le tomé las manitos rechonchas, como si quisiera petrificar esas manitos en mi mente. Le acaricié el rostro y volví y le besé la cabeza. Me despedí de mis padres y fui con Saúl, el conductor, hacia Sural, para ver por fin a mi tía a Helena.

Anduvimos por una carretera rodeada de elevaciones boscosas y hermosas, bajo un sol dulce y dorado que lograba colar sus rayos entre los ramajes, hasta llegar a Miraflores, una gran ciudad cosmopolita de altos edificios y calles concurridas. Allí Saúl compró algunos víveres que le pidió mi tía y continuamos el recorrido. Estuvimos subiendo durante casi una hora, hasta llegar al Bosque de Niebla, un bosque que rodea todas las elevaciones que se encuentran

alrededor de Sural (incluyendo la laguna). El Bosque de Niebla hace gala a su nombre, pues apenas llegamos al linde una bruma gris y tenebrosa rodeó con manos invisibles el vehículo como un manto fantasmal. Los árboles se veían borrosos entre la niebla, y el cielo permanecía encapotado y gris, un cambio muy notorio. Después de conducir entre la niebla por veinte minutos empezamos a descender, el velo brumoso amainó como espantado por un encantamiento y, frente a nosotros, se abrió el hermoso pueblo de Sural, colorido y maravilloso.

A Sural había ido contadas veces durante mi niñez, y recordaba con incomodidad las visitas a la tía Helena. Me parecía una vieja amargada y su casa me parecía en extremo aburrida, pues no había juguetes ni tenía amigos cercanos para salir a jugar. Pero debo aclarar que Helena no era ni vieja ni amargada. De hecho, no recuerdo una sola vez que me haya gritado o me haya regañado. Por el contrario, siempre tenía ese tono suave y calmado… esa calma me molestaba. Es como si tuviera todo bajo control. Cuando niño confundía esa seguridad con amargura, ese poder con vejez; pero ni una ni la otra. Recuerdo que las últimas dos visitas me sentí muy incómodo con ella, como si mi alma la repeliera de manera instintiva. Recuerdo que en esas últimas visitas ella no me insistía para que me le acercara, pero me miraba con detenimiento, incluso con tristeza, pues miraba mi cuello y sufría por mí. En ese momento no podía explicar el motivo de mi repulsión hacia ella, pues no era su olor o su aspecto; era algo visceral, pero ahora lo sé con lujo de detalles.

Estuvimos con Saúl en Sural durante una hora. Almorzamos y hablamos sobre la mina y sus horarios. Después del almuerzo Saúl me llevó a la mansión, erigida entre las montañas, cerca del lago y bordeada del Bosque de Niebla, a sólo una hora de la mina y lejana de todo y de todos, aislada y misteriosa.

Saúl salió del pueblo y condujo cuesta arriba hasta adentrarse en el bosque neblinoso. Subimos por casi una hora hasta llegar a una pequeña plaza con una fuente de mármol blanco. La fuente tenía pilón ancho y en la mitad había una estatua de una hermosa mujer, con sus vestimentas y su cabello en movimiento; una obra maestra a la altura de Corradini o de Bernini. La plaza era empedrada y blanca, y tras la plaza estaba la hermosa mansión, blanca y con tejas rojas. Ese sería mi hogar mientras el incómodo tumor era removido. Y en la puerta permanecía de pie mi tía, entre la sutil neblina, vestida con impecable elegancia y con la cabeza altiva y arrogante, de rostro bello y bondadoso, y cabello brillante y castaño. Allí estaba Helena.

## 4

—¿Te duele? —me preguntó mi tía con delicadeza mientras miraba el tumor.
Yo meneé con la cabeza, alejándome de ella por acto reflejo. —Me pesa y me duele el cuello y los hombros, pero no me duele el bulto —le dije. En ese momento me sentí apenado, pues me había lanzado hacia atrás como si escapara de un leproso.
Ella se dio cuenta, pero nada dijo. —¿Puedo verlo más de cerca? —me preguntó con dulzura y calma.
Tal petición me hizo sentir horrible. Tenía la ilusión de que ella no percibiera mi rechazo, pero era más que obvio. Entonces intenté ser más lógico y encontrar el motivo de mi aversión.

Un dulce perfume le rondaba el cuerpo, y su rostro era fino y hermoso. No era el rostro de anciana que recordaba; de hecho, Helena tenía sólo treinta y tres años. Para un niño, alguien de más de veinticinco años ya es un viejo; pero ahora, adolescente, la veía muy bella. La piel era pulida y el cabello castaño le brillaba límpido bajo la luz gris que entraba por las ventanas. Helena no era desagradable, por el contrario, la lógica dictaba que era una mujer hermosa y elegante. ¿Entonces por qué me causaba tal molestia?

Ella se acercó y tocó con sus dedos el bulto en mi cuello. En ese momento sentí el frío de sus dedos, un frío críptico y aborrecible. Y no sólo eran sus dedos: ella entera despedía un frío sepulcral y lacerante. Su alrededor era incluso más frío que el aire de la sala.

—Tiene un gran tamaño —dijo con suavidad mientras quitaba esas manos delicadas pero incómodas de mi cuello—. Cumples los veintiún años, ¿verdad? —preguntó mientras ordenaba a Idalí, la sirvienta, que trajera unas bebidas. Era claro para mí que Idalí también sentía ese asco hacia Helena, pues temblaba y sudaba al acercarse a ella, aunque intentaba disimular.

—Si. En seis meses –respondí mientras tomaba el jugo de mora que Idalí me traía—. Gracias —le dije.

Ella me sonrió y le dejó la bebida a Helena sobre la mesa, incapaz de entregársela en la mano. Permanecía pálida, como si hubiera visto un fantasma.

Mi tía poco caso hizo al gesto. Agradeció y tomó el vaso. —Tenemos tiempo, pero no podemos perder un sólo día —dijo—. Necesito que me ayudes desde mañana a cortar leña.

La petición me pareció fuera de lugar. —¿Leña? —pregunté. Entonces miré la chimenea que había en la sala. Estaba apagada. —¿Acaso la chimenea no es eléctrica? —interpelé para escaparme de tales tareas.

Helena sonrió. —Yo lo haré contigo —aseguró.

—Pero cortar leña es una tarea del siglo pasado. Dile a cualquiera que te ayude. ¿Por qué nosotros cortaríamos leña? —insistí, pedante y perezoso. No me imaginaba cortando leña. Conocía bien el dolor del esfuerzo físico, pues había visto trabajar a los mineros y, por lo mismo, quería evitar ese suplicio.

—Mañana empezaremos —dijo mi tía ignorando mis palabras—. Por ahora lo mejor es que vayas a dormir. El tumor crecerá estos últimos meses, así que no te asustes. Pronto estarás curado, por lo menos por veintiún años más —aseguró mientras levantaba la cabeza y me mostraba su cuello. Ella tenía un pequeño bulto allí, casi imperceptible.

Yo asentí y me dispuse a desempacar.

## 5

En la mansión vivían Helena, Idalí, dos guardaespaldas llamados Óscar y Julio, y Saúl. Yo ahora era el sexto habitante de la casa, pero no tenía intenciones de vivir allí por mucho tiempo; pues era mi primera noche y ya extrañaba a mi niño, y a mi hermanita, y a mis padres.

Mi habitación era enorme y contaba incluso con baño privado. El viaje me había agotado, y el tumor me pesaba cada vez más, por lo que me dispuse a dormir. Esa primera noche fue enigmática, pues la casa estaba rodeada de brumas, arboledas y montañas. El viento a veces batía con fuerza las ventanas, causándome algunos sustos intermitentes, y otras veces una luz lunar, plateada y enigmática entraba por mi ventana, alargando las terribles sombras de mi cuarto. Esa noche no pude conciliar el sueño profundo.

Cuando el iluminado amanecer dominó la cúpula estelar, Helena entró a mi habitación y prácticamente me obligó a levantarme y bañarme. Desayunamos y, casi de inmediato, salimos a la parte posterior de la mansión para, literal, cortar leña. Quedé muy sorprendido al ver a Helena llegar con una enorme hacha de doble filo. A duras penas podía cargarla. La cabeza del hacha estaba rojiza y verdosa, bastante oxidada. Me apresuré a ayudarle; pero al recibirla me di cuenta de cuán pesada era.
—¿No podemos utilizar una sierra eléctrica? —pregunté.
—No, debe ser con esta hacha —respondió mi tía sin cambiar el sutil tono de su voz.
—Y si conseguimos un hacha más pequeña —insistí—. Quizás con una más pequeña podemos cortar más leña.
—Debe ser esta —repitió Helena. Me pidió que le devolviera el hacha y que pusiera un pequeño madero en un tocón cortado. Así lo hice. Entonces fue ella quien, con trabajo, levantó el hacha y dejó caer el filo. Ni siquiera le atinó al madero. Volvió a levantar el hacha y esta vez rozó el madero, pero no lo partió. Para mí fue obvio que mi tía no hacía esta tarea muy seguido.

Durante toda la calurosa mañana estuvimos intentando partir la leña, pero sólo pudimos partir tres leños. Helena partió dos y yo uno. La tarea fue un completo fracaso. Ambos quedamos con los brazos adoloridos, sudorosos y jadeantes. Mis manos empezaron a mostrar ampollas. A la hora del almuerzo ni siquiera podía levantar los brazos a la altura del hombro. Sentía que me habían molido a golpes.
Mi tía también estaba agotada, pero dijo sin dudar: —Mañana lo intentaremos de nuevo.
—Intentemos con un hacha más pequeña. Esa hacha es muy pesada —le pedí, pues no quería pasar de nuevo por ese tormento físico.
Pero ella meneó la cabeza. —Debe ser esa hacha —aseguró mientras tomaba un sorbo de agua con avidez.
No insistí más y me dediqué a comer la deliciosa ternera que Idalí había preparado, acompañada de arroz y un delicioso puré. Me incomodaba tomar los cubiertos por las ampollas, pero el hambre era más voraz que la fatiga.

Durante toda la tarde estuvimos hablando sobre toda la familia. No tocamos el tema del tumor ni de su cura. Al hablar con Helena me di cuenta de que era en extremo agradable y muy inteligente. Ella era quien llevaba las finanzas de la mina, además de manejar los incontables sobornos a políticos y autoridades. Era muy astuta, demasiado astuta para su edad. Aunque no pasaba las cuatro décadas, tenía la sabiduría y la inteligencia de una anciana de quizás cien años; después supe el origen de estas cualidades.

Sin embargo, aún me sentía incómodo. Aunque la conversación era fluida, evitaba a toda costa acercarme mucho a ella. De manera inconsciente había puesto una mesilla entre nosotros, intentando alejarme lo más posible sin ser tan obvio. Algo de ella me trastornaba, algo oculto, las «vibras» como dirían los *hippies*. La rondaba un aura terrorífica, negra y gris, como si la vida se hubiera escapado de ese cuerpo hermoso y ahora fuera sólo un cascarón sin esencia. Durante todo el día todos la habían evitado, tanto los guardaespaldas como el conductor. Idalí acudía a su llamado luchando contra su propio instinto, obligada por el deber; pero era notorio su miedo. Saúl no salió de su habitación en todo el día (incluso desayunó y comió en su cuarto), y los dos guardaespaldas evitaban entrar a la casa. Era claro para mí que

preferían permanecer fuera de la mansión, así el viento frío azotara sus cuerpos. Preferían resguardarse en el carro que compartir estadía con mi tía. Sólo ingresaron cuando la noche ya estaba bien entrada y Helena estaba en su cuarto.

Pero mi querida tía no trataba con despotismo a ninguno. Por el contrario, era muy amable con sus colaboradores. Se preocupaba porque todos comieran bien (aunque a menudo los hombres preferían comer en el pueblo), y les hablaba con candor y bondad. Para todos era inexplicable la energía que rondaba a mi tía y causaba tal repulsión. Y ella, resignada, sólo sonreía e ignoraba los desplantes, las caras de asco y terror, y el temblor de quién se le acercaba. Era casi estoico el comportamiento de Helena que, en vez de convertir su amargura en tiranía, pasaba por alto esas viles e involuntarias actitudes de quienes la rodeaban. Y sólo me bastó un día para darme cuenta de todo esto.

## 6

Pasaron las semanas. Todas las mañanas mi tía salía al patio trasero, hacha en mano, a partir la leña. Se le notaba el esfuerzo para sostener la pesada hacha (casi no podía cargarla, sus piernas se doblaban y encorvaba su espalda); pero cada día que pasaba la blandía con más pericia.
—Había perdido la práctica, pero el cuerpo tiene memoria, y ya no me pesa tanto —me dijo un día mientras se limpiaba el sudor de la frente y movía el cuello para mitigar el cansancio. Tenía el cabello cogido en una cola de caballo y vestía jeans y una blusa azul.
—¿Por qué retomar esta tarea ahora? —le pregunté mientras la detallaba, cansada pero victoriosa.
—Porque no pienso volver a perder un ser querido —me respondió de manera enigmática.
No entendí en el momento, así que dejé pasar tan trascendental comentario.

Yo a veces le ayudaba con la leña, pero en otras ocasiones, impulsado por mi impertinente inmadurez, me negaba y le gritaba que esa era una tarea inútil. Algunos días me sentía amargado, claustrofóbico, y sólo deseaba volver a mi pueblo y ver a mi hijo y a mi familia.

—¡Déjame ir! Ya no quiero estar en esta vieja casona con una mujer amargada —le grité un día en el que no me permitió bajar al pueblo, prohibiéndole a Saúl que me llevara. Pero ni ella era amargada ni la casona vieja era el problema. El problema era que yo, un adolescente brioso e inquieto, quería salir, conocer jovencitas, tomar alcohol y bailar. Sólo quería ser un joven fiestero, pues a esa edad se cree que los veinte años son el fin de la vida (aunque para mí era un tema más estricto). Sentía que me perdía parte de mi vida estando allí, encerrado entre montañas y árboles, blandiendo un hacha pesada y vieja, comiendo y durmiendo.
Helena me miró fijamente mientras le gritaba tales barbaridades, pero no respondió con gritos ni con insultos. Cualquier otro familiar me hubiera echado de su casa y me hubiera dejado morir presa de mi inmundo tumor; pero ella no lo hizo. Simplemente me dijo con calma: —Entiendo tu frustración. Faltan unos pocos meses. Después de tu curación podrás salir de esta casa vieja y podrás tener de nuevo tu vida. Podrás ver a tu hijo y a tu hermanita, y podrás bajar a la mina para ayudar a tu padre. Sólo te pido paciencia durante estos meses.
Me sentí como un verdadero idiota al escucharla. Sabía que ella me estaba acogiendo en su casa, me daba buena comida y me estaba ayudando a sanar; pero la frustración inmadura me

ganó en ese momento. Después de ese altercado empecé a ayudarla con la leña, aunque seguía pensando que era una tarea vana.

Durante esos días conocí más a los trabajadores que vivían conmigo. Idalí hablaba mucho cuando estaba nerviosa, y aunque tenía un terror inexplicable por mi tía, la quería mucho y le servía con devoción. Óscar era muy amable, el típico gigante divertido. Me habló sobre su esposa y sus dos hijos que vivían en Troneras, un pueblo al sur, más allá de los cafetales y al otro lado del río. Su padre había servido a mi abuela como guardaespaldas, por lo que en teoría era un trabajo generacional. Óscar quería mucho a mi tía Helena, pero, al igual que todos, sentía un miedo irracional al acercarse a ella, como si un vértigo terrible invadiera su estómago. El gigante no sólo servía como su guardaespaldas, sino que era los ojos y oídos de mi tía en Sural. Conocía mucha gente y tenía una enorme red de informantes. Óscar era pieza clave para el trabajo de mi tía en la mina. A Saúl lo conozco desde que tengo memoria. También es un hombre fiel a la familia y es digno de confianza. Es quien tiene los contactos fuera de la región, y muchas veces es él el encargado de llevar «regalos» a los políticos y a la policía. Finalmente está Julio, el otro guardaespaldas. Con Julio no conversé mucho, pero Helena confiaba en él de manera ciega. Es un hombre de talla alta y pocas palabras, mirada ceñuda y manos nudosas. Yo en lo personal prefería guardar distancia con él.

Ahora bien, Helena se dedicaba a partir leña por la mañana, pero antes de mediodía se encerraba en su estudio a trabajar. Sacaba mucho dinero y enviaba a Saúl a varias direcciones. También examinaba muchos lotes de esmeraldas que le enviaban de la mina, las pesaba y las marcaba. La verdad no entendía nada de lo que hacía. Ella, muy amable, me explicaba. Pero poco aprendí del negocio durante esas semanas, la verdad no me interesaba mucho aprender en ese momento. Mi tarea inmediata era simple: Esperar a que pasara el tiempo para curarme de esa fea bola de mi cuello y, por fin, ser un joven normal y volver con mi familia.

## 7

Una mañana de septiembre llegó un hombre mal vestido y apestoso a la mansión. El obeso llegó gritando improperios hacia mi tía. Ella me mandó a llamar y, momentos después, dejó entrar al molesto hombre.
—No importa lo que diga, no le respondas —me pidió mi tía con calma, incluso con orgullo. Yo asentí.

Entonces entró el hombre acompañado de Óscar. Estaba agitado y molesto.
—¿Ahora en qué te puedo ayudar, Fabio? —preguntó mi tía con calma.
—¡Queremos más ganancias! —gritó el sucio hombre—. Nos están dejando una miseria. Ya un comprador me dijo en cuánto están vendiendo las esmeraldas y a nosotros no nos queda nada. No somos sus esclavos y merecemos más ganancia del negocio, porque nosotros somos los que nos partimos la espalda para sacarlas de los socavones.
—Hay costos de transporte, seguridad y comisiones que tengo que cubrir. No puedo pagarles más en este momento —dijo Helena con gran mesura, sin dejarse alterar por la actitud del hombre.
Yo en cambio, sentía que la sangre me hervía por la actitud del minero. No estaba acostumbrado a que alguien me gritara, y un veinteañero es temerario y se cree más fuerte

que los demás. Los gritos me incomodaban. Pero miré el sereno rostro de Helena y me contuve.
—¡Vieja codiciosa! Espere y verá cómo le jodo la producción. Voy a hablar con los compañeros —gritó, pero el cuerpo le temblaba, como si temiera a Helena, y ese temor le causara furia.
—Si quieres puedes hablar con ellos Fabio, pero Sural tiene los mineros mejor pagos de la región. Pueden ir a buscar más ofertas en otras minas y se van a dar cuenta de las buenas condiciones que tienen acá. Y aclaro, ni soy vieja ni soy codiciosa, sólo administro el negocio familiar. Voy a hablar con el resto de los accionistas para determinar si se puede realizar algún aumento salarial, pero por ahora no prometo nada —respondió Helena con gran prudencia, intentando calmar a Fabio.
El minero, sudando y molesto, escupió en el suelo y salió de la casa. —¡Queda advertida! —gritó antes de salir, acompañado de Óscar.
Todo ese alboroto me sorprendió y a la vez me enfureció. —¿En verdad vas a subir los salarios? —pregunté mientras sentía todo mi cuerpo temblar por la adrenalina.
Pero Helena meneó la cabeza, y se dirigió a Óscar, que había vuelto después de dejar a Fabio en la puerta. —Quiero que averigües quién habló de nuestras ganancias en Miraflores. También quiero que estés atento a los movimientos de Fabio en el pueblo.
—Si, señora —respondió Óscar, nervioso.
Mi tía me miró y dijo con su suave tono de voz: —Fabio es un sindicalista codicioso. Él quiere quedarse con parte de la mina y piensa que si logra frenar la producción nosotros cederemos a sus demandas. Quería que lo conocieras porque hay una enorme probabilidad de que tengas que lidiar con él en su momento.

## 8

Llegó octubre, el mes donde me curaría. Para ese momento ya me había acostumbrado al lúgubre ambiente de la mansión y a los grises y nublados días que se abrían sobre el Bosque de Niebla. Desde mi llegada sólo había bajado cuatro veces a Sural, donde recibí una incómoda atención por la hinchazón en mi cuello, y no había ido ni una sola vez a la laguna. No había visto a mi familia ni a mi hijo, y no había ido a la mina. Había estado encerrado durante meses con Helena. Pero ya había llegado el mes donde el tumor desaparecería. Esos días el tumor había crecido de forma progresiva, a tal punto de volverse bastante molesto. Me miraba al espejo la deformidad, y me horrorizaba. Me sentía un monstruo bicéfalo y espeluznante. Aunque no me dolía, sabía que pronto devoraría mi cerebro y me quitaría la vida si Helena no me ayudaba. La desesperación y la ansiedad se empezaron a apoderar de mí durante este mes, pero Helena me calmaba.

—Cumples años el 27 de octubre. Tranquilo. Aún tenemos algunos días, y sólo es necesaria una noche para que te cures. Pronto sanarás —me aseguró mi tía ante un reclamo mío nacido de la ansiedad y el miedo. Cada día que pasaba sentía más peligroso el tumor. Era como si la gélida muerte avanzara hacia mí con cada ocaso, como si mi cumpleaños número veintiuno fuera el límite de mi existencia.

Durante esas noches no pude dormir a causa del temor a morir. Rodé en la cama y miré el techo por eternas horas, mientras el insomnio espantaba mi sueño. El vértigo en mi estómago

no cesaba, pues sentía el podrido aliento de la parca en cada rincón de mi habitación, quitándole a Luis a su padre, a mis padres a su hijo, y a *Nana* a su hermano mayor. Sólo quien tiene una enfermedad terminal o está condenado a muerte podrá entenderme. El tener los días contados causa una ansiedad y un terror inconmensurables. Las ganas de vivir se aferran a cada fibra del cuerpo, agudizando los sentidos y agotando los músculos. ¡Que noches tan largas! Además, había un agravante: Helena se había negado a explicarme el proceso de curación. Sólo me dijo que debía realizarse montaña arriba, cerca de la Laguna de Fausto.
—¿Acaso hay algún médico experto que me extirpe el bulto allá arriba, en la montaña? —pregunté ansioso.
Y ella respondió: —El tumor está anclado al cerebro desde el nacimiento, no se puede extirpar.
—¿Entonces cómo se cura?
—Ya lo sabrás —respondió con enigma.

Sólo una semana antes de la fecha límite se sentó conmigo y me empezó a hablar sobre el oscuro proceso.
—¿Qué sabes de la maldición? —me preguntó mientras se sentaba frente a mí con majestuosidad. Su perfume inundaba la habitación y sus ademanes eran tranquilos y suaves. Sin embargo, aún sentía ese raro estupor al acercarme a ella, una sensación cercana al temor.
—¿Qué te han dicho tus padres?
Yo negué con la cabeza, ignorante de mi condición. —Sólo sé que algunos familiares nacen con este tumor, y que hay una forma de curarlo; pero no sé más —respondí mientras me sobaba la protuberancia del cuello—. Mis padres siempre evitaron hablar del tema. En la familia se maneja como si fuera una «maldición» de la cual no se debe hablar. Durante mi niñez el bulto no era tan incómodo, por lo que no le presté mucha atención. Sólo estos últimos dos años creció y ahora parece una bola de tenis —añadí con repugnancia. Me sentía feo, como Cuasimodo escondido en *Notre Dame*; aunque mi escondite actual era una casa en medio de las montañas y con una tutora bella, amable y misteriosa que emitía una energía maligna.
—¿Cómo te has sentido estos últimos días? —me preguntó Helena con tono maternal, mientras clavaba su mirada tierna en mi horrible e hinchado cuello.
—No me duele —respondí.
—Me refiero a tu estado de ánimo —me aclaró.
Suspiré entonces. —Me siento terriblemente ansioso. Tengo un miedo instintivo a morir. No he dormido bien y me siento cansado y asustado. Incluso me siento de mal humor a causa del trasnocho. Sólo quiero que esto acabe para ir a ver a mi hijo y a mi familia.
Ella me escuchó con detalle. —Ya casi acaba todo; pero debo aclararte que nada será como antes.
Puse más atención apenas me dijo eso.
—Podrás ir a donde quieras, pero estoy casi segura de que resultarás viviendo aquí, conmigo —dijo mi tía con gran seguridad—. Igual, quiero que sepas que siempre serás bienvenido a acompañarme —añadió.
La sola idea de quedarme en esa casa tenebrosa me deprimía. Miré entonces por la ventana y vi el cielo gris, los grandes árboles que rodeaban la casa y las elevaciones boscosas del rededor. —Gracias —dije con una inerte decencia.

En ese momento llegó Idalí con dos cafés. Los dejó sobre la mesa y me sonrió amable; esa fue una de las últimas veces que Idalí me sonrió con sinceridad. Entonces miró a Helena y bajó la cabeza, tensa, y se retiró. Pero mi tía sí le sonrió con gentileza, quedando su buen gesto en el aire.
—No es una operación como crees —me aclaró mi tía—. No vas a ir a un hospital clandestino ni vas a ser atendido por ningún médico milagroso.
—¿Entonces en qué consiste la curación? —pregunté mientras tomaba un sorbo de café.
—No puedo explicarte bien cómo funciona, pues ni yo misma sé; pero puede parecerse más a un ritual que a una intervención quirúrgica. No pongas ese rostro de incredulidad. Yo misma soy el ejemplo de que funciona.
—¿Pero puede salir mal? —pregunté.
Helena calló de repente y se ensimismó, como si recordara algo. Incluso noté que sus brillantes ojos se humedecieron. —Sí, puede fallar —respondió con la voz frágil, casi sollozando; pero entonces levantó la cabeza con orgullo, suspiró y dijo: —¡Pero todo saldrá bien! Tú saldrás bien librado del rito.
Tal seguridad me tranquilizó. Habló con tanta propiedad que olvidé mis miedos. Me sentí seguro, como un niño que recibe el apoyo de un adulto. Incluso me sentí curado por anticipado, casi inmune a todo lo que el ritual trajera consigo.
—Primero te contaré sobre la historia familiar —prosiguió con profundidad, como si se sumergiera en días mejores, al tiempo que se sobaba el cuello.

## 9

—Es verdad que esta maldición sólo afecta a algunos de nuestros familiares, y también es verdad que en el medioevo se encontró parte de la solución —dijo Helena mientras señalaba el hacha—. La llaman *Azura*, El Hacha Oxidada. Desde que uno de nuestros antepasados la encontró nunca ha estado lustrosa; siempre ha estado oxidada. Su verdadero origen es un misterio, y sólo hay historias fantásticas sobre su procedencia. La única referencia concreta que se hace de *Azura* es en las *Eddas Magnas*, en el primer libro llamado *Nallhard*, donde se dice que perteneció a una deidad llamada Silena, quien luchó contra una bestia. Tanto Silena como la bestia murieron.
—¿Qué tiene que ver el hacha que utilizamos para cortar madera con nuestra maldición? —pregunté, consciente de que mi tía no era una loca desvariada. Sin embargo, no podía atar cabos entre una historia fantasiosa y mi enfermedad actual.
—*Azura* es necesaria para el ritual. Es el único objeto que permite espantar ciertos «visitantes indeseables» mientras el tumor es sanado —respondió, al tiempo que se quitaba unas hebras de cabello de los rosados labios.
—Disculpa, pero no entiendo —dije con tono irritado a causa de la falta de sueño. Miré de nuevo el hacha rojiza y me toqué el hinchado cuello. Cada vez sentía más dolor en los hombros por el peso del carnoso bulto.
—Te explicaré lo de los visitantes indeseables después de que te cures —aclaró mi tía—. La otra parte del ritual tiene que ver con una sección de la mina, en un socavón cerca de la laguna.
—¿Allí se encontró la cura? —me anticipé a preguntar.

Ella asintió. —El ritual consta de dos partes: Yo debo esperarte fuera de la mina con el hacha, y tú debes entrar al socavón. Sólo debes bajar al oscuro túnel, y cuando salgas estarás curado. Ya no tendrás hinchado el cuello y recuperarás tu vida.
—Suena sencillo —dije.
Pero Helena me miró con ternura, consciente de mi ignorancia y mi inocencia. —Debes tener en cuenta lo siguiente: Hay tres puntos que debes cruzar durante tu descenso al socavón. Descenderás y llegarás a un espacio enorme, semejante a un templo subterráneo de una religión olvidada. Allí te enterarás de ciertos temas. Después abrirás una puerta y llegarás a un pozo profundo. Puedes flanquearlo por una saliente en el borde. Te recomiendo que gatees cuando llegues a este punto. Después cruzarás un pasillo. Cuando cruces el pasillo sanarás.
—¿Es todo?—. Era claro para mí que ella medía sus palabras. No me contaba todo con lujo de detalles, y después supe el motivo.
—Cuando llegues al pasillo sólo debes avanzar. No importa el cansancio o la incomodidad, debes avanzar —me dijo después de pensar muy bien en la respuesta.
Sabía que ocultaba mucho, pero decidí no indagar, pues sabía que ella no me diría nada más.
—Después de cruzar el pasillo saldrás del socavón, y yo te estaré esperando afuera —añadió con un tono diferente, menos sombrío. Puedo decir que parecía motivada y alegre al pensar en ese encuentro.
—¿Algún otro consejo?
Helena se tomó el mentón y miró hacia arriba, escarbando en sus pensamientos. —Sólo avanza. No pienses en volver. Sólo debes seguir adelante.
—¿El socavón se conecta con la mina principal? —pregunté, intentando calcular la profundidad y la distancia de mi travesía.
—No, es un túnel independiente de la mina de esmeraldas de la familia. Y sólo unos pocos conocemos la ubicación, los mismos que sufrimos esta maldición extraña.
—¿Y por qué estamos malditos?
Helena meneó la cabeza. —Sólo conozco rumores. Dicen que un hechicero nos maldijo durante un juicio inquisidor; pero la verdad no creo en maldiciones. Debo admitir que mi pensamiento es contradictorio: No creo en cuentos de brujas medievales, pero basta pasar un túnel en las entrañas de la montaña para curarse de forma milagrosa de un tumor que la ciencia no puede curar.
Callé por un momento, ensimismado. Pensaba con detalle en cómo iba a descender por el túnel, la luz que iba a llevar, el calzado, la ropa. Cuánto tiempo iba a estar bajo tierra, la claustrofobia que iba a sentir, el peligro de gases…
—No te anticipes mucho —dijo Helena al notar mi estado—. En promedio, la mente es mucho más cruel que la realidad. Sólo confía en ti y lánzate, y verás que durante el proceso solucionarás cualquier problema. El pensar demasiado incluso puede paralizarte, y eso no debe pasar. La duda puede ser más peligrosa que la decisión.
Yo asentí. —Tienes razón —dije mientras terminaba el café—. Los grandes logros se han hecho sin pensar en las piedras del camino. Sólo voy a bajar al socavón y subiré sano y salvo.

Hablamos el resto de la noche sobre varios otros temas, como por ejemplo el negocio familiar y ciertos sentimientos en común. Ambos reafirmamos la incomodidad de recibir tanta atención ajena por tener tal deformidad, y el inconformismo con ciertas actitudes de algunos familiares, tanto cercanos como lejanos. Le conté sobre mi caótica relación con María y lo orgulloso que me sentía de Luis. También le hablé sobre mi buena relación con mis padres y mi hermana. Ella me contó cómo era mi padre cuando eran niños (Helena era la menor de

tres hijos). También me habló de cómo se había enamorado de la soledad en esa casa, de su vetusta y fina decoración interior, y de sus góticos paisajes externos.

Pero nada hablamos de la aversión que todos sentían hacia ella, incluyéndome. Tampoco hablamos de cómo sería mi vida después de la curación, pues yo tenía la simple ilusión de volver a vivir como antes, mientras ella, más sabia, tenía pleno conocimiento de los cambios que experimentaría después de curar el tumor.
—Tenemos algunos días para preparar todo. Iremos a la laguna en horas de la tarde, pues uno de los extraños requisitos es que salgas de la mina durante la noche. No sé el motivo, pero así se ha hecho por décadas —dijo Helena mientras se mecía el cabello castaño—. Una vez una familiar lejana no hizo caso a este requisito, y apenas salió de la mina el sol evaporó su piel y su carne. Se volvió polvo, y de ella sólo quedó un esqueleto amarillento y horroroso que crujía. La persona que la esperaba llegó sólo con una bolsa de huesos crepitantes a la casa. Pues esa es la historia oficial —añadió con un tino un poco siniestro y divertido.
Yo hice una mueca, asqueado. —¿Y crees en esa historia? —pregunté, mientras imaginaba la espantosa imagen de un esqueleto tembloroso entre el verde pasto y las amarillas margaritas, a las afueras de un túnel infame y misterioso.
—Es mejor seguir los pasos ya probados —respondió mi tía—. No quiero experimentar si el precio es una vida —añadió—. Experimentar es bueno, lanzar un número aleatorio a una ecuación puede generar un resultado inesperado y, en ocasiones, más óptimo. Tomar un nuevo camino desconocido a veces puede ser una buena idea. Pero es mejor controlar todo si el precio a pagar es muy alto, como por ejemplo si es la salud o es la libertad.
—Entonces iremos por la tarde —dije con vehemencia—. Yo tampoco quiero comprobar si esa historia es real, menos si es mi vida la que está en juego.

## 10

Sentí como la amarga hiel subía a mi garganta. Me vi entonces de rodillas, temblando y vomitando sangre, al tiempo que me tomaba con fuerza el enorme tumor en mi cuello. Entonces me vi en medio de una casa que no era la de Helena, pero sabía que era una casa conocida, y me vi rodeado de personas que no distinguía, pero sabía que conocía. Sus rostros no eran visibles, incluso parecían no tener ojos, nariz ni boca. Y vi a la poderosa *Azura* brillar de rojo sangre, vertical y amenazante. Alguien la sostenía... era una niña pequeña vestida de púrpura y con dos moñas negras. Y el hacha cayó sobre mi cuello hinchado como un rayo escarlata y terrible.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor. Estaba en mi cuarto, presa de una fuerte taquicardia y un sudor frío que me hacía temblar. Escuché entonces el cantar de las aves y el mover de las ramas con el viento fuerte de octubre. Esa pesadilla, con pequeñas variantes, se había vuelto más repetitiva a medida que el día de la sanación se acercaba. Ya faltaba sólo un día para el ritual, un ritual que con el tiempo llamé «El Revivir».

Tener los días contados puede ser en verdad estresante; pero a esa edad yo sólo quería dejar de llamar la atención de desconocidos a causa de mi deformidad. Aunque el pensamiento de la muerte a veces rondaba mi cráneo, la verdad la veía poco probable. No me importaba el ritual, sólo quería sanar y bajar a Sural como una persona normal. También quería ir de nuevo

a la mina sin ser la burla de los mineros. Quería ser un joven común, un padre común, un hijo y un hermano común. Mi ansiedad se sostenía en una cura, una cura casi estética; para mí era más importante dejar de resaltar que soportar el peso del tumor. Es una sensación semejante a la que experimentan las personas que sufren de orzuelos en los ojos o que les falta un diente: Les importa más la vanidad que la dolencia, mientras la dolencia sea tolerable.

Ese día salí con mi tía a partir leña; pero sentía a *Azura* diferente, más pesada y más filosa. Era como si el hacha también se preparara para el oscuro rito en el socavón. Desayunamos y hablamos sobre cómo sería mi vida en tan sólo unos pocos días.
—Lo primero que haré será ir a El Santuario para ver a mi pequeño Luis y a mi familia —aseguré con ilusión. Estoy seguro de que mis ojos brillaron al decir esto.
Helena no parecía tan optimista. —Espero que todo te salga bien —dijo prudente.
—Después iré con mi padre a la mina para empezar a recibirle el trabajo en la dirección, aunque quizás me incline a la parte administrativa. ¿Me ayudarías con eso?
Mi tía pareció más alegre al escuchar esto. —¡Claro que te enseñaré todo lo correspondiente al negocio! —exclamó—. Te insisto que esta es tu casa y siempre serás bienvenido. Aquí podrás trabajar sin problemas. Quizás necesitemos contratar más personas, pero podemos hacerlo.

No hablamos sobre el ritual. Era como si ambos evitáramos el tema, como si un terror espantara la curiosidad por mi parte y la mentoría por la suya. Ambos nos preparamos en silencio. Ella habló con Saúl para que nos llevara cerca del socavón en horas de la tarde. También cubrió a *Azura* con una sábana y la puso en el auto, nerviosa. Yo, un poco más calmado, guardé en mi mochila una linterna, una muda de ropa, una botella de agua y, a petición de mi tía, un botiquín básico. Insisto en que la inmadurez evita asimilar consecuencias, por lo que mi afán era sanar, sin siquiera pensar en el peligro que enfrentaba. Ya todo estaba listo. Al día siguiente todo mi suplicio acabaría.

## 11

El alba llegó cálida y llena de colores tornasolados. Me levanté muy temprano. Ese día no partimos leña, pues *Azura* ya esperaba en el auto. Desayunamos y almorzamos grandes porciones, preparándonos para nuestro esfuerzo físico. Mi tía hablaba poco; parecía nerviosa, incluso asustada. Sus manos temblaban mientras almorzaba, y la voz se le quebraba. Su rostro estaba pálido y no dejaba de mover sus rodillas. Noté todo eso, pero no quería indagar. Yo en cambio intentaba perder el tiempo. Me distraje caminando alrededor de la mansión, mientras la niebla dorada se dispersaba por entre los verdes árboles. Sólo tenía en mente mi curación. Estaba animado, pues ya no tendría ese peso en mi cuello, y ya no me sentiría un monstruo (aunque a menudo nos damos más importancia de la que tenemos). Ahora soy consciente que, para el resto del mundo, yo era sólo un joven con un bulto en el cuello; pero minutos después me olvidaban. En cambio, yo sentía esas miradas curiosas por horas, incluso por días. Cualquier esbozo de sonrisa ajena era para mí una amarga y aplastante burla. Todo esto hundía mi autoestima y afloraba mi inseguridad, aunque para el resto fuera sólo algo pasajero y efímero. Todo esto terminaría sólo en horas, y eso me animaba bastante.

Ya por la tarde Helena me pidió salir del cuarto para encaminarnos a la laguna. Saúl ya había llegado de Sural y estaba listo para llevarnos cerca del socavón. Tomé mi mochila y me monté en el auto, apresurado y con el corazón acelerado, pero feliz. Helena iba en el sillón del copiloto, ensimismada y silenciosa. Dos veces volteó a mirarme, con un amor profundo combinado con un terror insondable. Se frotaba las manos y respiraba hondo; pero ya no había vuelta atrás. Era realizar el ritual o dejar que ese tumor tragara mi cerebro.

El viaje me pareció eterno, aunque sólo duró veinte minutos. No se podía llegar a la laguna en auto, por lo que debíamos caminar cuesta arriba entre el bosque para llegar al túnel.
Nos bajamos del auto y Saúl dijo con profundidad: —Les deseo buena suerte. Acá los esperaré hasta que bajen—. Su tono de voz era diferente al de siempre, esta vez era un tono temeroso, raro de escuchar en el alto hombre.
Yo lo abracé con agradecimiento, pero con poca trascendencia. En cambio, mi tía lo abrazó con fuerza, como intentando absorber del conductor algo de valentía. Saúl devolvió el abrazo a mi tía, luchando con todas sus fuerzas contra el instinto de repulsión y terror hacia ella. Entonces nos dispusimos a subir.

Helena fue enfática en darme a *Azura*. —Necesito estar fresca antes de que ingreses al socavón —me aclaró mientras miraba las copas arbóreas del rededor, verdes y hermosas. Era como si esperara escuchar un sonido particular entre los ramajes.
Yo renegué de manera infantil, pero yo era el hombre, por lo que era el mínimo acto de caballerosidad. Así que tomé el hacha y me la puse en el hombro. Ella me ayudó con la mochila. La luz del día aún era clara, por lo que cuando empezamos el ascenso aún podíamos ver el terroso camino entre los árboles aromáticos. La inclinación era más vertical de lo que pensaba, por lo que en sólo minutos ambos nos cansamos. A menudo resbalábamos con alguna piedra lisa del camino, y los mosquitos eran inclementes, rodeándonos y emitiendo ese terrible zumbido en nuestras caras; pero a excepción de esas incomodidades no tuvimos ningún percance mientras subíamos por la boscosa ladera. Después de casi quince minutos de lenta caminata llegamos a la cima. Desde allí la hermosa Laguna de Fausto era visible.

No quiero extenderme mucho en este relato, pero considero importante describir el paisaje que vi ese día. La Laguna de Fausto es un cuerpo de agua dulce que se encuentra entre las montañas al norte de Sural. Es de un hermoso color azul turquesa, como si muchas joyas preciosas descansaran en su interior. Ese día parecía un hermoso espejo bajo la luz del rojizo atardecer, rodeado de soberbias elevaciones verdes. Muchas flores amarillas asomaban sus bellos pétalos alrededor de la laguna, en las faldas de las montañas, dándole un tono pintoresco al hermoso paisaje crepuscular. Y, sobre el dosel del bosque se veían muchas nubes rosadas, formando un arrebol irisado y espectacular. Fue una imagen inolvidable y mágica.

Descansamos en aquella cima por unos minutos, mirando la laguna allá abajo. Ambos sudábamos, pues la subida por la ladera había sido exigente. Los mosquitos nos picaron las manos durante esos instantes.
—¿Estás lista? —me animé a preguntar mientras jadeaba y movía el brazo para espantar los insectos.

—Yo debería preguntarte eso —me dijo Helena mientras miraba mi rostro con dulzura. Su cabello castaño se meneaba con el viento, y su perfume llegaba hasta mí, mezclado con el olor a pasto y madera.
—Yo estoy listo —le dije, miré la bella laguna y esperé respuesta.
Ella suspiró. —Estoy lista —dijo, aunque sentí que mentía. Tomó una bocanada de aire y tomó a *Azura* con sus manos; pero esta vez la agarró con extrema facilidad, como si fuera más liviana (o mi tía fuera más fuerte). —Vamos, mi querido Jhon, que para esta noche estarás sin ese maleficio —añadió con vehemencia, como si de repente una poderosa valentía heroica la invadiera y le hinchara el corazón.
Yo me levanté, también animado y temerario. Tomé la mochila y la seguí entre las verdes arboledas.

A medida que caminábamos el paisaje empezó a tornarse extraño. Con cada paso que dábamos nos internábamos más en el bosque, dejando atrás la cima y la bella laguna. Descendimos un poco entre los árboles, y casi de inmediato una oscuridad empezó a caer sobre nosotros como un manto pesado y funesto. La luz cada vez era menor, pues allí las copas arbóreas se apeñuscaban, formando una bóveda de ramas cada vez más cerrada y tenebrosa. El aire también se empezó a estancar, tornando pesada nuestra corta caminata. Las flores que allí crecían tenían un olor diferente, amargo, y sus colores eran opacos y apagados. Los mosquitos parecían pulular con más fiereza, tocando nuestros ojos y metiéndose a nuestras bocas, y acompañados de un torrente de zumbidos incómodos que iban y volvían. Así anduvimos por unos minutos hasta llegar a un pequeño espacio plano. Allí los árboles, envejecidos y con barbas azuladas, se abrían en amplio semicírculo, dejando ver el cielo que cada vez se oscurecía más rápido. Al otro lado del plano claro se abría una pequeña y oscura entrada como una boca maligna que engulle todo pero que no deja escapar nada, una fosa peligrosa bordeada de una reja oxidada que sólo muestra una espesa tiniebla. Fue tan espeluznante la visión de la hostil entrada, que incluso me resistí a avanzar. Mis piernas no me respondieron en ese momento, como si mis pies hubieran sido clavados en el suelo. Incluso pensé en volver y bajar al auto, y que Saúl me llevara a mi casa en El Santuario para poder morir esa misma noche. La antigüedad de esa entrada a las entrañas de la tierra era indescifrable; pensé que era casi tan antigua como la tierra misma. Además, una espesa niebla fría y fantasmagórica empezó a bajar de las cimas boscosas como una telaraña gris producida por arañas enormes y demoníacas. Todo el ambiente, capaz de forzar la mengua de cualquier luz, me gritaba para no entrar a ese socavón profundo y siniestro.
Pero Helena me dijo con tono inquebrantable: —¡Vamos, acabemos esto!
Y yo, manso a causa del terror e impulsado por el deseo de estar acompañado en medio de ese terrible paraje, caminé tras ella como un borrego al matadero.

## 12

—Recuerda los tres puntos de referencia —me insistió Helena mientras me acariciaba el cabello y me tomaba el rostro con cariño, como si fuera mi propia madre. El día ya declinaba, pero aún podíamos vernos las caras bajo esa luz moribunda.

Yo, ahora temblando del terror, asentí. Casi no podía moverme. Apenas saqué la linterna de la mochila se me resbaló de las manos, pues el miedo no me permitió asirla con fuerza. La levanté y respiré con profundidad varias veces, intentando calmarme.
—No pienses en volver. Sólo debes seguir adelante. ¡Siempre adelante! —me enfatizó con gran fuerza. Me besó la cabeza sudorosa y me indicó con un ademán que entrara al socavón. La boca de la mina hedía a humedad y a azufre, como si fuera el hocico de un monstruo enorme y primigenio. Yo me tapé la boca con un paño, encendí la linterna y, sin pensarlo más tiempo, me obligué a entrar al lóbrego túnel, semejante a una cripta arcaica y embrujada.

Casi de inmediato me vi descendiendo por un pasadizo abovedado y bajo. Tuve que inclinarme un poco para poder pasar. La luz de la linterna reflejaba las informes paredes, pero el tiro hacia abajo parecía no tener fin. El túnel parecía tener una distancia abismal. Caminé por el pasadizo por varios minutos, sintiendo cómo el bochorno poco a poco se incrementaba. Después de casi diez minutos el camino se empinó abruptamente. En el suelo estaban tallados unos escalones muy delgados y toscos. Eran tan pequeños que tuve que empezar a descender de costado, pues mis pies sobresalían y podía perder el equilibrio (una caída sería mortal). Al principio la pared de roca frente a mí estaba a una distancia prudente, pero a medida que descendía veía cómo se aproximaba, angulosa, a tal punto que pude tocarla con mi brazo extendido. Esto me ayudó un poco para seguir mi descenso, pero poco a poco empezó a aumentar mi claustrofobia.

Y los escalones parecían no terminar. Con una mano sostenía la linterna que iluminaba mi camino, con la otra me sostenía a la pared rocosa frente a mí, y descendía de costado a causa de las extrañas dimensiones de los escalones. Las piernas me empezaron a temblar minutos después, cansadas del esfuerzo físico. Empecé a sentirme sofocado a causa de la caminata, que parecía prolongarse igual que la oscuridad. Iluminé con la linterna sobre mi cabeza y vi con temor que ya no era visible el inicio de la escalinata. También apunté la linterna hacia abajo, y tampoco vi suelo alguno. Decidí descansar un poco, pues me sentía asfixiado, tanto por la proximidad de las paredes como por el miedo que empezaba a incubarse en mi ser.

Ya con las fuerzas un poco renovadas continué mi descenso. El pequeño descanso también me ayudó a tranquilizar mi turbada alma. Hasta que por fin toqué un suelo firme y horizontal. Apenas llegué al final de las escaleras vi con desconsuelo que para continuar debía gatear, pues había un nuevo túnel, bajo e incómodo. Seguí con dificultad por el túnel, mirando siempre cómo las negras paredes desfiguradas se acercaban entre ellas cada vez más, a tal punto de tener que casi arrastrarme pecho a tierra para poder continuar. Y, para mi decepción, al final del pasillo había otra nueva tanda de escaleras casi verticales, parecidas a las que había pasado sólo instantes atrás.

En ese momento mi cabeza empezó a dar vueltas, cansada y agobiada. El sólo pensar en seguir descendiendo causó en mí una ansiedad alterada que incluso se convirtió en dolor físico. No sabía cuántos metros estaba por debajo de la superficie, quizás ya estaba a la altura de la Laguna de Fausto; quizás más abajo. La profundidad abismal me aterraba, y el ver que debía seguir descendiendo me atormentaba aún más. Sin embargo, seguí mi camino, me acomodé como pude, raspándome las rodillas en el proceso, y continué descendiendo, de lado, iluminando con la linterna hacia abajo, hacia una profundidad sin proporción.

El calor seguía aumentando, el aire cada vez se estancaba más y el hedor a humedad proliferaba por doquier. Mis manos ya empezaban a sentir la fatiga, y sentía la tierra entre mis uñas y en mis labios. Mis ojos empezaron a lagrimear a causa del esfuerzo y el aire malsano, y la respiración se me empezó a complicar; pero Helena me había dicho que continuara, y eso hacía.

Después de un enorme esfuerzo y un cansancio en aumento, logré llegar al final de la segunda escalera. Allí había más espacio, por lo que logré acomodarme para descansar. El techo no era muy alto, pero estaba a suficiente altura para no causar en mí esa opresión claustrofóbica del túnel anterior. Tomé algunas bocanadas de ese aire viciado y continué, esta vez caminando, hacia el único camino posible.

El camino tenía una pendiente un poco inclinada, pero el prolongado descenso no exigía tanto esfuerzo. La linterna sólo iluminaba tierra y piedras negras a lado y lado, arriba y abajo. Una fiebre combinada con locura rondaba en mi cerebro, al tiempo que era consciente de la enorme profundidad en la que me encontraba. Estaba abajo, muy abajo, solo, quizás incapaz de volver a subir lo que ya había descendido, ¡y seguía descendiendo! Perdí la noción del tiempo. Sólo caminé, caminé por minutos o quizás horas, en un túnel que sólo mostraba oscuridad al frente. Estaba acostumbrado a bajar a la mina familiar; pero esto no se comparaba en nada. Allá, en la mina de esmeraldas, había lámparas por todos lados, y ascensores, poleas y rieles. Acá no había nada, sólo un prolongado pasillo que parecía ser eterno, como si estuviera construido en círculo, sin entrada y sin salida. Y parecía tener décadas… no, edades… no, eones. Parecía tener una antigüedad terrible.

Cuando ya estaba caminando por inercia en la oscuridad del túnel, cuál autómata troglodita, sentí el aire menos enrarecido. Esto hizo que mis sentidos volvieran a mí y mi atención se concentrara de nuevo, recordando el motivo de mi largo descenso. Al tiempo, el suelo pareció nivelarse y quedar horizontal. Era como si hubiera llegado al fondo incalculable de ese perturbador socavón. Entonces mis ojos, ahora acostumbrados a la luz dirigida de la linterna, vieron con asombro y a la vez con un horror salvaje, cómo el túnel se abría hasta que las paredes desaparecían. Había llegado al primer punto de referencia, había llegado al templo subterráneo.

## 13

Era enorme, colosal, casi como una catedral tallada en las entrañas de la tierra, a una profundidad incalculable. Parecía haber sido construido por gigantes o por bestias interestelares en los albores del tiempo. Apunté con la linterna hacia los costados, y la luz no se reflejó en ninguna pared. También apunté al techo, y la luz no iluminó ninguna bóveda. Caminé con cautela hacia el frente, siempre en sentido opuesto al túnel por donde había llegado, buscando desesperadamente algún objeto para iluminar. Al principio no había nada, sólo iluminaba el suelo, que poco a poco iba pareciendo más civilizado; hasta convertirse en un suelo lustrado de losas grises y pulidas.

El temor de encontrar algo allí me nubló los sentidos. Antes sólo quería salir de esos pasadizos estrechos y descender esas escaleras agotadoras; pero ahora que lo había logrado

temía, temía mucho. Tenía temor de encontrar algo allí, quizás otro humano, quizás un demonio o un fantasma, quizás algún animal monstruoso y arcaico. Temía encontrar cualquier cosa.

Estos pensamientos inconscientes y primitivos hicieron que moviera la linterna con más presura, de un lado a otro, buscando algunos ojos fluorescentes y malignos, o alguna figura aterradora en medio de esa oscuridad abismal. Caminé con más rapidez, hasta empezar a trotar. Sólo mis pasos eran escuchados en ese enorme espacio, confundiéndose con ecos que empeoraban mi estado. Fue en ese terrible desvarío cuando por fin vi algo. ¡Vi algo! Una figura en medio de esa nada tenebrosa y hostil.

Me petrifiqué. Mis manos empezaron a temblar con más fuerza, y sentí cómo un helado pavor trepaba por mi espalda. Mi cuerpo no respondió, aunque mi cabeza gritaba que saliera corriendo de allí, que diera media vuelta y, con mis últimas fuerzas, subiera esos delgados y peligrosos escalones. ¡¿Qué pensaba?! Era para mí físicamente imposible subir por donde bajé. Mi ascenso sería lento, y mi imaginario cazador no se demoraría en atraparme. Pero entonces recordé a mi tía, respiré e iluminé la figura.

Era un banco, un banco de iglesia. Era de piedra, pero tenía la forma de los bancos donde se auspician las misas católicas. Di unos pasos más y vi otro banco, y otro, y otro. Pero al avanzar más e iluminar el quinto banco lancé un ahuecado grito de terror, un bramido vergonzoso para mi hombría, pero inevitable cuando el miedo gobierna la mente. Solté la linterna y salté hacia atrás, cayendo de espaldas y sumergiéndome en la oscuridad, al tiempo que sentía cómo unas gotas de sangre bajaban por mi nariz a causa del pánico. Sabía lo que había visto: Era una persona sentada en el banco, quieta como una estatua y en medio de las tinieblas. Tenía un velo, como una viuda, sola, inmóvil y aterradora.

El alarido se perdió entre los ecos de la tenebrosa estancia. Yo sólo veía el rayo de luz de la linterna, que apuntaba a una pata de una de las sillas. Nada más era visible. Por más que intenté distinguir algo no me fue posible, sólo veía la pata del banco. Imaginé cómo esa persona se levantaba en medio de la intraspasable penumbra y se acercaba a mí, presta a matar. Pero no escuché pasos. ¿Era un fantasma? ¿Podía levitar? Imaginé sus frías manos en mi cuello, su aliento podrido en mi rostro, su risa macabra. Quizás moriría allí, muchos metros bajo tierra y en medio de la negrura y la soledad. Nadie recuperaría mi cuerpo, y sería sólo un «casi lo logra» que sería olvidado en sólo dos generaciones.

Pero nada pasó. No escuché nada. Permanecí inmóvil por algunos minutos, transpirando y con la cabeza levantada para calmar la hemorragia nasal, hasta que me decidí ir por la linterna. No podía quedarme allí sin hacer nada, y no podía esperar a que algo sucediera. Tomé la linterna y la apunté con mi trémula mano hacia la persona que había visto. Allí seguía, quieta, como fosilizada. Estaba sentada sola en el banco, rezando.
—Disculpe —dije torpemente, con una voz tan suave que era casi inaudible incluso para mí. Temblaba de miedo mientras me acercaba, pero ya no me sangraba la nariz.
Nada pasó.
—Disculpe —volví a decir con voz quebrada. Esa palabra, creía yo, era bondadosa, y podría ablandar cualquier agresividad. La bondad es tan poderosa que habla todos los idiomas, y en todos es apreciada. Quizás si me dirigía a esa persona con bondad su reacción sería igual.

No hubo respuesta alguna.
Me acerqué aún más e iluminé por completo la figura. Me costó unos segundos asimilar la situación, pero, para mi alivio, no era una persona, era una estatua grisácea. Sin embargo, su forma era extraña y fantasmal. La describiré como una estatua de una manta vacía con capucha. Era como si una persona hubiera tenido puesta una capucha de yeso; el yeso se hubiera secado y la persona hubiera salido de allí, dejando esa figura espectral.

Iluminé con la linterna el rededor y encontré otras estatuas semejantes, algunas de pie y otras sentadas, pero todas con un ademán de oración y meditación. Conté cinco figuras humanoides y doce banquillos distribuidos en dos hileras. Para mí ahora era claro que ese sitio era un templo, un lugar de oración escondido del mundo, o algo semejante. Seguí explorando hasta ver que, frente a los bancos, había un púlpito de extraños ángulos. En ese púlpito había una sexta estatua, igual a las anteriores, que simulaba dar alguna execrable eucaristía. Y tras el púlpito había un altar enorme de piedra: Un monumento de un arte exótico y misterioso. Me acerqué un poco más para detallar el profano altar, y allí vi, de manera desproporcionada, una pequeña estatuilla de marfil creada con una escalofriante precisión. Era muy pequeña, incluso cabía en mi mano, pero reposaba en un altar voluptuoso y descomunal. Me recordó al faraón Keops, quien construyó la gran pirámide; pero de quien sólo se conoce su imagen por una pequeña estatua. La pulida estatuilla era, al parecer, un monumento de una diosa olvidada; una Semíramis o una Isis de una religión olvidada.

Apenas me acerqué a la estatuilla sentí un temblor inexplicable en todo mi cuerpo. Mis pensamientos empezaron a nublarse y un deseo maniático empezó a apoderarse de mí, obligándome con voces profundas a sentarme en uno de los bancos y escuchara al aparente sacerdote. Incapaz de controlarme, caminé como un poseso y con lentitud hacia los bancos, me senté al lado de una de las estatuas y me dispuse a escuchar. «Allí te enterarás de ciertos temas» me había dicho Helena.

## 14

—He aquí uno de los malditos —escuché una voz siniestra y gutural. La voz no provenía de un origen claro, y ahora estoy seguro de que la escuché sólo en mi cabeza, cual esquizofrénico agravado. La voz cavernaria y gélida continuó: —Como ha sido ordenado por los antiguos, he aquí el manifiesto de la maldición, como es menester:
»*Primis*: El parásito tardará veintiún vueltas al sol para madurar, emerger y devorar el alma del huésped maldito, cual cosechero de muertos.
En ese momento me estremecí al escuchar tal afirmación. Me toqué el tumor del cuello y sentí, o quizás imaginé, que algo se movía en su interior, como una tensa contracción. ¡Era un parásito!
»*Secundus*: El parásito siempre se alojará en el cuello del huésped y no podrá moverse de allí.
»*Tertia*: El parásito morirá si se acerca al Insondable Abismo.
Con una agudeza mental temporal, supe de inmediato que se refería al pasillo que mi tía me había indicado, el último punto de referencia. Sin embargo, nunca supe a qué se refería el nombre de Insondable Abismo. Asumí que era una especie de infierno físico, aunque por el

entorno subterráneo me inclino más por el Xibalba Maya, el reino de la enfermedad y la muerte.
»*Cubiculum*: El parásito renacerá una vez se aleje del Insondable Abismo, pero demorará las mismas veintiún vueltas al sol en madurar.
«¿Entonces para qué sirve todo esto?» pensé, pero no podía emitir palabra alguna. Estaba en trance, manso, escuchando en medio de la oscuridad esa misa apócrifa.
»*Quintus*: El huésped debe ser decapitado con un instrumento divino para liberarse del parásito y de la maldición.
¡Claro, *Azura*! El hacha perteneció a una divinidad antigua, a la diosa Silena.
»*Sextum*: Si el huésped muere sin ser decapitado, el parásito podrá devorar su alma, y el maldito yacerá aquí por la eternidad.
Entonces miré la estatua gris que estaba sentada a mi lado, y lo entendí. Lo entendí todo: En esos bancos estaban mis familiares malditos que no habían sido decapitados con *Azura*. Habían muerto en otras circunstancias, como enfermedades o accidentes. O murieron antes de que *Azura* fuera encontrada por uno de mis antepasados. Un horror me llenó todo el cuerpo al pensar en quedar petrificado en ese templo terrorífico por toda la eternidad. ¡¿Qué horrible castigo era ese?! ¡¿Qué habíamos hecho para merecer tal maldición?!

## 15

La voz cesó. Salí de esa posesión onírica e irreal. Miré con la linterna mi entorno y allí permanecían aún las estatuas de mantas vacías y grises, entre los bancos pétreos de iglesia. Miré al púlpito y allí estaba la otra estatua, y detrás el aterrador y maligno altar con la estatuilla de la diosa desconocida. Sentí entonces un nuevo deseo, el deseo de escapar de allí cuanto antes; pero, de forma inexplicable, sabía que la salida estaba al otro lado del altar. Tomé con fuerza la linterna y me incorporé del banco, miré por última vez el extraño y mortuorio entorno, y me dispuse a seguir.

En efecto, había un pequeño umbral tras el voluminoso altar. Era un poco bajo, pero pude pasar sin necesidad de andar en cuatro patas. Anduve lentamente por un nuevo pasillo, pero a medida que avanzaba sentía que descendía de nuevo. ¡Descendía aún más! El pensamiento de volver me invadió de nuevo; pero el camino de regreso me pareció no sólo fatigoso sino infinito. Bajar es más fácil que subir, y la subida ya no era para mí una opción; menos al conocer los seis puntos de ese manifiesto aborrecible y nefasto.

Espantado y frenado por mi temor, pero azuzado por mi voluntad y las palabras de mi tía, continué bajando por el pasillo por un buen tiempo. El aire allí no era tan malo y no sentía tan desesperante el encierro, pues las paredes del pasaje tenían una distancia prudente. Hasta que por fin llegué al segundo punto de referencia: El profundo pozo.

## 16

Ahora que recuerdo mi llegada al pozo empiezo a compararlo con el maravilloso cuento de Allan Poe. En «El Pozo y el Péndulo» escribe que el pozo está decorado con «emblemas horrorosos y repulsivos, nacidos de la superstición sepulcral de los frailes», figuras horribles

como esqueletos y demonios. Pero para mí no era el caso. Primero pensé que el pozo sería más grande, pues había acabado de cruzar por un lugar de grotescas dimensiones. Tampoco estaba decorado con mampostería horripilante ni demoníaca. Era sólo un hueco negro y profundo en medio de un pequeño corredor ensanchado. Alrededor del pozo había unas anchas salientes por donde se podía cruzar. No tenía ninguna barandilla de seguridad y su oscuridad era intraspasable, casi líquida; pero no era nada más que un simple pozo.

Al principio no dudé en acercarme para pasar por uno de sus bordes; pero a medida que caminaba hacia el pozo empecé a sentirme extraño. La piel se me erizó de repente, como si mi alma intuyera un hado infame y misterioso. Al inicio sentí un pesado cansancio, pero poco a poco se fue convirtiendo en una ansiedad visceral, un impulso suicida e insulso que me invitaba a lanzarme a esas descomunales profundidades. El pozo me llamaba, me susurraba, me pedía que saltara de cabeza al interior de su negra boca. Yo lo sabía, ¡y no podía detenerme!

Caminé unos pocos pasos hacia el interior del abismo circular de bordes informes. Sólo veía cómo la linterna empezaba a iluminar sus peligrosas orillas. Ni siquiera podía ver las salientes de los lados; sólo el inicio de la terrible y embrujada fosa. Mi mente daba vueltas, desesperada por volver; pero mi cuerpo parecía tener voluntad propia. Era como si un cortejo de fantasmas tenebrosos me llamara desde el interior del hueco, invitándome a acabar con todo mi sufrimiento.

Seguí acercándome al abismo contra mi voluntad, temblando, casi convulsionando. Y ya cuando estaba a sólo unos pasos del límite sacudí con mucha fuerza mi cabeza, lo que me hizo perder el equilibrio y caer de rodillas, muy cerca de mi muerte. Casi de inmediato sentí un hedor viscoso que emergió del hoyo como un vapor venenoso y asqueroso. Era como si el mismísimo pozo lanzara un soplo maligno. No podía moverme, pero al menos no seguía avanzando. Esperé allí, al borde del vacío por varios instantes, intentando calmarme y tomando de nuevo fuerzas para poder levantarme y rodear ese maligno precipicio circular.

Sólo podía ver lo que iluminaba la linterna entre mis manos, que para ese momento era el techo plano que no estaba muy lejos del suelo. Quizás dos o tres metros sobre mí. Respiraba con profundidad para mantener la calma y descansar los agotados músculos, al tiempo que un sentimiento profundo de arrepentimiento me roía toda la mente. Quería que todo acabara de una vez. Sentí que mi fuerza y mi valentía me abandonaban.

Entonces vinieron a mí pensamientos terroríficos, agónicos y aborrecibles. Otra vez el pozo empezó a llamarme, al tiempo que imaginé que de sus negras profundidades emergía una araña enorme con un racimo de ojos fluorescentes que me atrapaba entre sus patas y me llevaba con ella al hoyo. Y también imaginé unas manos nudosas de un demonio gigantesco y cavernario que me tomaban y me arrastraban al fondo del abismo. Estos pensamientos de pesadilla nublaron mi razón y me obligaron, de forma inconsciente, a volver a avanzar hacia el hoyo. Me levanté e iluminé la boca circular. Allí estaba, una oscura garganta presta a engullirme. Pero sabía que debía luchar de manera tenaz contra ese sentimiento irracional y horroroso de lanzarme al vacío, por lo que volví a sacudir la cabeza con fuerza, ganándole incluso al carnudo tumor. Esta vez no caí de bruces, pero logré dar media vuelta y empezar a alejarme del hueco.

Ya cuando estuve contra la pared recordé lo que me dijo Helena: «Te recomiendo que gatees cuando llegues a este punto». Y así lo hice. Casi de inmediato sentí menos opresión, incluso menos ansiedad de lanzarme al vacío. Era como si el obsesivo impulso desapareciera de repente. Sin embargo, sentía, de manera inexplicable e incluso ridícula, que el pozo me miraba, pendiente de mí. Me asechaba como un merodeador paciente pero certero. Yo evitaba iluminarlo con la linterna. En vez, iluminé la saliente que lo bordeaba, y continué gateando por varios minutos, hasta dejar ese famélico abismo atrás. ¡Lo había logrado! Ahora sólo faltaba pasar por un pasillo y quedaría curado. Este pensamiento me llenó de una efímera alegría, sin saber que ese corto pasillo de siete minutos era, sin duda alguna, la peor parte del ritual.

## 17

Después de alejarme del hechizado y profundo pozo llegué a un pequeño espacio que me permitió descansar. Me recosté contra una pared en medio de la oscuridad por un momento, y apagué la linterna para ahorrar batería. Sabía que debía apresurarme porque Helena me esperaba, pero el sólo pensar en el ascenso causaba en mí agonía. El pensar en subir de nuevo todos esos delgados peldaños me agotaba. Así que decidí descansar un poco. Cerré los ojos en medio de las tinieblas y allí permanecí no sé por cuanto tiempo, solo, aprisionado por esas profundidades inimaginables, en medio de una oscuridad absoluta y bajo una atmósfera casi insoportable; pero el cansancio era más fuerte que el miedo. Sólo me dormí.

Cuando abrí los ojos no vi nada, era como si todavía los tuviera cerrados. En medio de mi desgonce solté la linterna, por lo que tuve que palpar mi entorno hasta finalmente dar con ella. La encendí y ese pequeño rayo de luz me encandiló, pues cuando la oscuridad es absoluta basta un rayo luminoso para lastimar los ojos, cual verdad en medio de un mar de mentiras.

Ya con mis fuerzas recuperadas, me levanté y caminé por algunos minutos más hasta llegar al pasillo. Era pequeño y sin inscripción alguna (igual que el pozo). Para mi desdicha era muy bajo, por lo que tenía que entrar arrastrándome en cuatro patas como cualquier animal. Suspiré dos veces, me tomé el cuello para recordar el motivo de ese aterrador descenso, y me dispuse a entrar.

Esta vez fue diferente. Apenas entré bajé tres peldaños pequeños, avancé sólo cinco o quizás diez pasos y lo sentí. Antes, tanto en la fantasmagórica «capilla» como en el pozo, mi estado alterado se debía al temor por lo inexplicable y a la ansiedad causada por la oscura ambientación. En otras palabras, antes todo había sido mental. Esta vez era físico, salvajemente físico. Todo, absolutamente todo mi cuerpo empezó a dolerme, desde los huesos más pequeños hasta la piel, subiendo de forma arrebatada en una oleada de adrenalina y agonía. Fui consciente en ese momento de mi precaria posición.

Esa fue la primera y última vez que escuché mi propio grito de dolor. Todos en algún momento sentimos dolor. Todos los humanos nos identificamos con esa palabra, pues es un lastre que todos los seres vivos debemos cargar. Pero cuando yo sentía dolor me quejaba,

gemía y respiraba profundo para liberar un poco la sensación. Nunca había gritado de dolor, y espero nunca volver a hacerlo… aunque ahora estoy seguro de que no lo haré.

Jamás había sentido un dolor tan intenso. Muchos de nosotros nos hemos quemado algún dedo cocinando; el dolor que sentía era ese mismo dolor expandido a todo mi cuerpo. ¡Era como si me hirvieran vivo! Quedé inmóvil, incapaz de seguir adelante. Cualquier pequeño movimiento de cualquier parte de mi cuerpo incrementaba la sensación en los nervios, causando un fuerte paroxismo en todo mi ser. Todas las fibras nerviosas de mi cuerpo despertaron. Casi de inmediato salieron lágrimas de mis ojos. Apreté los dientes casi hasta hacerlos rechinar e intenté respirar, pero no podía tomar bocanadas profundas de aire; el dolor no me lo permitía. Volví a gritar, lanzando un aullido de furor impotente, y quise volver y escapar. Ahora prefería subir mil escaleras que seguir sintiendo ese agudo ardor. Era semejante a una aborrecible tortura antigua. Recordé lo que había dicho Helena: Me había dicho que avanzara, sin importar la «incomodidad». ¡Mentirosa! Esa no era una incomodidad, ¡era un dolor inaguantable! Después, con tiempo, lo pensé mejor, y me di cuenta de que si mi tía me hubiera hablado de ese dolor intenso yo me hubiera predispuesto, y quizás no hubiera siquiera entrado a ese pasadizo negro, pequeño y sofocante.

Entonces, decidido, empecé a gatear hacia adelante, gritando, sintiendo cómo toda mi piel se quemaba. Además, a medida que me movía tenía una sensación semejante al partir de los huesos por todo mi cuerpo, como si me golpearan con un pesado martillo. Todos mis sentidos se agudizaron, hipersensibles, y los segundos se convirtieron en décadas. Mis pensamientos se desordenaron y sólo podía concentrarme en el dolor. Sólo veía la luz tambaleante de la linterna, iluminando el frente negro, las paredes rocosas y el angulado techo casi sobre mi cabeza. Pero el dolor me ganó y tuve que soltar la linterna, pues no podía sostenerla.

Continué a oscuras. El dolor no se iba, y venció mi voluntad. Tuve que detenerme, intentando respirar, pues me estaba ahogando. Apreté los dientes a tal punto de desportillarme una muela. Fruncí el ceño en medio de la oscuridad, gemí y me enjugué en sudor, empapando mi cabello, mi frente y mi ropa. Temblaba caóticamente. Pero el permanecer quieto era como estar dentro de un caldero al rojo vivo, sumergido en un seboso caldo. Y en ese momento se vino a mi cabeza mi hijo. No podía dejarlo, debía salir de esa situación. También pensé en mis padres y en mi querida hermanita *Nana*. Así que continué, frenético y llevado más por el desespero y el padecimiento que por la resolución.

Todo seguía oscuro y siniestro. Tenía los nervios cada vez más adoloridos por el constante sufrimiento. Pensé que me iba a desmayar del dolor y entré en pánico; pero durante ese desvarío vi, gris y tenue, las paredes y el techo del pasadizo donde me encontraba. Ya no tenía la linterna, lo que significaba que estaba llegando al final del túnel. ¡Lo estaba logrando! A medida que avanzaba hacia el final del túnel el dolor se sentía menos intenso.

En ese instante, ya cuando podía ver con claridad una luz de linterna frente a mí, sentí sobre mi cuello algo diferente al dolor. Algo en medio de la oscuridad carcomía mi cuello. Me sentía comido por algo inexplicable, invisible y lleno de matices oscuros; pero no dolía. Me animé y aceleré el paso. Ya podía distinguir que había una lámpara a unos pocos metros de mi posición. ¡Lo iba a lograr! Incluso sentí una suave brisa de aire puro y frío en mi rostro. ¡Era el exterior!

Faltaban quizás dos o tres metros, cuando sentí, de manera inexplicable y atroz, cómo una fuerza poderosa y maligna lanzaba mi cabeza contra el suelo. Sentí, de forma literal, que algún gigante endiablado me tomaba de la testa y me la estrellaba contra el rocoso piso. Escuché el quebrar de los huesos de mi rostro contra el suelo, y sentí cómo las órbitas de mis ojos salieron de mis cuencas. Incluso imaginé el desparramar de mi cerebro en el suelo. Y sentí cómo mis dientes salían volando por todo lado, y cómo mi nariz se achataba y se partía. Me sentí aniquilado por una fuerza inexplicable y demente.

Pero ese horror duró sólo un vívido y nítido instante. Salí de esa nefasta psicosis y me di cuenta de que estaba a los mismos dos metros de la salida. Sentí cansancio y mareo, y un sudor espeso me cubría por completo… pero ya nada me dolía. Me sentía leve, más liviano que de costumbre. Toqué mi cuello y lo sentí delgado. ¡El tumor había desaparecido! Anduve con lentitud hacia la salida y, para mi alivio y a la vez desconcierto, vi que la salida era la misma entrada por la que había iniciado tan horrible experiencia. ¡Era la entrada a la mina!

Salí a gatas y sentí el puro y agradable viento de la noche. Las siluetas de los árboles se recortaban frente al cielo estrellado y los sonidos de los insectos inundaban el ambiente. Era plenilunio. La luna llena bañaba con su luz de plata el entorno nocturno, y pintaba de visos cromáticos el claro boscoso donde reposaba la fosa. Ya más consciente, miré la luz al costado del túnel: Era un farol sobre el pasto húmedo. Y, al lado del farol, iluminada con una luz amarilla y hermosa, estaba mi tía Helena. Tenía a *Azura* en sus manos temblorosas, y ejercía en el hacha tanta fuerza que sus nudillos estaban blancos. Además, tenía la ropa sucia, empantanada, y el cabello arremolinado y lleno de hojas. Sudaba y respiraba fuerte, y se veía muy cansada; pero de su hermoso rostro se desprendía un brillo de alegría. Sus ojos centelleaban y esbozaba una bella y dulce sonrisa, sonrisa esmaltada que nunca olvidaré.

## LAS CONSECUENCIAS DE REVIVIR

### 18

Estuve en cama por días, presa de una fiebre que causó en mí un desvarío rebosante de pensamientos oníricos. Sólo despertaba para comer, pues el estómago me lo exigía con rugidos inclementes. Mi tía Helena me llevaba el desayuno, el almuerzo y la cena a mi cuarto, me mecía el cabello y me preguntaba constantemente sobre mi estado. Yo, animado, le mostraba mi cuello. ¡Era un cuello normal! El pesado tumor había desaparecido. Ahora era un hombre nuevo… pero todo había cambiado.

Después de salir de la terrible mina, tuve una sensación de escozor e incomodidad por varios minutos. Pero esa incómoda sensación fue desapareciendo a medida que caminábamos cuesta

arriba hacia la laguna, en medio de la oscuridad y guiados por el farol que llevaba mi tía. Yo era incapaz de cargar el hacha, por lo que ella la llevaba. Yo a duras penas podía caminar por entre las oscuras ramas y la grisácea neblina. Llegamos a la laguna, pero no pudimos distinguirla entre las laderas por la falta de luz. La luna llena se había escondido tras nubes grises, y casi nada era visible por fuera de la luz del farol. Bajamos y llegamos al auto, agotados y jadeando. Allí estaba Saúl esperándonos. Pareció alegrarse, pero apenas nos acercamos sentí que él se alejaba, como si oliera mal. Miré a Helena, pero ella sólo me tomó de la mano y me ayudó a subir al auto.

Durante el regreso, el conductor manifestó su alegría al ver que yo había sanado, pero era obvio que estaba incómodo y distante de ambos. Parecía temblar y tartamudeaba, intentando disimular su desagrado. Pero esta vez ese desagrado no sólo estaba enfocado en Helena, también estaba enfocado hacia mí.

Llegamos al parqueadero, pasamos por la fuente cristalina y susurrante en medio de la noche, y entramos a la mansión. Nadie nos recibió. Esto me molestó bastante, pues quería celebrar nuestra gran hazaña; pero por el contrario nos encontramos con un silencio absoluto. Todos ya estaban en sus cuartos, quizás dormidos, aunque la noche no estaba muy avanzada.
—¿Quieres hablar sobre el descenso? —me preguntó mi tía mientras colgaba a *Azura* en la pared, sobre la chimenea. Tenía la voz pausada y era obvio que estaba tan cansada que a duras penas podía sostenerse.
Yo, igual de cansado, negué con la cabeza. —Hoy no tía. Creo que lo mejor en este momento es dormir y recuperar fuerzas —respondí mientras me derrumbaba en el sofá.
—Lo importante es que ya estás sano —dijo ella, al tiempo que empezaba a subir las escaleras para bañarse y dormir.
Yo sonreí. —Es cierto —dije con los ojos cerrados, casi dormido, pero con un enorme alivio. Ya todo había terminado… por ahora.

Sólo días después, durante un desayuno en mi cuarto, empezamos a conversar sobre mi devastadora experiencia.
—Son siempre siete minutos, ni más ni menos —aseguró mi tía refiriéndose al cruce del pasillo.
—Lo sentí eterno, como si fueran días —dije mientras comía unos panes que mi tía me había traído. Idalí no se había acercado a mi cuarto desde la noche del descenso.
Helena sonrió. Sus ojos brillaban de felicidad al ver mi recuperación. —Es normal, el dolor enfoca la atención, por lo que alarga el tiempo de manera subjetiva. Todo evento trascendental expande el tiempo y detiene la memoria, por eso es que recordamos eventos importantes, aunque duren sólo segundos. El dolor casi siempre es trascendental, pues no queremos repetirlo, por lo que nuestra mente traza un mapa de experiencias, esperando que no tomemos las mismas decisiones que nos llevarían al mismo terrible suceso.
Yo asentí, mastiqué un pan y dije: —Pero valió la pena. Ya no me siento como un fenómeno. Ahora puedo empezar a trabajar en la mina, y ser un hombre normal, un padre normal y un hermano normal. Ya puedo incluso conseguir alguna novia.
Helena volvió a sonreír, pero no fue una sonrisa feliz, fue melancólica. —Eso espero —dijo de manera prudente—. Pero por ahora te aconsejo que descanses un poco. La experiencia de sanación es traumática, y el cuerpo necesita un poco de tiempo para olvidarla. Tu mente también debe descansar. Quédate en la mansión un mes más y, si quieres, puedes volver a El

Santuario con tus padres y tu hermana. Me imagino que también quieres ver a mi querido Luis.
—¡Claro que quiero! —dije animado—. No quiero ser un padre ausente, y quiero estar siempre al lado de mi Luisito.
Pero en ese momento ignoraba el futuro. Ojalá los humanos tuviéramos varias vidas para realizar varios intentos; pero sólo tenemos una, y cada decisión tiene sus consecuencias. La decisión de bajar a esa horrible mina fue casi obligatoria, pero poco a poco me daba cuenta de que quizás en un futuro el descenso a esa mina sería opcional; pero de ese punto hablaré más adelante. A lo que me refiero con las consecuencias tiene que ver con mi futura relación con el pequeño Luis.
—¿Es verdad todo lo que me dijeron en ese templo profundo? —pregunté, recordando con inquietud esas frases terribles.
—¿El manifiesto?
—Si.
—Es cierto, punto por punto— respondió mi tía mientras miraba mi rostro con detalle. Suspiró, se puso el cabello tras sus orejas y prosiguió: —Los seis malditos puntos son reales. Pero no es el momento de preocuparnos por eso.
—Claro que debo preocuparme —le dije exaltado—. Si muero en un accidente o por una enfermedad estaré condenado a ese horripilante lugar. Me convertiré en una solitaria estatua que mis descendientes verán como un adorno en una capilla tenebrosa. Debo cuidarme.
—Es cierto —dijo Helena—, pero no es el momento. Hace sólo días te enteraste de la maldición, y te queda mucha vida por delante. Si pensamos en la proximidad de la muerte todos los días, la vida sería un mar de ansiedad. Gran parte de la vida es arriesgarse, es permanecer ignorante a los peligros. De lo contrario ni siquiera saldríamos de la casa para recibir el sol. La vida consta de esquivar a la muerte todos los días, y eso lo hacemos sin pensarlo mucho.
Comí el resto del pan y me recosté en la cama. —Supongo que tienes razón— dije suspirando.
—Descansa por ahora. Ya poco a poco recuperarás tu vida, y ahora vivirás sano —añadió mi tía un poco más alegre y vivas. Me tocó la rodilla con su mano y se incorporó para salir del cuarto.
Pero antes de que llegara a la puerta le pregunté: —¿Salí por donde entré? ¿La entrada de la mina fue la misma salida?
Esa pregunta me rondaba la cabeza, pues en ningún momento subí un solo escalón. Nunca ascendí por una rampa o por una cuerda. Siempre, durante toda la caótica travesía, bajé y bajé a una profundidad indeterminada. La situación me recordaba a un grabado de bordes inexistentes y dimensiones extrañas creado por M. C. Escher. Era como si la travesía fuera sólo un espejismo que burla la física y la razón. ¿Cómo era posible salir por la misma entrada si sólo descendí, pero nunca ascendí?
Ella volteó la altiva cabeza y respondió con voz dulce y suave: —Sí, saliste a gatas y exhausto por donde entraste caminando y pálido del miedo; pero si me pides una explicación no puedo dártela. Yo sólo te vi entrar y salir.
—¿Y por qué llevaste a *Azura* a la mina?
Helena calló por un momento, pensativa, y de manera evasiva respondió: —Esa historia te la contaré después—. Y cerró la puerta de mi cuarto.

## 19

Después de un par de semanas, decidí que era suficiente descanso. Me levanté temprano y bajé a desayunar. Apenas Idalí me vio se puso muy nerviosa. No sonrió como siempre lo hacía y, por el contrario, noté en sus ojos un terror inimaginable. La saludé con cordialidad y ella asintió, amable pero asustada. Me senté en la mesa y le pregunté por mi tía.
—Ya debe estar por bajar a desayunar —me dijo con voz débil. Se acercó y puso el desayuno en la mesa. Los platos temblaban en sus manos intranquilas.
—¿Sucede algo?
Pero ella meneó la cabeza. —No señor —respondió angustiada y dio media vuelta.
En ese momento llegó mi tía. Pidió el desayuno y se sentó conmigo.
—¿Le sucede algo a Idalí? —pregunté extrañado.
Pero ella negó. —Creo que ahora puedo hablar contigo con más claridad —dijo calmada. Esperó mientras Idalí le servía el desayuno, le agradeció y le pidió que nos dejara solos.
Idalí aceptó de inmediato, ansiosa por alejarse.
—¿Recuerdas qué sensación tenías cuando eras un niño y te acercabas a mí?
—No recuerdo —respondí, aunque ya sabía dónde desembocaría la conversación. Ese fue el primer momento donde sentí que mi inteligencia se había incrementado, pues vi desde la primera pregunta un camino mental que conducía a una conclusión terrible pero inevitable.
—¿Y recuerdas la sensación después de que yo cumplí veintiún años?
—¿Las dos últimas veces que te visité?
—Sí.
—Recuerdo sentir aversión, como si me incomodara acercarme a ti.
—¡Exacto! —exclamó mi tía. Tomó café y comió una galleta. —También sentiste esa sensación cuando llegaste hace unos meses —afirmó.
—Así es—. Ya no podía negar esa enigmática repulsión. Sentí que ya no debía disimular por decencia; por el contrario, ahora me sentía cómplice de ella.
—No soy estúpida, mi querido Jhon, y tú tampoco. Es obvio que despierto una sensación casi de asco a todos, incluyéndote a ti.
Pero en ese momento me di cuenta de que, mientras hablábamos, ya no sentía esa molestia hacia ella. Por el contrario, me había acercado para hablar con más comodidad. —Ahora no me siento incómodo —aseguré mientras la miraba con detalle, sorprendido y con los ojos bien abiertos.
—Es porque descendiste casi hasta el infierno y volviste. Ahora somos iguales —respondió con oscuridad. Al mismo tiempo un tino de villanía se notaba en su expresión.
Al principio no lo entendí, pero me costó segundos descifrar esas palabras. Sonreí ensimismado y dije: —Ahora entiendo.
—El volver de la muerte causa estupor en los vivos. En ese pequeño y oscuro pasillo, de siete minutos de recorrido, prácticamente morimos y volvimos a la vida. Ese revivir es como zafarse de forma violenta de la mano helada de la segura muerte. Lo que hicimos al bajar a ese abismo maligno fue burlar el flujo natural de la vida. Ganamos más tiempo en este mundo, pero nuestra alma, ahora podrida, incomoda de manera inconsciente a quienes tienen el alma aún pura. Nuestra aura apesta a camposanto, y causamos ese fuerte rechazo natural en todos, aunque nuestros cuerpos rebosen de dulces perfumes y nuestras carnes denoten salud y belleza. Es un sentimiento primitivo llevado hasta el acto reflejo.
En ese momento pensé en mi hijo. —¡¿Y Luis?! —pregunté horrorizado.
Ella meneó la cabeza. —Es tu vida y son tus problemas —dijo para mi desilusión. Pero era verdad, Helena nada tenía que ver con la relación entre mi hijo y yo.

—No quiero ser un padre ausente —le aseguré con un hondo vacío en el estómago.
Ella calló, al tiempo que me miraba con detalle, casi apiadándose de mí.
—¿Entonces ahora seré un paria? —pregunté temeroso.
—Eso no lo sé —dijo Helena—. Sólo puedo hablar desde mi experiencia. Cada vida es diferente a la otra. Todos manejamos tiempos diferentes, logros diferentes, amistades y allegados diferentes. No puedo saber qué sucederá contigo y con tu hijo, o con mi hermano y con *Nana*. Pero puedes estar seguro de que te apoyaré en todo, pues desde este momento somos compañeros de maldición.
El último comentario de Helena, aunque sombrío, me hizo sentir un poco mejor. Le sonreí, resignado, y dije: —Es cierto, ahora somos compañeros. Gracias, tía.

Ese mismo día, terco con respecto a mi nuevo estado, le pedí a Saúl que me llevara a Sural para comprar algunos víveres. Mi tía no puso objeción, pero el conductor no estaba muy animado. Sabía que no me odiaba, incluso entendía su sensación y su malestar; pero igual me sentí muy incómodo y triste por la actitud disimulada de quien me conocía de toda la vida.

Bajamos al pueblo y, casi de inmediato, sentí la excesiva atención. Ahora podía caminar sin necesidad de una bufanda, pues el tumor había desaparecido. Pensé al inicio que la atención de las personas era por mi milagrosa sanación y mi vitalidad; pero después noté cómo todos me evitaban. Incluso algunos se cambiaban de acera para esquivarme. Era una situación irónica: Antes todos me miraban por mi tumor, y ahora que no tenía tumor me evitaban como si fuera un leproso. Fue un choque enfermizo de realidad.

Me sentí tan mal que le pedí a Saúl volver a la mansión casi de inmediato. Sólo compré unos pocos víveres después de visitar sólo tres tiendas. En las dos primeras me miraron con asco; ni disimularon. En la tercera mandaron a una niña a atenderme, pues ningún adulto se atrevió a dirigirme siquiera la palabra. «¡Malditos pueblerinos!» pensé bastante molesto.

Saúl no objetó y me llevó de inmediato a la mansión, un poco aliviado de liberarse de mi extraña y casi obligada compañía. Al llegar fui a contarle a Helena lo sucedido, como un adolescente que quiere desahogarse. Ella me escuchó con detalle, y me dio algunos consejos para que mi situación fuera más llevadera.
—¿Cuándo irás a El Santuario? —me preguntó.
Pensé por un momento en silencio. —Quizás la próxima semana —respondí mientras la cabeza me daba vueltas. Imaginaba el recibimiento de mis padres y de *Nana*. Quizás sonreirían de manera fingida, aunque posiblemente *Nana* sí me rechazaría sin tapujos, pues tenía personalidad fuerte, aunque amorosa, y pocas veces disimulaba sus incomodidades. Pero me preocupaba más la situación con Luis. Era un niño de tres años, y un niño no tiene filtro. Su rechazo era casi inevitable, y por eso quería prepararme para una situación que con certeza terminaría mal.
—¿Quieres que te acompañe? —preguntó mi tía con una actitud protectora.
Pero yo me negué, al tiempo que miraba el portarretrato que tenía en una mesilla al lado de la cama. Allí había una foto de toda la familia, incluyéndome. En la foto yo sostenía al pequeño Luis, de sólo cuatro meses para ese instante. Helena estaba a mi lado, con su brazo en mi hombro. Sólo hasta ese momento noté su apoyo incluso antes del descenso. Esa foto había sido tomada en una de las pocas visitas de mi tía a El Santuario.

—Son mis problemas, tía, y sólo yo debo soportarlos —respondí con gallardía y a la vez con miedo.

## 20

Salí hacia El Santuario en horas de la iluminada mañana de un sábado. Saúl me llevó en el auto. Eran principios de diciembre y el calor era asfixiante, casi insoportable, por lo que me tomé dos botellas grandes de agua dentro del caluroso auto. Quería llegar rápido para reunirme con mi familia y pasar con ellos las festividades de fin de año. Iba esperanzado, pero a medida que me acercaba a mi pueblo natal sentía cómo me rodeaban los demonios de la inseguridad, causándome zozobra y enturbiando mis pensamientos. No sabía cómo actuarían mis padres y *Nana*, pero muy probablemente sentirían la misma molestia que yo sentí meses atrás cuando llegué a la casa de Helena.

Bajamos por la carretera durante varios minutos hasta dejar atrás el Bosque de Niebla. Anduvimos a gran velocidad y, sin detenernos en Miraflores, llegamos a El Santuario sin ninguna novedad. Estaba nervioso. Apenas llegamos a la casa le di la mano a Saúl para agradecerle. Él también me dio la mano, pero vi cómo la frotaba contra su pantalón apenas me daba vuelta para bajarme, como si un insecto lo hubiera picado.

Suspiré y toqué la puerta. Abrió mi madre, y apenas me vio se lanzó a abrazarme; pero casi de inmediato sentí cómo sus brazos se alejaban de mi espalda, como si fuera un abrazo fingido. Noté que ella lo intentaba, impulsada por su amor y su instinto, pero su cuerpo se negaba a acercarse, como si sus músculos tuvieran voluntad propia y les ganaran a sus sentimientos maternales.

Al notar esto fui yo quien se alejó. Entonces vi a mi padre, pero él me saludó de lejos. Sus ojos se iluminaron de alegría al verme, y sonrió, pero no fue capaz de acercarse a mí. Yo entré a la casa y casi de inmediato salió *Nana* de su habitación. Al principio vi que ella sentía en mí un aura maligna, la misma energía pútrida que me rodeaba. Pero, en un impulso indescifrable, se lanzó a abrazarme con alegría y emoción. Su abrazo fuerte fue para mí un bálsamo, pues por fin me sentí amado después del descenso. Por fin me sentí aceptado y querido. Fue mi hermana quien hizo que ese retorno valiera la pena.

Ya después de tal recibimiento empecé a calcular los inconvenientes venideros, más que todo con mi pequeño Luis. Me negué a verlo ese mismo día, pues necesitaba más tiempo para prepararme al rechazo de mi hijo. O quizás sólo quería evitarle a mi amado niño esa sensación terrible de aborrecimiento.

Ese día estuve con mi familia todo el tiempo, hablándoles sobre cómo vivía Helena en la mansión y cómo manejaba el negocio de la mina. También les narré parte del descenso y de los terrores profundos que afronté; pero no comenté nada que pareciera fantástico. Lo único fantástico que conté fue lo referente a mi milagrosa sanación.
—Salí de la mina y ya no tenía el tumor —dije orgulloso mientras les mostraba el cuello.
Todos tres miraron con maravilla, y era clara su alegría por mi recuperación, pero sólo *Nana*, casi obligándose, se acercó y me tocó el cuello.

—Me alegra mucho —dijo con sinceridad, aunque con la voz temerosa, como si luchara contra un miedo irracional que poco a poco se incrementaba.
Yo en ese momento quería celebrar mi curación, incluso hacer una fiesta con las personas más cercanas; pero supe en ese momento que era imposible. Quería festejar por lo alto, pero no había con quién. Mi familia estaba reacia y apenas podía tolerarme. Era obvio para mí que mis amigos buscarían cualquier excusa para evitarme y salir de la fiesta lo más pronto posible. Con ese pensamiento en mi cabeza me pregunto cómo las personas manejan la soledad absoluta. Me pongo en la situación de los migrantes, que cumplen años lejos de sus tierras, solos y a veces con climas inclementes. Nadie les sorprende con una pequeña torta, nadie les cocina una buena cena para celebrar, incluso, a veces, nadie les llama para conmemorar su cumpleaños. Ahora que lo pienso, migrar muchas veces es un tormento disfrazado de éxito.

Al día siguiente mis padres llevaron a Luis a la casa sin mi consentimiento. Ellos estaban ansiosos por ver a mi hijo, y mi retorno era la excusa perfecta. Fueron egoístas, pero yo no les reproché. Cuando me enteré por *Nana* que mis padres habían ido por el niño empecé a caminar por la habitación de lado a lado, nervioso. Las manos me empezaron a sudar y empecé a sentir un vacío en el estómago. Me daba físico miedo el rechazo de mi amado hijo. Pero un rayo de esperanza me calmaba por instantes: Si *Nana* podía superar su miedo hacia mí, quizás mi pequeño Luis lo haría. No lo veía hacía casi medio año, y ahora sólo quería abrazarlo.

Cuando el niño llegó con mis padres salí a recibirlo. Él estaba vestido con un jean azul y una camisita amarilla a cuadros. Había crecido quizás veinte centímetros y estaba bien peinado. Estaba bañado y perfumado con una colonia dulce, y sus cachetes estaban colorados por el calor del día. Me animé mucho al verlo y sonreí. Pero apenas me acerqué Luis empezó a llorar, aterrado. Era como si viera en mí un monstruo desagradable y espantoso. Me quedé petrificado y conmocionado. No avancé más. El niño me miraba con pavor, sumergido en un ataque de pánico. Mi padre lo alzó y se lo llevó fuera de la casa, en medio de su agudo lloriqueo. Avancé por impulso para detenerlo, pero mi hermanita me tomó del brazo. La miré y ella, temblando, meneaba la cabeza, haciéndome entender que era mejor dejarlo ir.

La vida no es justa, pues la vida humana es sólo un minúsculo revoltijo de actos y consecuencias diminutas que nada le importan al vasto universo. Así de pequeños e insignificantes somos, y lo que no importa no se amolda a una justicia superior y divina. Allí estaba yo, quieto, mirando cómo mi padre y mi madre se llevaban a mi asustado hijo al parque, alejándolo de mí. Mi presencia aterraba a mi hijo, alarmaba a mis padres y espantaba al resto del mundo. ¿Para qué había sanado? ¿Qué había ganado al descender a ese socavón embrujado y tremebundo? Ahora estaba sano, tenía un cuello normal, no estaba deforme; pero todos huían de mí. ¡¿De qué servía todo mi esfuerzo?! Pero entonces miré a mi lado y allí estaba mi hermanita, de pie, estoica, mirándome con amor y a la vez con susto.
«Por ti valió la pena, mi querida *Nana*» pensé mientras, angustiado por la situación, le devolvía la sonrisa.

## 21

Los días en El Santuario pasaron veloces e inclementes. En sólo semanas ya me había aislado de las personas del pueblo. Salía sólo cuando era estrictamente necesario, y cuando lo hacía de inmediato sentía cómo todos me miraban de lejos, murmuraban y estrujaban sus facciones en señal de desaprobación. Incluso mis padres empezaron a evitarme. Sólo *Nana* me acompañaba. Ella hablaba conmigo siempre con su tono dulce y alegre, y me abrazaba y me tomaba de la mano. Nadie más se atrevía siquiera a tocarme. Fue mi hermanita la que hizo que mi estancia en mi propia casa fuera un poco más tolerable. Para ese tiempo *Nana* tenía once años. Era una niña muy alegre. Jugaba a ser princesa y me hacía comida con plastilina. En el pueblo era muy querida; pero supe que tuvo un altercado con otros niños porque ellos le dijeron que era hermana de un zombi, de un muerto viviente. También le dijeron que yo era un monstruo y que debería darle vergüenza ser mi hermana. Ella les gritó para defenderme, pero llegó a la casa llorando. Ese día me sentí angustiado, a tal punto de respirar hondo para no llorar con ella. Todo esto hizo que empezara a contemplar la propuesta de Helena: Quizás lo mejor era vivir con ella en las montañas; tanto para mi familia como para mí.

Con el transcurrir de los días me sentía más irritado. El aislamiento al que me habían forzado me molestaba, pues mellaba mi ego juvenil. Antes, con el tumor, no pasaba de ser más que un fenómeno de feria; pero ahora me sentía como un ente infeccioso al cual se debe evitar a toda costa. Sin embargo, recordé la sensación que tenía cuando me acercaba antes a mi tía, y los entendí a todos. También me apegué más a Dana, pues sabía el esfuerzo que mi querida hermana hacía para permanecer a mi lado.

En cambio, las veces que intenté acercarme a Luis fueron caóticas e infructuosas. El niño palidecía apenas me veía, y su madre, aprovechando la situación, lo alejaba cada vez más de mí. Ya para agosto simplemente desistí, consciente de que jamás podría acercarme de nuevo a mi hijo. Mis padres visitaban al niño con frecuencia, pero yo permanecía encerrado en mi cuarto, pensativo y de mal humor. Ya lo había decidido: Volvería con mi tía Helena al Bosque de Niebla después de año nuevo.

Durante los próximos meses tuve una fuerte depresión. La distancia de mi hijo me afectó más de lo que yo mismo había imaginado. Dormía casi todo el día y había días en los que no me bañaba ni me afeitaba. Al principio mi madre me llamaba a desayunar y almorzar con ellos; pero a medida que pasaban las semanas permanecía más en mi habitación. Era *Nana* quien me llevaba allí la comida. Empecé a sentir la levedad de la vida y la poca importancia de mi presencia en ese pueblo. Incluso me sentí como un estorbo para mis padres. El suicidio empezó a rondar los helados bordes de mi cerebro como una alimaña peligrosa; pero al ver el rostro sonriente de *Nana* olvidaba esos terribles pensamientos. Ahora es claro para mí que fue mi hermanita quien me salvó la vida durante esos difíciles meses.

Llegó el mes de diciembre. Ya se había cumplido un año desde mi horrible descenso, pero aún recordaba esa increíble y maligna experiencia segundo por segundo. Incluso a veces sentía el terrible dolor y el frío miedo. Desde hacía cuatro meses no veía a Luis, por lo que olvidé sus ademanes y su voz. Mis padres me toleraban, pero mi depresión los disgustaba. Amo a mis padres, pero poco a poco la situación empeoraba. En diciembre tuvimos varias discusiones, y mi aviso de partida pareció tranquilizarlos; pues ambos confiaban en la tutoría de Helena, aunque sintieran por ella la misma incomodidad que hacia mí. *Nana* no quería

que me fuera, pero le dije que podía llamar a Saúl cuando quisiera para que la llevara a la mansión.

La despedida fue triste, más que todo por mi hermanita. Mis padres, conscientes de que su instintiva actitud me afectaba, lloraron mucho ese día. Fue tan fuerte su sentimiento de remordimiento que ambos se acercaron y me abrazaron. Ambos tiritaban de miedo, pero me dieron un fuerte abrazo. Incluso mi madre me dio un beso en la frente, aunque sintió que besaba un purulento cadáver (o eso creo). *Nana* me abrazó con fuerza mientras lloraba desconsolada. Yo le sequé las mejillas y le di un beso en la frente. María, con aire triunfante, llevó a Luis para que me viera partir. Yo le voleé la mano de lejos, serio y sintiéndome un padre anodino e irresponsable. Mi niño sólo volteó la cabeza, evitando mirarme. Ahí supe que toda relación con él estaba perdida.

Partí con Saúl hacia Sural. En Miraflores compramos algo de comida, pero yo no me bajé del auto, pues deseaba evitar cualquier interacción incómoda. Poco después continuamos cuesta arriba hacia el Bosque de Niebla. En ese momento me sentí en una novela gótica, acercándome poco a poco a la mansión entre montañas brumosas y árboles misteriosos. Lo irónico era que iba feliz, aliviado y tranquilo, pues, aunque sabía que podía incomodar a Idalí y a los guardaespaldas, mi tía me acogería con los brazos abiertos.

En mi interior reverberaban sentimientos conflictivos: Por un lado, crecía la angustia de dejar a mi familia y a mi hijo, mientras que por otro lado la felicidad tibiaba mi corazón al pensar que en la mansión no me sentiría como un paria; y por lo menos podría compartir mi amarga penuria con Helena. A veces compartir dolores no sólo mitiga un poco el martirio, sino que también une a los mártires. Mientras todos estos pensamientos me abordaban y embotaban mi atención, llegué a mi nuevo hogar. Nos estacionamos cerca de la fuente marmórea y vi a Helena en el pórtico de la mansión, con el cabello al viento y esbozando una bella sonrisa, dulce y piadosa.

## 22

—¿Recuerdas el alud de hace cuatro años? —me preguntó mi tía mientras encendía la chimenea. En efecto, funcionaba con gas, tal y como lo pensé al inicio. Ya para ese momento sabía que el «cortar leña» era sólo una excusa para poder manipular bien a *Azura* durante el ritual.
—Sí, lo recuerdo. Creo que murieron tres personas —respondí mientras me sentaba en el sillón voluptuoso frente a la chimenea.
—Después del alud, Óscar me comentó que algunas personas del pueblo me culparon.
Yo la miré, incrédulo y con los ojos bien abiertos.
Helena, bañada por la luz danzante, afirmó con la cabeza, al tiempo que varias sombras se alargaban a su alrededor.
—¿Por qué? —pregunté atónito.
—Porque en Sural algunos piensan que yo soy una bruja con poderes mágicos —respondió mientras soltaba una gran risa.
Yo también reí. —¿Y por qué piensan eso?
—Por lo mismo que ahora piensan que en las montañas viven dos monstruos.

Entendí de inmediato, por lo que cambié el semblante. —¿En verdad nos temen tanto esos pueblerinos ignorantes? —pregunté con un tono ofuscado. No me sentía cómodo con la fama de monstruo.
—Sí, nos temen —respondió Helena sin dejarse afectar por mi mal humor—. Pero debes acostumbrarte a que piensen que tienes poderes malignos, o eres un vampiro, o habladurías semejantes. No debes dejarte afectar por esos rumores.
—¿Qué sucedió después de que te culparan por el alud?
—Nada. No eran muchos y varios de ellos dependen de la mina. Si la situación fuera diferente quizás hubieran venido hasta aquí con antorchas y azadones—. Volvió a soltar una alegre carcajada. La luz de la chimenea le iluminaba el fino y pálido rostro.
—¿No te molestan esos rumores?
—Al inicio me molestaban y me deprimía. Recuerdo que cuando tenía que bajar a Sural o ir a Miraflores tenía ataques de pánico. El sólo imaginar los rumores, las miradas, las expresiones… todo me inmovilizaba. Evité muchas veces salir de la casa, y a ti te pasará algo semejante. Por eso mi consejo es que no extiendas mucho esa temporada. Por el contrario, sal lo más pronto posible. Deberás hacerlo si vas a ayudarme con el negocio de la mina—. Calló por un momento y me miró con detalle, casi con lástima, y añadió: —Aunque, eres hombre, y al hombre se le tiene más recelo que a las mujeres, por lo que probablemente recibirás un mayor rechazo.
—Yo no mataría ni a una mosca.
—Lo sé. Y sé que yo puedo ser más peligrosa que tú, pero en la sociedad el hombre tiende a causar más desconfianza que la mujer.
—¿Aun cuando el hombre es bueno?
—Aun así. Es una situación semejante a la de una araña: Una pequeña araña causa al aracnofóbico un terror inimaginable, pero la araña no tiene culpa alguna. El hombre causa desconfianza, aunque sea bueno, y tú causarás aún más incomodidad que yo, pues mi belleza mitiga un poco ese impulso molesto que le producimos a las personas —dijo Helena con gran astucia.
Yo asentí, un poco decepcionado. —Gracias por el consejo —dije mirando el danzante fuego de la chimenea. Pensaba profundamente en ese cambio de vida, tan repentino y anfractuoso. Helena se dio cuenta de mi ensimismamiento, se acercó y, para mi sorpresa, me abrazó. Ese abrazo calmó un poco mi tristeza y niveló las cuerdas de mi alma.
—No te preocupes, que yo te apoyaré en todo y te enseñaré sobre el negocio. Conmigo puedes estar tranquilo —dijo mientras me acariciaba la cabeza, como si yo fuera un infante, un infante ahora maldito.

Pasaron los días y después los meses. En efecto, sentí un terror agobiante el primer día que me pidió llevar una valiosa encomienda a Miraflores, a un distribuidor de esmeraldas. Saúl me llevó a la bulliciosa ciudad y me dejó frente a la joyería. Apenas entré sentí un pánico invalidante. Temblé a tal punto que Saúl tuvo que bajarse del auto y llamar al joyero para que me atendiera en la puerta. Allí le di el encargo, pero noté con decepción la incómoda mirada del hombre, que tomó las joyas como si tomara una bolsa de vómito, casi con dos dedos, intentando evitar a toda costa el contacto conmigo. Subí al auto y volví a la casa con un gran vacío en el pecho. Los humanos somos animales sociales, y quien diga que no le importa la aceptación social es alguien ya resignado o alguien que nunca ha sufrido el rechazo en primer plano.

Pero entre más salía de la mansión más me acostumbraba a ese rechazo (la famosa resignación de la que hablé con anterioridad), a tal punto que dejé de prestarle tanta atención. También me volví bueno con los números, muy bueno, por lo que ayudé a Helena con los libros, los pedidos y la nómina. La cantidad de dinero que manejaba mi tía era exorbitante. No recuerdo haber visto tantos ceros en una cuenta bancaria. Y gran parte de ese dinero iba a abogados, políticos y policías. Varias veces durante el mes de abril tuve que llevar onerosos «regalos» a varias personalidades de Miraflores. Yo nada decía y ellos nada preguntaban, simplemente daba un paquete y ellos recibían el paquete. Mi tía se encargaba de hablar con ellos, fijar montos y citas, y hacer que la mina funcionara como un reloj. Estas actividades me ayudaron a salir de la depresión y a superar, poco a poco, la distancia con Luis.

No me extenderé mucho narrando lo que sucedió durante este ínterin, pues sólo trabajé, conocí algunas personas y aprendí a manejar la mina. Sólo citaré los momentos relevantes de estos años, hasta la muerte de Helena.

## 23

*Nana* llegó temprano ese frío viernes, de cielo plomizo y vientos gélidos. Ahora era una jovencita hermosa y rebelde de quince años. Discutía mucho con mis padres y ahora me visitaba con más frecuencia. En la misteriosa mansión se sentía aliviada, dando rienda suelta a sus extraños gustos por lo paranormal y lo oscuro. Allí se sentía un espíritu libre que rondaba por velos brumosos y bosques místicos. Siempre que me visitaba íbamos a la Laguna de Fausto, y allí tomaba hermosas fotos. Aún se sentía temerosa por mi presencia, pero igual se acercaba a mí y me abrazaba, me tomaba del brazo y me contaba muchos de sus secretos juveniles. Allí, mirando la laguna, me contó animada que hacía poco había adoptado un cachorro labrador dorado al que había llamado Titán, y que una amiga le había regalado una pequeña gata siamés llamada Atena, de cara negra y ojos azules. *Nana* siempre se emocionaba al verme y hablaba con candor y premura. Sin embargo, a Helena no se le acercaba, pues su amor hacia mí no era igual que hacia ella, y no podía vencer su voluntad y su instinto de repulsión.

Ahora bien, volvía con *Nana* de la laguna cuando vimos a Fabio salir apresurado de la mansión. Ambos nos miramos, un poco nerviosos, pues sabíamos que ese hombre significaba un problema para Helena y para el negocio familiar. El sindicalista tenía el rostro rojo de la furia y crispaba los puños, presto a dar un golpe. Detuve a *Nana* unos instantes mientras el minero se subía a su Jeep y bajaba por la cuesta a alta velocidad. Cuando ya desapareció, mi hermanita y yo bajamos la ladera florida y entramos a la casa. Recuerdo como detalle curioso que *Nana* mascaba un chicle en ese momento, siguiendo la moda juvenil para ser «*kool*».
—¿Tía, sucede algo? —me apresuré a preguntar, un poco alarmado.
Helena estaba pálida, su cuerpo temblaba por la adrenalina y sus labios estaban sellados. Estaba asustada y a la vez molesta, muy molesta. Óscar y Julio aguardaban a su lado, esperando órdenes. En ese instante Idalí llegó con una aromática.
—¡Ese maldito vino a gritarle una seguidilla de improperios a tu tía! —dijo Óscar furioso. Tenía el rostro blanco y crispaba los puños. Aunque Helena y yo irradiáramos ese aire críptico, Óscar nos quería y nos defendía, aunque evitaba cualquier acercamiento.
—Y ahora dice que va a convocar una huelga —añadió Julio un poco más calmado.

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté preocupado.
*Nana* permanecía a mi lado, inmóvil, mascando el chicle y a la expectativa.
Helena miraba el suelo, pensativa y en silencio, hasta que por fin dijo: —Tengo un plan, pero no lo ejecutaré hasta que Fabio cumpla con su palabra. Si él logra sacar una huelga adelante entonces debo actuar rápido.
—¿Y en qué te podemos colaborar? —insistí mientras me sentaba a su lado.
Ella levantó la cabeza, ahora con fuego en los ojos, y dijo arrogante, pero con voz calma y suave: —Necesito desviar dos de las volquetas al sur de Sural. Deben estar llenas de tierra sin procesar y con algunas esmeraldas sin pulir. Tenlas listas en máximo un mes.
—¿Algo más?
Mi hermanita me miraba, muda y atenta. Creo que en ese momento temió por mi seguridad. El ambiente era tenso, como si unos generales planearan ir a la guerra, y esto ella lo percibió. Helena miró a Julio y me dijo: —Ayúdame sólo con eso, y que los mineros sepan que esas dos volquetas tienen vetas de esmeraldas sin inventariar. Julio y Óscar me ayudarán con otro tema.

Al día siguiente, después de despedirme de *Nana*, bajé a la mina, separé dos volquetas y ordené que las llenaran con tierra sin tratar, con claros vestigios de vetas blancas que podían tener esmeraldas. Hacía mucho tiempo no bajaba a la mina, por lo que llamé la atención por mi espectral presencia (como era de esperarse); pero para ese momento ya poco me importaban esas incómodas miradas. Sólo deseaba ayudar a mi tía. En una semana tuve llenas ambas volquetas. Cargamos y descargamos varias veces la tierra, intentando dejar la mayor cantidad de vetas y descartando la tierra limpia. Al mismo tiempo, Fabio, fiel a su palabra, convocó una huelga que paró la producción minera, algo terrible para el negocio. Fue cuando vi por primera vez a Helena en acción (aunque no fue la última).

## 24

—Jhon, por favor lleva las volquetas al sur de Sural, a unos pocos kilómetros. Déjalas allí, cerca de los cafetales. Déjalas averiadas con la tierra y las vetas —me pidió mi tía mientras miraba unos documentos de manera afanada. El escritorio estaba lleno de papeles y algunos paquetes de esmeraldas sin pulir. El día era gris pero no caían gotas, lo que era una buena señal, pues los días anteriores había llovido bastante. Ese clima lluvioso había evitado que Helena lanzara su certero golpe, pero había llegado el momento.
—¿Cómo las averío? —pregunté, ignorante por completo del área mecánica. Me sentí inútil en ese momento; un completo tonto.
—No lo sé —respondió sin mirarme siquiera. Sólo veía cómo su cabello castaño se mecía de un lado a otro, pues movía su cabeza como un sabueso al asecho, al tiempo que buscaba con presura algunos documentos específicos entre toda la maraña de papeles que tenía sobre el escritorio—. Corta algún cable o quita alguna pieza. Cualquier daño servirá. Crear algo es un proceso sublime y complejo, pero dañar algo es extremadamente fácil. Basta con no saber nada y cambiar algo en la estructura.
Yo asentí de manera autómata. Me sentía nervioso, pues desconocía los planes de mi tía; pero sabía que mis acciones eran muy importantes para ella.
—Que Saúl vaya contigo —pidió al tiempo que levantaba por fin un documento.
—¿Y cómo volveremos?

Helena pensó por un momento, se detuvo en otro documento y levantó la mirada, bordeada de encrespadas pestañas, para ver mi pálido rostro. —Óscar los recogerá —aseguró hablando de forma rápida—. Una vez en Sural dile a alguien que te preste un teléfono para avisar sobre el daño en las volquetas. Debes asegurarte de que las personas se den cuenta que esas volquetas están allí, llenas de tierra y esmeraldas sin descubrir.
—Eso causará que todo el pueblo corra en tropel hacia las volquetas para ver si pueden obtener alguna joya —le aseguré.
Entonces Helena me miró el atónito rostro y sonrió.
—¿Eso quieres? —pregunté, casi asegurando. En ese instante supe las pretensiones y el plan de mi tía.
—Necesito que la huelga cese, y necesito que Fabio se quede solo, sin nadie de la huelga que lo acompañe.

Ya conociendo el plan, fui con Saúl y conduje una de las dos volquetas hasta el sur del pueblo. Ya había manejado esos vehículos, aunque no tenía ni los permisos ni una gran pericia. Pero, sudando y nervioso, logré manejar hasta Sural. Allí dejamos con Saúl las volquetas cargadas y cortamos unas mangueras (desconozco cuales). Intentamos encender de nuevo los vehículos, pero ninguno funcionó. A los pocos minutos llegó Óscar en un auto. Nos llevó al pueblo y Saúl y yo nos bajamos en la plaza central. Era una bella plaza empedrada con una estatua ecuestre en la mitad, alta y magnífica, bordeada de cuatro edificios grandes y coloniales, entre esos la alcaldía. Bajamos y ambos fuimos en direcciones diferentes, pidiendo a los tenderos teléfonos que sabíamos no nos iban a prestar.
—Es que tengo dos volquetas varadas al sur del pueblo cargadas con varias vetas sin tratar, entonces necesito llamar un mecánico —decía a todas las personas.
Todos se negaron a prestarme un teléfono, pues mi presencia les causaba ese escozor inherente e inexplicable ya habitual para mí. Pero logré que se regara la voz.

Fue Saúl quien logró conseguir un teléfono, y llamó a mi tía para informarle la situación actual. Volvimos a la plaza y vimos cómo mucha gente empezaba a correr con palas y picos en las manos en dirección al escorial. Incluso ya salían algunos Jeeps hacia el norte, hacia la mina, para avisarles a los mineros en huelga sobre el posible pase a la riqueza. Ya muchas personas decían que allí había esmeraldas sin siquiera haber llegado a los camiones: El boca a boca en un pueblo es como el oxígeno al fuego.

Subimos la cuesta y llegamos a la mansión, pero sólo yo ingresé, pues Óscar y Saúl se devolvieron al pueblo, presurosos y siguiendo instrucciones de Helena. Apenas entré vi a mi tía caminando de un lado al otro de la oficina, nerviosa y pensativa. Idalí estaba a su lado, esperando cualquier instrucción.
—¿Estás bien? —pregunté un poco más calmado, pues sentí que ya había hecho mi tarea. Incluso me sentí un tanto orgulloso.
Ella se frotó las manos. —Un poco ansiosa, pero bien —respondió con tono suave.
—Ya se corrió la voz y la gente está yendo a las volquetas. La promesa de encontrar una esmeralda y hacerse rico es muy grande. En pocos minutos el rumor llegará a la mina —afirmé mientras me sentaba. El ambiente era estresante en ese pequeño cuarto. La luz gris del día se difuminaba con un aura oscura que envolvía a mi tía, una energía casi maligna.
—Ahora sólo me resta esperar —dijo sentándose tras el escritorio.
En ese momento Idalí salió del cuarto por dos tazas de té, apresurada y con andar delicado.

—¿Qué harás con Fabio? —le pregunté sin rodeos, aprovechando la ausencia de la joven.
Ella suspiró y respondió: —Sólo espero que la codicia de los mineros sea más fuerte que su deseo de huelga. El camino fácil llama más fuerte a las mentes más débiles.
—O a las mentes desesperadas —añadí.
Helena asintió. —Si logro que los mineros dejen sólo a Fabio podré hablar con él con calma y pedirle que levante la huelga.
Ella y yo supimos que esa conversación nunca se llevaría a cabo, pero ni ella ni yo profundizamos en el tema.
—Si encuentran esmeraldas en esas vetas tendremos grandes pérdidas —le dije sentándome frente a ella—. Mi padre y mis tíos no estarán muy felices.
—Son pérdidas que podemos costear, pero no podemos costear una huelga. Si los mineros detienen sus actividades las deudas se acumularán. No puedo permitir eso.
—Entiendo. Entonces esperemos que Fabio quede sólo y así podremos solucionar esta situación—. Me tomé la barbilla, pensativo, y pregunté: —¿Y si Fabio también corre a las volquetas?
—Mi plan fallaría; pero Óscar y Saúl tienen orden explícita de detenerlo si quiere ir al sur —aclaró Helena mientras miraba por la ventana, perdiéndose en los bellos árboles del exterior, adornados con flores y matorrales que crecían entre sus troncos.

El día pasó. Algunas llamadas llegaron a mi tía, diciéndole que las personas habían saqueado los vehículos. Helena pidió a unos mecánicos que esperaran hasta el día siguiente para arreglar las volquetas, pues les dijo que podía ser peligroso ir en ese momento a causa del saqueo. También llegaron rumores de que habían encontrado tres esmeraldas, no muy grandes, pero valiosas. Hubo algunas riñas pequeñas, pero nada que lamentar. Se había logrado: El pueblo de Sural había volcado su atención por un día entero en el sur, cerca de los cafetales, dejando la mina del norte vacía y sin ojos curiosos que vieran las atrocidades acontecidas con Fabio.

## 25

Abrí la puerta de una casa abandonada y oscura, erguida en medio del tenebroso Bosque de Niebla. Había escombros por doquier, y la humedad y la maleza habían arruinado la mampostería. Eran ruinas de una antaño hermosa casona colonial. Apenas entré, linterna en mano, lo vi en un oscuro rincón, inmóvil y azul, como si hubiera sido ahogado. Allí me miraba Fabio, estático, como en animación suspendida. Fruncía el ceño y unía las cejas, furioso, al tiempo que apretaba los dientes y cerraba los nudosos puños. Sólo era visible de la cintura para arriba. Pero a su lado, también azul y fantasmal, estaba Luis. ¡Mi amado Luis! Él, aún un niño, también me miraba con furia, como si un reproche de abandono gritara de sus ojos negros… ¡Sus ojos, sin cristalinos, estaban completamente negros! Luis tiritaba de manera rápida, casi como si fuera movido por un motor interno, llegando al borde de la convulsión. La imagen de ambos, rodeados de una espesa y abismal negrura, era digna de una caótica y terrible pesadilla.

Me acerqué paso a paso, con lentitud, clamándole a mi hijo un perdón inmerecido por haberme alejado de él, o por haber permitido que su madre lo alejara de mí a causa de mi contaminada presencia. Pero apenas estuve a unos pasos de ellos, ambos, Fabio y Luis,

abrieron los ojos con desproporción y sonrieron, al tiempo que se abalanzaban veloces y de manera epiléptica hacia mí con cuchillos en las manos. En ese momento, en medio de esa casa abandonada en medio del bosque, alcancé a sentir el frío acero en mi pecho.

Abrí los ojos, aterrado y con el corazón palpitando como un tambor. Ya habían pasado dos días desde el incidente de las volquetas y nada se había sabido de Fabio en el pueblo. Miré al costado derecho y vi, sobre la mesilla de noche, el portarretrato con una foto de Luis. Él lanzaba una hermosa sonrisa que dejaba ver sus escasos dientes. Mi madre había tomado esa foto y me la había enviado con *Nana*. Mi alterado subconsciente me estaba lanzando malas jugadas. Extrañaba a mi hijo, aunque el tiempo pasara, y tenía un profundo remordimiento por Fabio enterrado en algún recóndito recoveco de mi ser. Sabía que el sindicalista había muerto, pero desconocía el cómo y el espeluznante nivel de sufrimiento.

La desaparición de Fabio fue reportada por su mujer y sus dos hijas. Era obvio que Helena era la primera sospechosa; pero sin un cuerpo era imposible acusarla de algo. Además, el alcalde de Sural tenía buenos contactos con nuestra familia, por lo que una acusación era difícil de estructurar.

El verdadero objetivo de Helena era dejar solo a Fabio para poder deshacerse de él, en todo el sentido de la palabra. De esto Saúl y Óscar se encargaron. Apenas se supo de las volquetas con esmeraldas en el sur, todos los mineros en huelga corrieron hacia allí, dejando la mina sola. Pero sólo minutos antes Óscar y Saúl le pidieron a Fabio una reunión lejos de todos. Lograron entretenerlo, incluso sobornarlo, y, para cuando Fabio salió de la reunión se dio cuenta que los mineros se habían ido, dejándolo solo con un enemigo que él mismo había azuzado.

Nunca supe qué pasó con Fabio, o con su cuerpo para ser más específico. No le pregunté nada a mi tía ni a los hombres sobre el tema. Pocos días después Helena fue a la alcaldía de Sural, y dos abogados estuvieron visitando la mansión durante los próximos meses. Para ese momento las lluvias ya habían amainado y los días poco a poco se volvían más cálidos. La mujer de Fabio fue a la mansión para insultar a mi tía, pero ella, mintiéndole a la cara, le dijo que la comprendía y haría lo posible para ayudar en la búsqueda del minero.
—Pero no sé dónde puede estar —la engañó—. Independiente de nuestras diferencias, quiero ayudarte a encontrarlo. Incluso, si estás de acuerdo, puedo poner una recompensa —dijo sin pestañear y sin titubear en ningún momento.
La humilde mujer, un poco más esperanzada por la mentira, asintió y se fue de la casa, esperando en vano el retorno de su esposo. Después me enteré de que la recompensa era mucho menor a lo pagado a Óscar y a Saúl.
—A menudo debemos dejarle la situación al demonio, y cubrirlo para que sea él quien ejecute —me dijo Helena con un tono siniestro y malvado. En ese momento quedé sorprendido por su frialdad y astucia, pero con los años la comprendí, pues yo hice cosas mucho peores cuando el negocio ya fue por completo mío.

La huelga se disolvió después de la desaparición de Fabio. En el pueblo hubo rumores, unos apuntaban a Helena como su asesina, otros decían que Helena había comprado a Fabio y le había pedido que se fuera del pueblo. Pero no fueron más que rumores, y la desaparición de Fabio nunca se resolvió (o por lo menos no está resuelta a la fecha). La mujer y las hijas del

sindicalista se fueron del pueblo sólo dos años después, con rumbo a Miraflores. Y mi tía, después de atar algunos cabos sueltos, siguió trabajando como si nada hubiera sucedido, enmascarando su pecado con su actitud de granito.

## 26

Mientras caminaba con *Nana* por el terroso sendero que lleva a la laguna, sentí la picadura de un insecto en mi cuello. Me di una palmada y maté al bicho, pero sentí una pequeña irritación. Mientras volvíamos a la casa, amparados por la sombra del dosel del bosque, la picadura se hinchó un poco, lo normal; pero al sentir esa pequeña pústula vinieron a mí recuerdos espantosos de cuando tenía el tumor.

Ya cuando llegué a la mansión me enfermé a causa del pavor. Recordé que un parásito volvería a posarse sobre mi cuello en algunos años, y que debía volver a bajar a ese abismo profundo y oscuro para poder matarlo… de nuevo. ¡Volver a bajar y sentir ese pánico y ese dolor! Los nervios se me quebraron de solo pensarlo. Temblé y tuve que sentarme en la sala. *Nana*, al ver mi estado, se apresuró a llamar a Helena y a traerme agua. Apenas llegó mi tía se sentó a mi lado y me tomó de la mano. ¿Y Helena? Ella también tendría que bajar a ese maligno pozo en unos pocos años. ¡En sólo tres años! Helena para ese tiempo ya tenía treinta y nueve años. En poco tiempo ella tendría que descender y yo tendría que ayudarla con *Azura*. ¿Y qué debía hacer? Me pareció que era el momento preciso para preguntarle, pero ella me aseguró que me explicaría todo cuando *Nana* volviera a El Santuario, a cuidar a Titán y a Atena.

—*Azura* no sólo sirve para decapitarnos —dijo Helena mientras se sentaba sobre el sillón voluminoso de la sala. Miró el hacha rojiza sobre la chimenea y prosiguió: —*Azura* también ayuda a espantar ciertos entes que se acercan a la mina.
—¿Entes? —pregunté, ahora más calmado. La maraña de pensamientos funestos se había alejado con el pasar de las horas—. ¿Fantasmas?
—No lo sé con certeza, pero estoy segura de que están igual de vivos que nosotros. Rondan la mina, merodean a su alrededor, peligrosos y sombríos. No sé si son los guardianes de ese socavón antediluviano, pero allí permanecen, escondidos entre los viejos árboles, husmeando el linde, aterradores y malignos—. Helena hablaba como mirando al pasado, recordando algún suceso devastador.
Entonces recordé cuánto había evitado hablar de ello, y, ahora más agudo y perspicaz, pregunté: —¿Antes de mi sanación descendió alguien más?
Ella levantó la mirada con los ojos muy abiertos, sorprendida. Examinó mi rostro con detalle, estupefacta, y confirmó con la cabeza. —¿Cómo lo sabes? —preguntó.
—Sólo lo deduje, igual que tu deduces. Tú yo sabemos que ese agónico descenso aumenta la inteligencia y la astucia. Desconozco el motivo, pero quizás la cercanía a la muerte crea nuevas conexiones mentales que ejercitan y ayudan al cerebro. Tú eres más sabia desde que descendiste al pozo, y yo también.
Ella dejó la expresión de estupor y sonrió orgullosa. —Es cierto, y ambos lo sabemos —confirmó.
—¿Quién fue contigo al socavón la vez anterior?

Ella suspiró, intentando mitigar la opresión en su pecho. —Una prima lejana, Elisa, hija de un tío segundo que vive en la capital. Era una bella niña rubia, bajita y un poco robusta. La llamábamos «Lis». Creo que no conoces esa parte de la familia. Ella vino a vivir dos años antes de cumplir esos fatales veintiún años. Aunque intentamos ser buenas amigas, ella no pudo superar el asco producido por mi presencia. El sólo acercarme la irritaba. Mi abuelo, quien me ayudó con mi ritual de sanación años atrás, me insistió en empezar a practicar con *Azura*, pues yo debía espantar con el hacha los demonios que paseaban por el Bosque de Niebla, alrededor de la prehistórica mina.
Yo escuchaba atento, con los ojos entrecerrados y las manos en el mentón.
Ella volvió a mirar a *Azura* sobre la chimenea, al tiempo que se quitaba algunos cabellos castaños del rostro, y prosiguió: —No le hice caso. Pensé que blandir el hacha sería fácil. Así que nunca utilicé a *Azura* antes del ritual. Lis y yo subimos a la laguna y después fuimos a la profunda mina. Allí ella descendió. Yo llevé el farol a petición de mi abuelo y me senté a esperar, sólo a esperar. Pensé que era algo semejante a espantar ratas o a aplastar cucarachas... pero no fue así.
Yo miré a *Azura*, y después miré a mi tía. Respiró hondo y subió la mirada para intentar embutir el llanto, pero sus ojos empezaron a brillar a causa de las lágrimas. Unos profundos sentimientos de remordimiento y tristeza empezaron a abordarla con una fuerza asfixiante, a tal punto de no poder continuar con el relato. Bajó la cabeza, intentando disimular su tristeza, mientras un silencio inundaba la sala.
Yo me acerqué y la abracé. —No es necesario que me cuentes más si no quieres —le aseguré con sinceridad, intentando evitarle alguna clase de sufrimiento al abrir heridas causadas por penurias pasadas.
Pero ella se secó las lágrimas y, con voz entrecortada, levantó la cabeza y continuó su relato. —Una negra hechicería empezó a reptar por los troncos de los oscuros árboles, fundiéndose con una niebla estancada y helada. Y, como si se materializaran de la nada, formas amorfas empezaron a germinar hacia el claro dónde está la mina, todos deseando entrar a ella. De inmediato tomé el hacha. En ese momento sentí el arma más cómoda y liviana de lo normal, pero eran muchos, y de formas terribles y abominables, y eran rápidos. Caminaban en cuatro patas, aunque tuvieran siluetas antropomórficas, y eran blancos como espectros. Parecían cargar un peso invisible en sus jorobadas espaldas. Había algunos pequeños, pero otros grandes y terribles.
—¿Eran fuertes? —pregunté pensativo.
Ella negó con la cabeza. —No lo sé —admitió con tristeza—. Sólo sé que cuando les acercaba a *Azura* ellos retrocedían. No pude herir a ninguno, y ninguno me hirió, pues yo estaba un poco alejada de la boca de la mina, y ellos estaban obsesionados por entrar a ella. Me atrevo a decir que estaban desesperados por ingresar, como un famélico al ver comida después de muchos días de hambruna.
—¿Lograste espantarlos?
En ese momento ella lloró con más fuerza, desconsolada. Los recuerdos la inundaron como una amarga marea de sentimientos dolorosos. —¡No pude! ¡No fui ni fuerte ni rápida! ¡La dejé morir! —gritó entre sollozos.
Nunca había visto a mi tía en ese estado. Estaba atormentada por ese pasado terrible, y sólo hasta ese momento había podido desahogarse, explotando con un sentimiento angustioso y vertiginoso. La abracé de nuevo y esperé a que se calmara.
Ella continuó su relato poco después. —Primero entró uno, y después otro, y después decenas. Y sólo escuché cómo ella gritaba de dolor y terror en el interior de esa garganta,

oscura como el alquitrán. Yo estaba horrorizada. No podía hacer nada. Elisa nunca salió de allí, y yo no entré a auxiliarla, pues el pánico no me dejó.
—¿Qué sucedió después?
—Tuve que dar muchas explicaciones. Esa parte de la familia nunca me volvió a dirigir la palabra, y mi abuelo estuvo molesto conmigo por mucho tiempo, diciéndome perezosa e inútil.
—Pero años después tú me salvaste, y ahora estoy aquí, vivo, gracias a ti. No eres ni perezosa ni inútil —aseguré con vehemencia. Ahora que sabía sobre esos «extraños visitantes» sabía que le debía la vida a mi tía, y, por lo mismo, mi devoción y mi aprecio hacia ella aumentaron después de ese relato.
Ella sonrió, aliviada, y dejó de llorar.
—¿Bajarás de nuevo? —pregunté finalmente, esperando muy en mi interior una respuesta afirmativa.
Ella palideció de inmediato. Empezó a temblar y un terror le pintó el fino rostro. Quedó muda, pues parecía haber olvidado, al igual que yo, que una maldición pesaba sobre ella, aferrándose a su cuello de manera horripilante. —Aún no lo sé —respondió con un tono vacilante.
—Yo te ayudaré con esos demonios del bosque si decides bajar —aseguré con tono arrogante y valeroso, al tiempo que cubría sus manos con las mías en acto de complicidad y solidaridad.
Mi tía, ensimismada y todavía un poco alterada, aceptó. —Gracias, pero no sé si podré resistir de nuevo esos siete minutos de dolor y ese impulso frenético de tirarme a ese pozo profundo—. Levantó la cabeza y añadió un poco más animada: —Aún quedan un par de años. No es el momento de preocuparnos por eso.

## 27

—¡Detesto contar! —exclamó mi tía irritada mientras separaba un lote de esmeraldas finas con otras no tan buenas—. Es de las pocas cosas que no resisto —añadió.
Yo dejé de separar las esmeraldas y la miré, un poco incrédulo y bastante sorprendido por la curiosa afirmación. Pero casi de inmediato supe a qué se refería, y agregué: —Lo sé, es difícil tener el tiempo contado. Yo aún veo lejano mi segundo descenso, pero a medida que se acerque el día voy a odiar contar tanto como tú.
Ella, sin quitarle la mirada a las verdes esmeraldas, sonrió muy animada. —Me encanta que me entiendas —aseguró.

La indecisión de Helena de volver a bajar a la mina me preocupaba, pues los días pasaban y ella nada hablaba del tema. Así que tomé la iniciativa. Desde ese momento, y por dos semanas, estuve partiendo madera todos los días, acostumbrándome al peso de *Azura*. Mi tía me veía, pero nada me decía. Tampoco participaba en la actividad. A finales de mes le pedí a Saúl que me llevara a la mina, a escondidas, sin decirle nada a nadie. Quería ver esos seres del bosque que Helena mencionaba, batirme con ellos y saber a qué me enfrentaría cuando mi tía bajara de nuevo a esa «semitumba» profunda. Saúl me dejó al atardecer en la ladera y me dijo que volvería en tres horas, a eso de las siete de la noche. Yo acepté y empecé a subir la cuesta boscosa con *Azura* en mis manos. Esta vez el hacha pesaba mucho más, como si tuviera voluntad propia y no quisiera luchar contra esas entidades ese día. Al tiempo, yo meditaba sobre la situación de nosotros los malditos.

Me permitiré citar al filósofo Nietzsche donde habla sobre la doctrina del eterno retorno, pues pensé mucho en ella mientras subía jadeando esa empinada cuesta entre los frondosos y abovedados árboles. Dice Nietzsche:

«¿Cómo te sentirías si un día o una noche un demonio se deslizara furtivamente en la más solitaria de tus soledades y te dijera: "Esta vida, tal como la estás viviendo ahora y tal como la has vivido [hasta este momento], deberás vivirla otra vez y aún innumerables veces. Y no habrá en ella nunca nada nuevo, sino que cada dolor y cada placer, cada pensamiento y cada suspiro y todo lo indeciblemente pequeño y grande de tu vida deberá volver a ti, y todo en el mismo orden y la misma secuencia – e incluso también esta araña y esta luz de la luna entre los árboles, e incluso también este instante y yo mismo. ¡El eterno reloj de arena de la existencia se invertirá siempre de nuevo y tú con él, pequeña partícula de polvo!"?

¿Acaso te lanzarías al suelo rechinando los dientes y maldecirías al demonio que te hablara de esa forma? ¿O has vivido alguna vez un instante extraordinario, en el que hubieras podido responderle: "¡Eres un dios y nunca he oído algo más divino!"?».

¿Yo mismo viviría la vida que tengo ahora, repudiado y temido por todos? ¿Helena querría vivir lo mismo que ha vivido hasta ese momento? Empecé a entender las dudas de mi tía, pues nuestras vidas, aunque carentes de problemas económicos, eran vidas aisladas, de encierro, melancolía y soledad.
—Sólo uno de nuestros parientes, un tío lejano, bajó cinco veces a la mina —me dijo Helena en una conversación pasada—. Vivió ciento veinticinco años, y no envejeció. La vejez no lo mató, fue el tumor. De resto, casi todos han aguantado sólo un descenso a la lóbrega mina. Ninguno quiere enfrentarse de nuevo a ese dolor que nunca olvidan… que nunca olvidamos. Ninguno quiere seguir ganando años de desprecio, desamparo y abandono.
—¿Y tú? —le pregunté en esa ocasión.
—No lo sé —me respondió seca, evitando la toma de decisión.

Aunque Nietzsche, creo yo, se refiere a aprovechar el presente para no arrepentirnos en vez de una idea de reencarnación, a mí me retumbó en la cabeza la idea de bajar una y otra vez a la profunda mina cada veintiún años, y sufrir de nuevo ese terror y ese ardor sólo para salir y volver a una mansión de aspecto embrujado en medio de nieblas y montañas, ver cómo las personas que trabajan para mí intentan huir despavoridas cada vez que las llamo, sentir cómo mi familia (incluso mi hijo) me evita a toda costa, y ver cómo todos en el pueblo piensan que soy casi un muerto viviente o un vampiro medieval. ¿Qué clase de vida quiero extender? ¿Acaso esta vida vale la pena vivirla de nuevo?

La vida se nutre de pequeños logros: El nacimiento de un hijo, algún grado universitario, la escritura de un libro o la creación de una maravillosa pintura, una bonita relación amorosa, el abrazo de nuestras madres, etc. Pero a medida que la tragedia invade nuestras vidas, esos pequeños logros se vuelven más específicos, y pasamos de pedir a agradecer lo que ya tenemos. En ese momento la vida se empieza a justificar a sí misma y no desde afuera. Ya no nos importan los logros externos, ni los deseos efímeros; sólo queremos evitar perder. En esta, mi miserable vida, sólo quiero ser normal y no exudar ese horrible hálito de muerte que los espanta a todos. Quiero tener alguna bella novia, una buena relación con mi familia y mi

hijo, bajar a Sural y a la mina y tomarme una cerveza con los mineros. Ésos son los logros que quiero; pero sé que no podré tenerlos. En vez, tanto Helena como yo estamos contando los días, esperando que ese horrible bulto en el cuello empiece a hincharse de nuevo, rápido, obligándonos otra vez a cuestionarnos a si queremos sufrir para seguir viviendo o, si en vez, renunciamos a nuestra existencia terrenal y decidimos descansar para siempre. Por eso Helena odia contar. Es diferente contar ganancias, pero nosotros estamos en una cuenta regresiva, como quien sabe el día exacto en el que lo van a torturar. Esa ansiedad de esperar el momento es desgarradora, incluso dolorosa. El esperar con temor un evento terrible fatiga y molesta, quita el sueño y la tranquilidad; y estoy seguro de que Helena no ha dormido bien, ni ha comido bien, ni ha descansado bien a causa de ese conteo aterrador.

Mientras meditaba sobre la situación, caminaba cuesta arriba casi obligándome, pues las piernas me temblaban por el cansancio. Sentía cada vez más pesada a *Azura*, por lo que tuve que descansar varias veces al borde del sendero, entre troncos húmedos, musgo y maleza. Además, un molesto lodo empezó a acumularse en mis botas, dificultando mi ascenso. Antes del anochecer llegué a la cima y vi la hermosa laguna turquesa rodeada de dalias y petunias, todas amarillas. Caminé hacia la izquierda, entre los árboles enigmáticos, hasta llegar a la maligna mina. Era hora de conocer las bestias que habían asesinado a Elisa y mis próximos enemigos en la defensa de Helena.

## 28

La entrada de la mina se abría como unas grotescas fauces en medio de ese claro bordeado de vetustos robles. A medida que caminaba sentía cómo se estancaba una fría niebla gris alrededor de la entrada, casi pegajosa. La noche caía tras de mí, rápida y siniestra, tornando la luz del rededor mortecina. Encendí rápido el farol y me senté, agotado por la subida. Los brazos y los hombros me dolían por el peso del hacha, y las piernas me flaqueaban a causa del cansancio. La luz del farol era buena, pues iluminaba casi hasta los lindes del claro. Entonces sólo esperé.

Los mosquitos empezaron a volar alrededor de la luz, y algunos empezaron a zumbar en mi cara, pero yo estaba enfocado en el linde, esperando temerario esos monstruos fantasmales de los que Helena me había protegido. Estaba presto a luchar con ellos. Empecé a imaginar cómo les clavaba el hacha en el pecho y cómo les partía la cabeza. Incluso imaginaba cómo iba a abanicar el hacha, creyéndome un guerrero antiguo y poderoso, como los de las *Eddas Magnas* donde se menciona el origen de *Azura*.

Estuve tan inmerso en esos fantasiosos pensamientos que sólo vi que ya había oscurecido por completo cuando un viento frío aulló y me hizo volver a mí. No se veía nada más allá del claro. Todo entre los troncos estaba ennegrecido, y el frío vapor me iba encerrando poco a poco, intensificando la penumbra, como una vasija que se llena con petróleo. Los árboles empezaron a tomar formas malignas y deformes, como entes agresivos de madera que clavaban una omitida mirada al farol a mi lado. Sentía como si me observaran desde las tinieblas: La sombra de un hombre con un hacha al lado de una luz amarilla, custodiando la entrada a un infierno subterráneo.

Empecé a temer en ese momento. La niebla cada vez era más densa, más fría y más tenebrosa. Los árboles parecieron acercarse a mí, casi lanzándose sobre mi ser. La luna no brillaba y las estrellas se escondían tras negras nubes. Las montañas, allá lejanas, se fundían con un cielo negro y macabro, y de la mina empezaba a emerger un aliento húmedo y apestoso. Sentí que el entorno empezaba a ahogarme, acercándose a mi alrededor, listo para lanzarse a mí y ahorcarme. Empecé a temblar por el frío y el miedo. Sudé tanto que tuve que secar mis manos con mi camisa para tomar con fuerza a *Azura*. Cada minuto la tomaba con más fuerza, hasta que empezaron a dolerme los rígidos dedos. La respiración se me complicó, mientras miraba a todos lados, a los troncos del linde, esperando que alguna bestia informe y terrorífica se lanzara sobre mí, ansiosa de sangre y muerte.

Pero nada sucedió. Pasó una hora, y después otra, y el tenso aire empezó a despejarse, hasta que por fin fueron casi las ocho de la noche. Salí de ese hórrido trance con una gran jaqueca, como si me hubieran taladrado el cráneo. Tomé una bocanada de aire, cogí el farol y me incorporé con lentitud. Caminé hacia los árboles, dándole un último vistazo a la pestilente mina, y me dispuse a subir la ladera hacia la laguna. Caminé exhausto y en medio de la oscuridad por buen tiempo, llegué a la cima donde la laguna ya no era visible, y bajé por varios minutos hasta ver las luces del auto de Saúl.

Cuando llegué a la casa me apresuré a acostarme para dormir. Estaba muy cansado por la dura caminata y por la intensa experiencia. El miedo agota físicamente, y estaba muy agotado. Sabía que Helena me interrogaría al día siguiente, preocupada por mi repentina escapada; pero no me importó mucho en ese momento. Sólo quería descansar, cerrar los ojos y dormir profundamente, y eso hice.

## 29

El día se acercaba. Faltaba poco más de un año para que Helena cumpliera cuarenta y dos, y su cuello ya estaba empezando a inflamarse de nuevo. Ella estaba muy irritable, todo le molestaba y su calma característica había desaparecido. Gritaba furiosa cada vez que había algún problema en la mina, y les hablaba a todos de manera tosca. *Nana* ya no me visitaba tan seguido a causa del genio de Helena, y Óscar, Saúl y Julio preferían salir de la mansión para evitarla, aún más que antes. Eso sí, debo resaltar que, aunque mi tía sufría un gran estrés y una enorme depresión a causa de la situación, nunca dejó de levantarse de la cama para enfrentar al mundo y sus problemas, aunque sé de primera mano el esfuerzo que le costaba salir de su habitación día tras día.

Yo la entendía, pues cada día era un día menos para ella. Mi tía debía tomar una decisión, y era obvio para mí que ella aún no sabía si bajar otra vez al socavón o perder la vida y dejarse ganar por esa «cosa» que pendía de su cuello. Yo evitaba el tema, pues apenas mencionaba algo al respecto ella se molestaba y arrugaba la frente, incómoda y de mal humor. Así que dejé de insistir.

Pero todo cambió cuando mi hermanita me llamó llorando. Casi no podía hablar, pues estaba aterrada. Al inicio pensé que el perro o la gata habían sufrido algún accidente. Después pensé con más temor en mis padres; pero nunca esperé la terrible noticia que tenía que darme.

—¡Me salió eso! ¡¿Qué voy a hacer?! —gritaba *Nana* al otro lado de la línea, histérica. Casi no entendía sus palabras.
—¿Qué sucede, *Nana*? Cálmate y dime —le pedí.
—¡Me salió ese tumor en el cuello! —respondió en medio de sollozos.
Sentí que el mundo se me caía a pedazos. Muchos pensamientos nublaron mi razón, transportándome a penurias pasadas. Un abismo descomunal de miedo y ansiedad se abrió en mi interior, aterrado por la situación de mi hermana. —¿Segura? —pregunté torpemente, como quien no quiere creer lo que escucha.
—¡Si, estoy segura! —me gritó con un sentimiento mezclado de temor e impotencia. Sentí que ella me culpaba, pero supe que era más un sentimiento causado por el miedo que un verdadero juzgamiento.
—Ven a la mansión y hablamos con mi tía —le pedí con un poco más de lógica.
—La tía Helena ha tenido últimamente muy mal genio.
—No importa. Sé que esto hará que cambie de actitud, pues este tema es grave.

Mi hermanita llegó dos horas después a la casa, alterada y con una bufanda. Aunque no estuve de acuerdo, llegó con su perro Titán y su gata Atena. *Nana* sostenía al perro con una correa y tenía a la gata en su otra mano, protegida por un huacal. Apenas abrí la puerta, Titán me miró y tembló, me mostró sus dientes y gruñó. Todo su pelaje se erizó y empezó a ladrar, inquieto y poniéndose delante de *Nana*. Estoy seguro de que se sintió amenazado por mi descompuesta energía, pero a la vez quería defender a su amada dueña. Sin embargo, el miedo impregnado por mi presencia lo venció, y se puso tras ella, ladrando como pidiendo ayuda, pero incapaz de acercarse a mí. Yo esperaba esa actitud del perro, por lo que no le presté mucha atención.

En cambio, me sorprendió la actitud de la gata: Atena me miraba desde su huacal con fijación, sin miedo ni temor. Sus ojos azules se encontraron con los míos, pero ella no se erizó ni emitió sonido alguno. Su penetrante mirada era de interés, como quien ve un enigma y quiere descifrarlo. No sé si ella podía percibir el aura que me envolvía, pero sentí en ese momento que quería alimentarse de ella, como un demonio que succiona el alma de una persona inmunda.
«La curiosidad mató al gato» pensé en ese momento.

Después de que logramos calmar a Titán hice pasar a *Nana* con sus mascotas. El perro casi de inmediato corrió hacia el patio trasero, mientras Atena subió las escaleras y se posó entre las barandillas, mirándonos desde las escalas, intrigada. Apenas le destapé el cuello a *Nana* lo vi, igual de horrible que el mío antaño. Era claro para mí que estaba maldita.

Helena llegó poco después, apresurada. Titán ladró desde el patio apenas llegó mi tía, y la gata siamés clavó en ella una mirada azulada desde las escaleras. Helena miró el tumor de *Nana* y crispó su rostro en una mueca de angustia y tristeza, y empezó a llorar. Se lanzó a abrazar a Dana, pero mi hermana dio dos pasos hacia atrás. Sin embargo, se llenó de valentía y permitió que mi tía la abrazara. Apenas lo hizo Dana empezó a llorar. Casi de inmediato Titán dejó de ladrar. Creo que entendió que nosotros no éramos un peligro para su ama; pero seguía reacio, mirándonos desde el patio con nerviosismo.

Después de unos minutos me acerqué y examiné el tumor. —¿Cuándo empezó a crecer? —pregunté.
—Hace unos meses, pero cada vez crece más rápido —respondió Dana mientras se tocaba el cuello con asco y tiritaba de miedo y angustia.
—¿Y cuánto te falta para cumplir veintiún años? —preguntó mi tía.
—Menos de dos años.
Yo miré a Helena, y ambos nos hablamos con la mirada. Sabíamos que ahora Dana debía sufrir lo mismo que ambos habíamos sufrido en el socavón. Yo me tomé la cabeza, preocupado por ese descenso, mientras Helena la miraba con la misma dulzura y bondad que me miró a mí apenas llegué a esa mansión.
—Lo mejor es que te mudes a esta casa. No te pido que lo hagas ahora, pero los tres sabemos que la cura está acá, cerca de la Laguna de Fausto —le dije con severidad, casi como si fuera una orden.
Dana asintió. —Me mudaré el próximo mes. No quiero estar más en El Santuario. Ya todas las personas del pueblo me miran como si fuera un bicho raro, y me evitan, como si los fuera a contagiar de alguna enfermedad terminal.
—Entendemos esa situación —dijo Helena mientras se quitaba también su bufanda y le mostraba el tumor creciente a Dana.
—Tía, yo no sabía…
—Lo sé, tranquila. Por ahora lo importante es que te sientas bien. Prepara tus cosas. Acá siempre serás bienvenida, y acá estarás con tu hermano y conmigo.
Dana se sintió muy mal en ese momento, pues durante los últimos meses había juzgado a mi tía como una vieja amargada, sin saber lo que ella ahora sufría. —Gracias, tía —respondió profundamente. En ese instante unas lágrimas le rondaron de nuevo las mejillas, y, luchando contra su instinto, se lanzó a abrazar a Helena con profundidad. Aunque todo su cuerpo temblaba y le gritaba que se alejara de nosotros, allí estaba ella, fuerte y amorosa, lista para compartir con nosotros esa horrible maldición.
Helena miró entonces a la gata que permanecía agazapada al inicio de las escaleras, mirándonos con detalle y sin pestañear. Su atención estaba inmolada por nuestra presencia, como si el mundo de repente hubiera dejado de existir para ella. Después mi tía miró a Titán, allá en el patio, echado sobre la hierba, tenso y temblando de frío y miedo. El perro también nos miraba, pero sus ojos abiertos y su posición encorvada mostraban temor.
Entonces añadió: —Puedes venir con tus mascotas, pero debes saber que pueden tener algunos cambios hacia ti después de la curación.
Mi hermana sabía bien a qué se refería Helena. —Mis mascotas vendrán conmigo —aseguró mientras se secaba las lágrimas con las mangas de su blusa blanca.

Apenas Dana se fue de la mansión, acompañada de Saúl, Helena me miró con profundidad, y con una enorme serenidad me dijo: —Ya tomé una decisión. El ver a Dana con ese tumor me ha dejado todo más claro. Pero necesito que me ayudes, y no aceptaré un no como respuesta.

## 30

—¡Claro que no! —exclamé apenas Helena me dijo que ya no quería bajar de nuevo al socavón. —¡No voy a decapitarte! —añadí muy molesto y a la vez aterrado. Varios

pensamientos convulsos arrastraron mi ser a un profundo delirio de miedo y congoja, y estos pensamientos se manifestaron en furia e impotencia.
Helena no levantó la melodiosa voz. —No volveré a sufrir ese dolor ni me arriesgaré a caer en ese profundo pozo. Tampoco quiero seguir viviendo esta vida solitaria y aislada. Y bien sabes que la única manera de escapar de la maldición es morir decapitada por *Azura* —dijo con calma. Se notaba cansada y unas tenues ojeras mostraban su desvelo. Durante los últimos días no comía bien, por lo que se veía más delgada y enferma. Había perdido un poco esa majestuosidad que la caracterizaba y ese andar altivo y arrogante. Sin embargo, después de decirme esto pareció descansar, como si la duda por fin la dejara escapar de sus garras, y ahora pudiera dormir tranquila. Al parecer la duda era la que la tenía atada a la depresión.
—¿Y nosotros? —le pregunté como una última súplica absurda.
Ella me miró con esos ojos brillantes y profundos, y sonrió amorosa. —Ahora te toca practicar mucho con *Azura*, pues debes defender a Dana —me respondió.
Sentí un frío miedo subir por mi espalda. ¡Dana! Ahora yo debía encargarme de ella, y ese pensamiento me aterrorizó y heló mi sangre. —No puedo hacerlo —le dije con voz quebradiza, al tiempo que bajaba la cabeza y me encorvaba. Sentí en ese momento un enorme peso de responsabilidad en mi espalda.
—Lo harás bien, Jhon, estoy segura —afirmó ella mientras fijaba su mirada bondadosa en mi blanco rostro, desprovisto de sangre a causa del miedo.

La irritación pasó de Helena a mí. Ahora ella parecía más alegre, calmada y feliz. Empezó a salir más a los alrededores de la mansión, a los lindes aledaños y a la laguna, donde caminaba descalza por la blanca arena. Incluso empezó a bajar al pueblo para comprar el mercado en la plaza, ignorando las miradas y los rumores de los pueblerinos.

Yo en cambio empecé a molestarme por todo. Me molestaba pensar que perdería a mi tutora sólo en meses, y ahora tendría que hacerme responsable de Dana. Amo a mi hermanita, pero el tener su vida en mis manos me daba una responsabilidad enorme de la cual quería escapar. Y ahora estaría sin Helena. Recordé la célebre frase de mi tía: «Odio contar». ¡Yo también odio contar! Cada día que pasaba era un día menos sin Helena y un día menos para que Dana fuera a ese abismo profundo, enfrentándose al terrible descenso. ¿Dana sería capaz de resistir ese dolor? ¿Sería capaz de evitar lanzarse de cabeza a ese pozo abismal y hechizado? ¿Aguantaría el infinito horror del socavón? Peor aún: ¿Yo sería capaz de defenderla de los demonios o perecería por mi culpa, tal y como Elisa pereció? Esa cuenta regresiva me molestaba cada vez más.

Dana se mudó un mes después. Como era de esperarse llegó con sus dos mascotas. Titán tuvo la misma actitud: Ladró aterrado y casi de inmediato salió al patio, evitándonos y mirando de reojo nuestros movimientos. Atena, por el contrario, se quedó cerca. Nos miró fijamente mientras se sentaba con parsimonia en el suelo, frente a mi tía. La gata parecía obsesionada con el fino rostro de Helena. Aunque la siamés no se acercaba, Helena y yo sentíamos esa mirada de zafiro como una luz que escrutaba nuestros resucitados espíritus. Pero en el momento que me acerqué para acariciarla dio media vuelta y salió corriendo de manera ágil, escapando de mis frías manos.

Ya acomodada, Dana me contó que María y Luis se habían ido de El Santuario hacia Miraflores. No le di tanta importancia, pues hacía años no veía a Luis, y ya había renunciado

a un encuentro con él. Ahora mi prioridad era mi hermanita. Por lo mismo, casi de inmediato empecé a partir madera, todos los días, casi siempre hasta la hora del almuerzo, a la vista recelosa de Titán, quien de vez en cuando me gruñía, pero bastaba una mirada para que retrocediera y se alejara, regañado. Dana me ayudaba con la leña en ocasiones, pero no renegaba como yo años atrás; ella sólo me ayudaba sin buscar el motivo. A ella sólo la impulsaba el sentimiento de ayudar a su hermano. Cuando Dana me ayudaba, Titán se acercaba y le voleaba la cola, animado y feliz.

Durante esos días Helena empezó a acercarse más a Dana, hasta que se volvieron muy buenas cómplices. Recuerdo ahora con gracia una conversación entre ellas de especial vanidad que tiene que ver con las uñas (algo básico y efímero en su momento, pero que ahora es para mí un recuerdo valioso).
—¡Qué lindas tienes las uñas tía! —exclamó *Nana* mientras tomaba con sus manos las manos de Helena. Estábamos en el estudio, disfrutando el típico café de la tarde.
—Las uñas son muy importantes —dijo Helena—. Demuestran limpieza y elegancia. Ahora me siento feliz de poder arreglármelas —añadió. Tenía las uñas largas y pintadas de rosa.
Me pareció una conversación banal, pues estaba más preocupado por la situación actual; pero a mi cabeza llegó un recuerdo que no encajó por completo. «¿Ahora? ¿Poder arreglármelas?» pensé con agudeza. Entonces uní los hilos y miré a mi tía, atónito.
Ella me devolvió la mirada, pero pareció no darse cuenta de mis pensamientos.
—Yo quiero arreglármelas igual. ¿Me ayudas? —pidió mi hermana.
—¡Claro que sí! Ve a mi cuarto y trae el esmalte y unas limas que se encuentran en el primer cajón del tocador.
*Nana* sonrió y se apresuró al segundo piso.
—¿Sucede algo? —me preguntó mi tía cuando mi hermana salió del estudio. Al parecer mi rostro estupefacto era bastante notorio.
Yo la miré y miré mis dedos mientras los movía, y le dije: —Yo no tengo que sufrir por las uñas. Los hombres, en general, permanecemos con las uñas cortas. No nos preocupamos por esos detalles.
—¿A qué se debe ese comentario?—. Ella se volteó para mirarme con más atención, con los ojos contorneados y una mirada astuta.
—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí —le dije con voz profunda—. Cada día me doy cuenta de más sacrificios que has hecho sólo para lograr sacarme sano y salvo de ese socavón.
Helena callaba, fija en mi rostro, al tiempo que una luz dorada entraba por el ventanal tras ella, dejando caer su lánguida sombra sobre mi rostro.
—Cuando llegué a esta mansión tenías las uñas cortas y sin pintar. No eras «elegante» —le dije con tino de agradecimiento.
Entonces ella sonrió. —Lo haría de nuevo, una y mil veces —aseguró.
En ese momento llegó *Nana* con el esmalte y las limas. —¿De qué hablan? —preguntó inocente.
Y yo le respondí: —Hablábamos sobre cortar madera. Es muy difícil cortar madera o blandir a *Azura* con las uñas largas. Pero como ahora yo hago ese trabajo, mi tía y tú pueden pintarse las uñas. Antes, como mi tía tenía que encargarse de la leña no podía ser tan vanidosa, pero ahora incluso tiene una compañera.
Mi hermanita nos sonrió, inocente de los suplicios implícitos en la superflua conversación.

En efecto, Helena y Dana se dedicaron a maquillarse, pasear por los alrededores de la mansión y «chismear» de algunos familiares. Yo, en cambio, sólo tenía cabeza para defender a mi hermanita de esos demonios que aún no había visto. No podía darme el lujo de descansar si lo que estaba en juego era la vida de mi amada hermana. El tumor creciente en su cuello me recordaba la precaria situación. Sin embargo, sólo yo parecía estresado: Dana ya no se ponía la bufanda dentro de la mansión, y se sentía menos juzgada. Helena también mostraba su cuello sin pudor. Ambas se sentían tranquilas dentro de las paredes de la mansión, sin nadie que las mire y las critique. La vanidad en las mujeres juega un papel importante, pero la vanidad está atada de forma intrínseca a la sociedad: Si no hay sociedad no hay vanidad. Allí, en la mansión entre las montañas, ambas se sentían felices, aisladas de la sociedad y de los hirientes comentarios.

Al mismo tiempo empecé a investigar todo lo posible sobre el extraño descenso. Leí completas las *Eddas Magnas*, en especial *El Nallhard*, pero nada tenía escrito sobre la maldición ni sobre el ritual de sanación. También empecé a frecuentar la profunda mina, tanto de día como de noche. Así conocí todos los senderos que llegaban al claro, identificando bien de dónde podrían emerger esas criaturas malignas. Poca atención le puse al negocio familiar durante ese tiempo, por lo que Dana y Helena se encargaron. Yo sólo pensaba en la seguridad de *Nana*, al tiempo que evitaba a toda costa pensar en el futuro de Helena.

Pero los días se acababan, poco a poco. Aunque Helena estaba calmada, a mí se me incrementaba la amargura. No quería que llegara su cumpleaños cuarenta y dos, pues sabía que yo debía hacer los honores de su descanso. ¡No podía hacerlo! Incluso pensé en escapar a Sural o a Miraflores, aun a El Santuario, pero ¿y Dana? No, no podía escapar como un cobarde patético. Debía apoyarlas a ambas, aunque no estuviera feliz de hacerlo. Una forma de demostrar el amor es de esa manera: Hacer algo que no se quiere por la persona que se lo merece. Y ambas se merecían todo lo que estuviera a mi alcance para hacerlas felices, aunque me arrancara el fibroso corazón durante el proceso.

## 31

Durante esos días calurosos tuve una noche espantosa, tan horrible que el vívido recuerdo de ella aún me hace temblar. Todo empezó con una maligna visión que abordó mi cabeza después del hermoso crepúsculo purpúreo. Estaba caminando a paso lento por entre los árboles ya familiares, hasta llegar a un enorme roble de aspecto maligno. Sobre una de las poderosas ramas del roble había una imagen repleta de horrores: Pendía de forma fantasmal un ridículo ahorcado, a contraluz, dejando sobre mí una espantosa sombra que se mecía de manera lenta. El cadáver, desprovisto por pedazos de su sayo de piel, tenía el pecho horadado y el estómago desfondado. Su cara, ahora un talle de hueso en forma de calavera, lanzaba una misteriosa mueca de dolor, acompañada por una danza macabra producida por un viento pasajero y helado que hacía rugir los ramajes cercanos. Tenía como cimera un horrible cuervo que laceraba el cráneo a picotazos, y sólo se detenía para graznar de manera impertinente mientras me miraba con esos ojos negros y terribles. La cuerda de la horca, tensa, soltaba un sonido de cabuya que congelaba mi corazón. Tenía los dedos rotos y casi esqueléticos, su quijada estaba quebrada por un fuerte impacto y no poseía más que cuencas donde antes había ojos. Y, desde las alturas, sostenía un letrero colgado en el cuello que sólo pude leer

cuando el ahorcado volteó por completo sobre su eje, mostrando así su enigmático mensaje: «*Azura*». Una sola palabra pintada de rojo en un tablón viejo que se sostenía de su cuello inerte y apretado.

Abrí los ojos cuando la noche estaba bien entrada. La cabeza me dolía al punto de acercarse a una fuerte cefalea. Todo había sido una pesadilla; pero nunca había tenido un sueño tan real y espantoso. «*Azura*» decía el letrero que me mostró el infame sin pudor durante ese escabroso sueño. ¿Acaso ese ahorcado había sido una víctima de *Azura* en tiempos pasados? ¿Acaso me enviaba alguna clase de mensaje cifrado desde el más allá?

Me costó unos segundos darme cuenta de que lo que me había sacado de esa brusca pesadilla habían sido los ladridos de Titán, quien armaba un verdadero escándalo en el patio trasero de la mansión. Ladraba con fuerza, incluso con ira, y corría de un lado a otro, aterrado. Pero no sólo Titán producía sonidos, pues Atena maullaba desde el techo de la casa, como si quisiera despertarnos y avisarnos de algún fatuo designio.

Todos los habitantes de la casa salimos de nuestras habitaciones. Cuando yo bajé, Óscar y Julio ya estaban preparándose para salir. Llevaban linternas y armas. Idalí permanecía sentada, un poco alterada, y *Nana* también se apresuraba a ponerse unos zapatos para ir a calmar al perro. La noche estaba oscura y casi nada era visible allá afuera.
—¿Qué sucede? —pregunté a Julio.
—No lo sé —respondió el hombre de forma seria—. Pueden ser intrusos. Quizás algún amigo de Fabio.
—O puede ser alguien que se perdió en las montañas y está pidiendo ayuda —añadió Idalí mientras intentaba detallar algo mirando por la ventana hacia la negra penumbra. Sólo se podía ver a Titán de un lado a otro, gruñendo y ladrando cerca de un pequeño faro en la parte trasera de la casa. El perro aparecía y desaparecía a la luz de ese faro, nervioso y furioso.
—Es mejor que esperen acá —dijo Julio mientras abría la puerta y salía al patio.
Óscar lo siguió, arma en mano, en la dirección que el perro apuntaba. En sólo minutos vimos como ambas linternas se internaban entre los troncos, intermitentes, hasta desaparecer por completo. El perro seguía ladrando, pero no se animó a seguir a los hombres. Y Atena había dejado de maullar, pues había cumplido su cometido: Nos había despertado.

Pasaron algunos minutos más; pero el perro no se calmaba. Por lo que *Nana*, impaciente, decidió salir de la casa para intentar obligar al perro a entrar.
—¡Titán! ¡Titán! ¡Ven, entra a la casa! —le gritó mi hermanita al perro. Pero el animal no le prestaba atención. Estaba demasiado asustado e inquieto para hacerle caso. Había algo allá, en la oscuridad, entre los matorrales que bordeaban el patio; algo maligno, tenebroso, lo suficientemente poderoso para despertar en las mascotas de la casa una solidaridad por unos seres enfermizos como Helena y como yo. Así que, incapaz de quedarme quieto, salí para acompañar a *Nana*. Afuera el olor a eucalipto proliferaba, combinándose con el aroma de la hierba húmeda que tapizaba el exterior. Ambos, golpeados de súbito por el viento, movimos a todas direcciones las linternas que teníamos en las manos, esperando espantar lo que aguardaba allá en la oscuridad, agazapado y con sus ojos apócrifos fijos en nosotros.

Apenas estuve cerca del faro lo sentí. Igual que Titán, pude percibir una presencia amenazante en la oscuridad frente a mí, exactamente en la dirección a la cual Titán ladraba.

Era inequívoco: Había algo allí. ¿Qué era? Nada era visible, sólo una espesa negrura. El faro no alcanzaba a iluminar los matorrales. La luz de nuestras linternas pasaba de largo, iluminando sólo hojas, ramas y troncos. Era imposible saber qué había allí sin ir y averiguarlo a poca distancia… pero me era imposible. Óscar y Julio habían empezado su búsqueda en esos matorrales, pero ahora estaban más lejos, fríos, cada vez más perdidos. Fuera lo que fuera, los hombres lo habían pasado por alto, casi pisándolo; pero «eso» seguía allí, burlándose de la torpeza de los guardaespaldas.

Pero yo sí lo podía percibir… ¿o los podía? ¿Serían varios o sería uno solo? ¡¿Qué había en esos matorrales que impedía que mi valor me llenara el cuerpo?! No podía avanzar, paralizado del miedo bajo el farol, con Titán casi a mi lado. El perro estaba tan aterrado, que olvidó por un momento su aversión a mi presencia. Era como si durante esos instantes nos hubiéramos vuelto compañeros que enfrentan un mal mayor. A *Nana* se le contagió mi miedo, por lo que se puso tras de mí y me tomó de los hombros, cubriéndose y sacando por los costados su linterna para ayudarme con una inútil búsqueda.
—¿Qué hay allá? —me preguntó con voz trémula, asustada. Ni siquiera me preguntó si había algo allí, me preguntó sin titubeos qué había allí.
Yo sólo moví la cabeza en señal negativa. —No lo sé —dije. Pero entonces un sentimiento protector fulguró en mi interior al escuchar a mi temerosa hermana, por lo que disimulé el miedo. Por el contrario, parecí estoico, valiente y temerario. —Entra a la casa. Yo me encargaré de Titán —le ordené.
Ella no objetó, y salió corriendo a la casa, segura de mis palabras.
Apenas *Nana* entró a la casa permanecí quieto, intentando buscar qué nos atemorizaba tanto. Y, mientras lo hacía, llegó un efímero pensamiento: *Azura*, El Hacha Oxidada. ¡Claro, el sueño! El ahorcado me estaba advirtiendo, ¡y no le hice caso!

Casi de inmediato sentí que algo se abalanzaba contra mí en medio de la oscuridad. Titán, incapaz de controlarse, salió corriendo hacia la casa, llorando de angustia al no poder protegerme, al tiempo que se escuchaba un crujir de ramas. Los matorrales se movieron de forma violenta y una silueta rápida reptó hacia mi posición de manera repugnante. No puedo decir exactamente qué era… pero pareció espantada al ver a Helena tras de mí, con *Azura* en sus manos.

Mi tía había salido apenas *Nana* había entrado a la casa. Ella, consciente del peligro, tomó a *Azura* de sobre la chimenea y se apresuró a mi encuentro. Apenas llegó todo el ambiente pareció calmarse, quizás por la presencia de la poderosa hacha, no lo sé. La noche pareció descansar y el patio trasero incluso pareció iluminarse un poco más, opacando las tinieblas que se cernían alrededor del faro. El alma volvió a mi cuerpo y los colores retornaron a mi blanco rostro apenas vi a mi tía a mi lado.
—¿Estás bien? —me preguntó Helena mientras el viento le mecía el cabello, cual valiente y a la vez delicada guerrera. Ella miraba fijamente hacia los matorrales, al tiempo que *Azura*, vieja y filosa, brillaba con la pobre luz del faro.
Yo asentí. —Estoy bien, pero ¿qué era eso?
—Entra a la casa. Voy a buscar a Óscar y a Julio —me pidió.
Pero yo me negué. —Iré contigo —dije, ahora más tranquilo por la presencia de mi tía y de la majestuosa hacha. Me pareció en ese momento que *Azura* era una especie de vela que espantaba los fantasmas del Bosque de Niebla.

Caminamos por varios minutos mientras gritábamos los nombres de los guardaespaldas, hasta que nos contestaron; primero Julio y después Óscar.
—No encontramos nada, señora Helena —dijo este último con decepción.
—No importa. Creo que fue algún animal que ya salió espantado. ¡Vamos! Volvamos a la casa —pidió mi tía.

Los cuatro volvimos a la mansión. Apenas lo hicimos, Titán se acercó a nosotros sin ladrar. Por el contrario, meneó la cola, pero no se atrevió a lamernos. Parecía feliz, pero quizás no con nosotros, sino con *Azura*, pues apenas mi tía dejó el hacha el perro se apresuró a subir las escaleras hacia el cuarto de *Nana*, olvidando nuestra momentánea tregua. Óscar y Julio se apresuraron a sus cuartos, al igual que Idalí y Mi hermana. Saúl, el último en despertarse, se había dormido antes que nosotros retornáramos.
Cuando Helena y yo nos quedamos solos le pregunté: —¿Qué era eso que casi me mata?
Ella me miró con detalle, y dijo: —No estoy segura, pero creo que puede ser uno de esos monstruos que rondan estos bosques. Se movía igual, pero no lo vi con detalle. Deben saber que mi tiempo se acerca, y están ansiosos de entrar a la mina por mí y devorar mi carne hasta los huesos—. Su voz se había quebrado. Tenía un claro miedo hacia esas criaturas—. He ahí otro motivo por el que no quiero bajar de nuevo a la mina.
—¡Yo te protegería! —exclamé a tal punto de despertar de nuevo a *Nana*, quien salió con cautela del cuarto.
—¿Sucede algo? —preguntó desde la mitad de las escaleras.
—No, *Nana*, no te preocupes. Ve y descansa —le pedí con amabilidad.
Ella asintió, todavía un poco nerviosa, y retornó a su cuarto.
Volví entonces la atención a Helena. —Yo te protegería si decides sanar… te lo juro. Por favor, vuelve a bajar a la mina —le supliqué como último recurso.
Helena me miró con amor; pero meneó la cabeza. —No, mi querido Jhon, la decisión sigue firme. No volveré a bajar a esa inmunda mina.
Yo suspiré. Debía aceptar la situación y debía respetar la decisión de Helena. —¿Esto ya había ocurrido antes? ¿Esas criaturas ya se habían acercado antes a la mansión? —pregunté.
—Nunca había sucedido; pero fuimos afortunados de que el perro y la gata percibieran el peligro. No sé si esos monstruos hubieran tenido la osadía de entrar a la casa; pero de haberlo hecho yo no hubiera podido defenderme y me hubieran engullido. *Azura* está en el primer piso y yo nunca hubiera alcanzado a tomarla si esas bestias me hubieran atacado en mi cuarto.
—Por eso es mejor que lleves a *Azura* contigo, por lo menos por ahora —le pedí. Tomé el hacha y se la puse en sus manos. —Dame ese gusto.
Ella asintió. —Lo haré hasta que llegue el momento.
Me dispuse a volver a mi cuarto, pero antes le pregunté: —¿Cómo supiste que debías llevar a *Azura* al patio para protegerme?
Helena levantó la mirada y, más audaz que yo, respondió con su delicado tono de voz: —Un ahorcado infame me lo dijo en un sueño.

## 32

Las pesadillas que involucraban a Dana y a Helena se hicieron más frecuentes después de esa terrible noche. La pesadilla más recurrente consistía en ver el cuerpo de mi tía decapitado

caminando por un recinto alargado, azulado y tenebroso. Ella vestía de blanco y andaba de forma lenta y bamboleante con su propia cabeza en la mano, sostenida por su largo cabello castaño. Y su cabeza me hablaba. ¡La maldita cabeza en su mano me hablaba! Y me ofendía, me gritaba improperios y me maldecía, al tiempo que se deformaba en muecas iracundas y antinaturales.

Los estremecedores sueños que implicaban a Dana eran menos periódicos, pero igual de espeluznantes: Muchos fantasmas salían del Bosque de Niebla y entraban en accidentado tropel a la ya insoportable mina. Ella lanzaba un agudo alarido, acompañado de un vapor fosforescente que emergía de la gruta y me rodeaba, como si su alma se esparciera por todo el rededor. Me levantaba alarmado cada vez que estos sueños se incubaban en mi subconsciente. Pero todo ese alterado estado de nerviosismo era justificado: Ya se acercaba la hora.

Para ese momento el tumor de Helena estaba muy hinchado. Mi tía se quejaba constantemente del peso de la carnosidad. Durante algunos instantes percibía su temor y su angustia, pues ella sentía que la muerte se acercaba a paso acelerado; pero después parecía calmarse. Yo, en cambio, temía cada vez más al mes de febrero, pues ese mes sería la ejecución, y ese día me convertiría en un vil homicida.

A diferencia de mi sombría actitud, Helena, siempre con el hacha cerca, caminaba a las afueras de la mansión, escuchando el cantar de las aves y el mecer del dosel boscoso con el pasar del viento. Empezó a poner más atención a cada detalle, cual turista, y empezó a hablar del hermoso color de las orquídeas circundantes y del brillante verdor del pasto. De vez en cuando arrancaba un diente de león de la hierba y lo soplaba para que sus blancas cabelleras flotaran en el aire. Incluso, en una ocasión, se acercó a la estatua erguida en la mitad de la fuente, tocó sus pies y detalló sus texturas marmóreas, como si quisiera crear en su mente un recuerdo blanco y hermoso de esa obra de arte. Me dio la impresión de que quería recordar cada detalle de un mundo al que no volvería. Ella también detallaba nuestros rostros. A Idalí le dio una gran suma de dinero, suficiente para comprarse una casa, pero le pidió que siguiera trabajando para nosotros cuando ella ya no estuviera. Trato parecido tuvo con Saúl y con Óscar, pero Julio le advirtió que si ella faltaba él se iría de Sural. Por lo que en mí reposaba la responsabilidad de encontrar otro guardaespaldas de confianza, de tanta confianza como para ordenarle matar.

Durante esos días hicimos muchas llamadas a parientes cercanos y lejanos. Helena ahora me ponía a cargo de todo, diciéndoles a todos que ella saldría de viaje y que quizás no volvería. Algunos familiares le creyeron, otros sabían que pronto ella moriría a causa del tumor. Ninguno puso objeción a que yo quedara encargado de las finanzas de la mina. También bajamos a la alcaldía para avisarle a los funcionarios que yo sustituiría a mi tía, y aprovechamos para hablar con el jefe de policía. Esta preparación lanzaba en mí un agua helada de realidad, agua que laceraba mi consciencia y mi ánimo. Estaba cabizbajo, pensativo, aburrido y muy triste. Pero el ver la serenidad de mi tía me ayudaba un poco a llevar ese peso de culpa y de incapacidad.

## 33

Llegó enero, soleado y hermoso, pero para mí era un enero cargado de pesar y melancolía. Ahora partía madera pensando en dar el golpe preciso y fatal a mi tía. Imaginaba su cuello como uno de esos tocones, y cómo bajaba el hacha con furia. «Debe ser un golpe perfecto» pensaba mientras las manos me temblaban y la espalda me dolía por el esfuerzo. Durante ese mes Helena sufrió dos ataques de pánico, por lo que Dana y yo tuvimos que medicarla. Su miedo a la muerte era cada vez más fuerte. El casi ver a la parca, el casi olerla, el casi sentirla causa en cualquier ser humano un estado de horror inconmensurable. El temor a morir ya estaba causando mella en la tranquilidad de Helena. Pero era clara en su decisión.
—No voy a volver a bajar a esa mina —aseguraba cuando Dana no estaba presente—. Voy a morir el nueve de febrero y por fin podré descansar. Ya está decidido.
Yo sólo callaba. Me dolía esa decisión, pero sólo podía ayudarla a cumplir su deseo. Además, el ver su cuello con ese parásito maldito me convencía de que era una buena decisión. Yo mismo debía tomar esa decisión, de nuevo, en un futuro que en ese instante vi muy lejano; y probablemente tomaría la misma decisión, por lo que no debía contradecirla, ni intentar convencerla para que cambiara de parecer.

Quizás este es el momento más angustioso de esta historia, el momento donde mi vida se partió a la mitad, y dejé de ser un aprendiz para empezar a ser un tutor, aunque la tutoría sea enfocada a una maldición, a un camino profundo y sobrenatural que involucra a mi hermanita. Una tutoría obligada en vez de deseada; pero esa es la forma de operar de la vida: Nos lanza a un abismo desconocido de experiencias nuevas para que podamos aprender a sortearlas, y de esta manera aprender a vivir (aunque aprender a vivir nos cueste casi toda la vida). Este instante lo evoco con lágrimas en los ojos y un gran vacío en el pecho, pues es el recuerdo más doloroso que tengo en mi tormentosa vida, aun más que el rechazo de mi ahora ausente Luis.

Al fin llegó el nueve de ese fatídico febrero. Saúl ya había comprado los medicamentos en Miraflores. El plan era el siguiente: Helena tomaría los somníferos y se quedaría dormida. Cuando ella estuviera dormida yo le cortaría la cabeza con *Azura*. El sólo pensarlo de nuevo me estremece por completo. Habíamos concluido que sería más fácil hacer el parricidio en el patio, en la parte trasera de la mansión. Dos días atrás yo había cavado una tumba en el linde del bosque, cerca de los matorrales que bordeaban el patio. A todos los colaboradores se les dio el día libre, por lo que sólo Dana, Helena y yo estaríamos para el asesinato asistido.
—Quiero ver el último ocaso y extender mi vida lo más que pueda —dijo ella mientras miraba el cielo azul de nubes blancas—; pero sé que no podemos esperar hasta el anochecer, pues debes ver bien qué haces, y una linterna no es suficiente para decapitar. Así que le regalaré algunas horas a la muerte —añadió con voz profunda y con tintes tristes.
Yo permanecí en silencio, ahogado e incapaz de articular palabra sin romper en llanto.

El segundo paso del plan era ubicar el cuerpo en un pequeño tocón, bocabajo y con la cabeza y hombros sobre la madera. Así me quedaría más fácil quitarle la cabeza con *Azura*. Por último, tomaría el cuerpo y lo arrastraría a la fosa. Dana estaría todo el tiempo en su cuarto con sus mascotas, donde las ventanas dan al frente de la casa y no al patio trasero. Pero, para estar seguro, yo mismo la encerraría con tranca. No quería que ella viera tan desagradable

acto. Además, me preocupaba que Titán alterara el acto con sus ladridos y llamara alguna atención indeseable.

Llegó el crepúsculo lleno de visos rojizos, un ocaso hermoso que aún tengo en la memoria. Las montañas eran acariciadas por una luz rosada y los árboles mecían sus verdes cabelleras en sincronía, como si hicieran parte de un coro celestial. Las hojas secas caían a nuestro alrededor como copos amarillos y tostados, dándole al paisaje un viso pictórico y otoñal.

Las manos me temblaban, las piernas me flaqueaban y el pecho se me movía por las hondas bocanadas que tragaba para no desmayarme, pero yo ya estaba decidido, y Helena también.
—Te extrañaré, tía —le dije sollozando. Casi no podía respirar.
Ella sonrió de manera hermosa. —Lo sé, pero ya es mi hora —dijo con calma, aunque se frotaba las manos en señal de nerviosismo.
—¿Estás lista?
—No, nadie está listo para morir, pero sí estoy decidida.
—Gracias por todo… tía —le dije mientras las amargas lágrimas rodaban libres por mi rostro. En ese momento sentí cómo el perfume que la rondaba se fundía con el fresco olor de la hierba que nos rodeaba. Cada vez que percibo esa fragancia siento una enorme tristeza, pues el olfato es el sentido con más memoria, y ese perfume todavía me transporta a ese instante, a ese último atardecer con ella.
Helena me abrazó y dijo: —Cuida a *Nana*. Enséñale y ayúdale en el descenso—. Y, sin más, empezó a tomarse esas pastillas multicolores que la harían dormir. Vi en silencio cómo empezaron a pesarle los párpados, cubriéndole los hermosos ojos de pestañas largas, y vi cómo la alterada respiración empezaba a volverse constante y relajada. Pocos minutos después quedó desgonzada, cual bella durmiente en medio de un ocaso hermoso y a la vez melancólico.

Sabía que debía apresurarme, pues si moría por los somníferos iría directo y a una velocidad endemoniada a esa cripta horrible del abismo, donde estaban esas estatuas extrañas de familiares malditos por la eternidad. Así que tomé el cuerpo con fuerza y lo arrastré de las manos hasta el tocón. Vi entonces sus uñas rosadas y arregladas, y esa visión oprimió mi corazón.

Mientras la arrastraba sobre la hierba, noté que pesaba menos de lo que pensaba, aunque estaba desgonzada, y un cuerpo desgonzado pesa más. Me fue bastante fácil ponerla bocabajo, en posición de guillotina. Aún respiraba tranquila, y su rostro mostraba paz y tranquilidad. Incluso me pareció que sonreía mientras dormía bocabajo, cual princesa en medio de un sueño maravilloso.

Tomé entonces a la poderosa *Azura*. El hacha estaba liviana, muy liviana, ansiosa de acabar con la maldición de mi tía y por fin dejarla descansar. Me acerqué a ella, pero un impulso inexplicable empezó a frenarme. Mis manos empezaron a temblar y mi frente empezó a empaparse, al tiempo que permanecía petrificado. El aire era frío y la atmósfera estaba expectante. Respiré y vi el cuerpo de Helena sobre el pasto, esperando ser decapitado. Dudé por varios segundos más, pero el recuerdo del templo subterráneo y oscuro me impulsó a seguir adelante. Tomé el hacha y medí la distancia, puse el filo en su cuello hinchado y enfermo, y subí el hacha en vertical. Hice el ejercicio dos veces más, enfocado en el cuello;

en nada más. El viento empezó a aullar y los sauces empezaron a mover sus ramas, produciendo un rugido ahora maligno.

Entonces, nervioso, tomé aire por la boca y subí el hacha con fuerza, decidido, y la bajé con una fuerza descomunal. Sentí en ese preciso instante la sangre tibia empapar mis manos y mi rostro. No hubo gemido ni queja alguna; pero, para mi horror, vi que la cabeza no estaba desprendida por completo del cuerpo. ¡Dios santo! Me aterré, grité con fuerza y temblé, pero ya no podía volver atrás. Así que, aterrorizado y con la respiración acelerada, volví a subir a *Azura* y volví a bajarla con más fuerza. Esta vez se escuchó un nuevo crujir de vértebras rotas. La sangre se esparció a raudales por el tocón y por el pasto, emanando a borbollones y dejando todo rojo y sangriento. Finalmente, la cabeza de cabellera castaña se separó del cuerpo y rodó. Casi de inmediato el cuello infectado empezó a drenar hasta tener un tamaño normal. El terrible parásito de la maldición murió por fin, igual que mi amada Helena.

El aire pasó más puro por entre los árboles rugosos y un profundo silencio se propagó por todo el mundo, como si la natura entera entrara en un negro luto. Los pájaros dejaron de cantar y los insectos callaron. Titán aulló con lástima desde la habitación de Dana y Atena se escapó por la ventana para ver la ejecución desde el techo, bajo un cielo tornasolado y crepuscular. El resto de lo sucedido esa noche es historia.

# EL DESCENSO DE DANA

**34**

Con vergüenza, tengo que confesar que lloré lo que nunca había llorado, a tal punto que Dana me dio varios somníferos para poder dormir. Me desmayé por las drogas durante dos días, sintiendo entre sueños cómo una mano siniestra e invisible apretaba todos mis órganos y causaba esa sensación de vacío en mi pecho. Cuando desperté esa horrible sensación continuó, para mi desdicha. Dana se hizo cargo de todos los negocios y de toda la mansión durante esos días, mostrando su gran responsabilidad y su buen manejo.

La depresión empezó a cubrirme con su desagradable manto, cerniéndose sobre mí como una cortina plomiza y asfixiante. Después de la muerte de Helena perdí el apetito casi por completo, y me costaba levantarme de la cama y bañarme. Perdí tanto peso que mis costillas empezaron a resaltar bajo mi piel. No quería nada ni a nadie. *Nana*, muy alarmada por mi deplorable estado, intentó animarme todos los días y darme de comer, casi obligándome en ocasiones; pero todos sus esfuerzos fueron en vano.

Los días empezaron a parecerme eternos, sin sentido ni motivo. Aunque mi parte lógica me gritaba que debía seguir adelante por mi hermanita, mi amargura me encadenaba de manera férrea a la dura cama, al tiempo que pensaba con angustia si yo tomaría la misma decisión. ¿Prefiero que me decapiten a volver a bajar a ese hediondo y oscuro socavón? ¿Valen la pena veintiún años más sin Helena? Fueron días tristes, aunque el sol se levantaba desdeñoso cada mañana e iluminaba las altas montañas y los hermosos bosques, disipando la bruma mañanera y alimentando a las bellas y coloridas florestas que eran bañadas con el límpido rocío.

La despedida de Helena se hizo al día siguiente de su decapitación. Sólo asistieron Dana, Idalí, Saúl, Óscar, Julio, mi padre y cuatro parientes cercanos que conocían la situación. Yo no fui capaz de ir a esa pequeña reunión por mi alterado estado. Pocas preguntas se hicieron en Sural, y en verdad nadie se preocupó por la ausencia de mi tía. Incluso supe que muchas personas parecieron descansar, diciendo de manera infame: «La bruja por fin se fue de estas montañas».

Y todo fue de mal en peor, pues la prolongación de la ausencia intensifica el profundo luto. Cada día extrañaba más su candidez, su delicado tono de voz, sus suaves ademanes, sus consejos… su dulce sonrisa. Me cuesta recordar todo esto, al punto de sentir cómo el vacío en mi interior empieza a convertirse en melancólicas lágrimas que bajan por mis mejillas hasta casi dejarme sin habla. Su presencia llenaba de lujo y luz todos los rincones de la mansión… pero ahora ya no estaba. La mansión, hermosa y colonial, ahora estaba oscura, silenciosa y vacía sin su verdadera dueña.

Me costó casi tres meses poder salir de la casa y acercarme a la tumba. Salí despeinado, endeble y sin bañar, pero sentí que ya era tiempo de visitarla. Para ese momento ya había en el suelo una pequeña lápida de mármol con una sencilla descripción. Pensé en comprar una estatua de un ángel y ponerla allí para homenajearla, pero pasaron los años y nunca lo hice.

—Por favor, discúlpame —le dije a la lápida con voz débil—, pero espero que en este momento ya tengas paz –añadí mientras le dejaba un ramo de margaritas que *Nana* había recogido en las costas de la laguna. El sentimiento de vacío y ausencia no se iba, pero debía dejar mi depresión atrás, pues los problemas no se acoplan a nuestros tiempos. Por el contrario, debemos acoplar nuestros tiempos a los problemas, y en la mina ya había uno: Había rumores de una nueva huelga por los sueldos. Debía ser estoico y volver del abismo de la depresión, como el resucitado que era.

Dos días después, ya un poco más recuperado, bajé con Saúl y Óscar a la mina. Julio, tal y como había dicho, renunció sólo tres días después del fallecimiento de Helena, y recibió una gran suma de dinero por los servicios prestados (además de su silencio). Al llegar a la mina intenté conciliar con los mineros; pero esta vez fue diferente. Antes, cuando iba esporádicamente con Helena, los mineros se ponían nerviosos, pero casi siempre cedían de manera fácil. Esta vez se veían temerosos, pero ese temor se convirtió rápidamente en una agresión instintiva. Empezaron a gritarme improperios e injurias, y pidieron con alaridos mejores sueldos.

Sin embargo, apenas me acerqué para conversar, todos, absolutamente todos, retrocedieron, espantados por algún terror primitivo e inexplicable que producía mi ser. Entendí que la belleza de Helena era mucho más conciliadora que mi presencia masculina. Mi sola aura parecía causar más miedo en los trabajadores, como si yo fuera mucho más peligroso que mi tía. Entendiendo la situación, terminé por aceptar un pequeño incremento en los salarios. Ellos no objetaron, pero tampoco quedaron muy felices. Yo aún no tenía la experiencia para concebir esas estratagemas que Helena lograba llevar a cabo, y tampoco podía planear asesinatos ni conspiraciones (no en ese momento). Necesitaba tiempo, y mientras ganaba ese tiempo debía tener a los empleados contentos, por lo que cedí a sus exigencias.

Volví a casa y vi que durante esos días el tumor de *Nana* había crecido todavía más. Esto me alarmó, pues sabía que se aproximaba su descenso, y debíamos prepararnos más. Ya no podía seguir perdiendo el tiempo pensando en las pérdidas pasadas; tenía un gran reto por delante, y *Nana* dependía de mí para curarse.
—Necesito que de ahora en adelante cortes más leña conmigo —le dije severo.
Y ella no puso objeción.

Durante esos meses no hubo mucho movimiento, ni en la mina de esmeraldas ni en la mansión. Lo único trascendental fue el reemplazo de Julio por Franco, el hermano menor de Óscar. También convencí a Pablo, un amigo de infancia, que fuera mis ojos en la mina por si alguno de los mineros decidía sindicalizarse. Él aceptó a cambio de una buena suma de dinero; pero no me entrevisté con él en persona, pues no quería que saliera espantado y desistiera del trabajo.

En ese tiempo la gata se acercó más a mí, a tal punto de dormir conmigo. Atena parecía atraída a mi turbulento espíritu, y acercaba su negro rostro al mío, ronroneando, mientras yo sentía cómo sus ojos azules se alimentaban de mi rancia presencia. Por el contrario, Titán siempre me evitaba. Ya no me ladraba ni me mostraba sus colmillos, pero cuando me acercaba él erizaba su pelaje y subía las orejas, mirándome con atención, alerta, expectante y temeroso. Era obvio que no confiaba en mí, pero por lo menos ahora me toleraba.

Visité todos los días a Helena, con Atena siempre a mis pies, y le hablaba sobre cómo nos preparábamos con *Nana* para su curación. Parecía un loco, pero considero que fue una buena terapia para superar la depresión. En todas las visitas le llevaba flores amarillas, y recordaba con detalle cada enseñanza que ella me había compartido, pues ahora yo se las compartía a Dana. A mi hermana no le dije más que lo necesario para descender a la horrible mina. Le mencioné los tres puntos de referencia, pero nada le dije del dolor y del miedo. Le aconsejé que gateara cuando llegara al pozo, y que estuviera tranquila en el templo, pues allí había algunas «estatuas». Tampoco le dije nada sobre mi lucha contra los demonios a las afueras de la mina, pues no deseaba preocuparla más de lo que ya estaba.

A medida que se acercaba el día notaba que ella adelgazaba, y unas ojeras empezaron a pronunciarse. Para mí era obvio que estaba aterrada, aunque intentaba disimularlo (sin éxito). Le conté lo poco que sabía sobre la historia de *Azura* y le di algunos otros consejos, pero no le dije dónde estaba la mina, pues temía que ella fuera a visitarla sin mi compañía. Le pedí que antes del ritual fuera a visitar a mis padres, pero le aclaré que no era una despedida. Ella me hizo caso y fue a El Santuario faltando sólo dos semanas para su cumpleaños veintiuno. Se llevó a Titán con ella, pero Atena se quedó conmigo en la mansión. Mis padres fueron muy afectuosos con ella y con el perro, y me enviaron regalos y algunas bellas fotos.

Quería pensar que ya todo estaba listo, pero yo mismo no lo estaba, y *Nana* tampoco. Yo me mostraba valiente a medida que los días pasaban, pero mi estado de ánimo colapsaba a causa del temor. Un miedo frenético empezó a invadirme por las noches, pues tenía la vida de mi hermana en mis manos. Así que, para calmarme, me levantaba y salía de la casa en medio de la densa oscuridad, directo a la tumba, y allí hablaba sobre mis miedos.

—¿Cómo superaste esta sensación? —preguntaba de manera idiota, como si en verdad Helena fuera a responderme, al tiempo que iluminaba la placa con una pequeña linterna. La gata caminaba entre mis piernas, con su mirada fija en mi rostro descolorido.
—¡Se te olvidó enseñarme eso! —le reprochaba a la lápida en medio de la oscuridad y la niebla. Quien me viera diría que el delirio por fin había horadado mi cráneo insano, pero esa conversación era para mí una catarsis. Imaginaba a Helena años atrás, rodando en la cama antes de mi resucitar, incapaz de conciliar el sueño por miedo a perder por segunda vez a un protegido. Ella tuvo que manejar más presión, pues ya sabía a qué se enfrentaba, y ya había fallado una primera vez. Su error había costado una vida. ¡Pero ahora la vida que estaba en juego era la de mi hermanita! Helena se arriesgó primero por una prima y después por un sobrino, pero yo ahora me arriesgaba por mi niña, por la única que superó el asco de mi semblante y me abrazó, aunque todos sus músculos se resistieran, la única que ahora me toleraba y que sin lugar a dudas me amaba.

Es imposible estar preparado para sostener la vida de la persona más amada en unas manos frágiles y temblorosas.

## 35

—La casa se siente muy silenciosa sin ti —le dije a la tumba de Helena mientras recordaba con cariño cómo su presencia llenaba de bondad la mansión. Con cada día que pasaba sentía más su ausencia, lo que incrementaba mi profunda melancolía.
*Nana* estaba a mi lado. Sostenía a *Azura* con ambas manos. Permanecía muda, mirando callada la tumba con respeto y a la vez con miedo. Era mediodía, un día despejado y sin mucha neblina. El sol estaba sobre nosotros y las sombras se acortaban a nuestro alrededor.
—Espero que hoy todo salga bien —añadí mientras ponía las ya comunes flores al lado de la lápida enmarmolada. Miré a *Nana*, que estaba pálida como un papel, y le sonreí para tranquilizarla.

Idalí nos miraba desde el pórtico, a lo lejos, preocupada, pues, aunque no se acercaba mucho a nosotros nos había tomado afecto. Además, éramos sus nuevos jefes. Atena nos miraba desde una ventana del segundo piso, inmutable y con su expresión de gata altanera. Titán se encontraba al lado de Dana, nervioso, como si predijera algún fatuo acontecimiento. El perro lloraba al tiempo que miraba a mi hermanita, pidiéndole con el hocico que le acariciara la cabeza; pero *Nana* tenía a *Azura* en sus manos, así que sólo se limitaba a hablarle con dulzura. Hicimos un último inventario, y fuimos afortunados al hacerlo, pues *Nana* había olvidado la linterna. Almorzamos carne roja y ensalada y, cuando la tarde llegó expectante, nos dirigimos a la laguna, a la vista de las mascotas y de Idalí. Ya no había vuelta atrás.

Ninguno habló en el auto por un buen tiempo. Yo movía las rodillas a causa de los nervios, pero mi hermanita no se daba cuenta. La volteé a mirar dos veces, y la vi también moviendo las rodillas, exaltada, mientras me miraba con terror, como si fuera un animal que sabe que lo van a matar. Sus ojos estaban cristalinos, casi al borde de las lágrimas, y se sobaba las manos con impaciencia.
—Todo va a estar bien —le dije para calmarla, aunque también lo dije para mí, pues estaba muy intranquilo.
Ella sonrió de manera fingida. Mis palabras la ayudaron un poco, pero no podía alcanzar la anhelada calma.

Llegamos a la ladera que subía al lago antes del anochecer. Saúl, siempre presente, me dio la mano y abrazó a *Nana*.
—Estaré aquí esperándolos —aseguró el chofer mientras me miraba con aprobación.
Sentí en ese instante un apoyo omitido por parte del fiel Saúl. Así que devolví la mirada y asentí.
—Muchas gracias, señor Saúl —dijo *Nana* con voz tímida.
En ese momento le di a *Azura*, pues yo debía estar en óptimas condiciones para luchar contra las abominaciones del bosque. Entonces recordé a Helena… de nuevo. *Nana* me miró sorprendida, pero no objetó. Y, en silencio, empezamos a ascender por entre los árboles y las enredaderas, mientras a nuestra espalda la noche parecía ansiosa de devorar la luz del día y lanzarnos a un desbocado infierno.

A medida que subíamos por la boscosa ladera el aire empezaba a tornarse más sofocante y húmedo. La luz se filtraba por entre los ramajes, permitiéndonos aún ver el camino terroso y lleno de piedras y hojas secas. No dijimos palabra alguna mientras ascendíamos. Estábamos muy inquietos, y las palabras no salían. Minutos después llegamos a la Laguna de Fausto, hermosa, como una joya líquida en medio de las montañas verdes y los innumerables árboles

frondosos y altos. En esa cima sentimos un viento glacial que nos rehabilitó. Sólo hasta ese momento *Nana* habló.
—¿Me das algún consejo adicional? —me preguntó con voz temerosa.
La miré y vi que tiritaba y jadeaba. Su cansancio empezó a fundirse con su angustia. Pensé bien mi respuesta y le dije con seguridad: —Sigue adelante, no importa la incomodidad o el miedo, no vuelvas por ningún motivo. No te preocupes por la subida, sólo baja, tan profundo como sea necesario.
—¿Helena te dio el mismo consejo?
—Así es, y me sirvió mucho. Sé que también te servirá a ti. No te preocupes. Yo te estaré esperando en la boca de la mina, no importa la hora.
Esto pareció surtir un efecto tranquilizador en *Nana*, pues dejó de temblar. Apoyó a *Azura* en su hombro izquierdo y me siguió entre los gruesos y robustos árboles, un poco más animada.

Descendimos por varios minutos mientras el ocaso poco a poco iba dejando sus visos púrpuras sobre el cielo que se oscurecía con rapidez. A medida que nos acercábamos al claro de la mina los árboles empezaron a apeñuscarse tomando formas monstruosas, viejos y con enredaderas largas que caían como cabelleras azuladas. Al tiempo, varios mosquitos empezaron a zumbar por todos lados, molestándonos. El suelo empezó a cuajarse de flores malsanas de amargos aromas, y los ramajes empezaron a crear bóvedas que oscurecían el camino; hasta que por fin llegamos al claro.

Allí se abrían los árboles en un círculo casi perfecto, como si ese horrible socavón secara las semillas y delimitara sus inmundos dominios. Y, en medio del claro, sobre el pasto tupido, se abría la entrada a la profunda mina. Allí estaba de nuevo, tétrica y maligna, invitando con su espesa oscuridad a la aventura y, a la vez, espantando cualquier presencia por su tono espectral y arcaico. Esa boca negra parecía un túnel creado en tiempos remotos por quién sabe qué execrables criaturas, y parecía que en su interior se anidaban mundos distantes e interestelares, lejanos de la razón y de la belleza.

Tal fue el impacto de la negra mina, que *Nana* tuvo un ataque de pánico, y gritó histérica. Se tiró al suelo, cual infante malcriado, y empezó a llorar, arrodillada y aún con *Azura* en sus manos.
—¡No! ¡Yo no voy a entrar ahí! —gritó mientras miraba aterrada la negra entrada bordeada de una pequeña reja oxidada.
—Debes hacerlo, es la única forma de que te sanes —le dije mientras me arrodillaba y la abrazaba. Sentí como empapó mi hombro con su llanto, al tiempo que la tomaba con fuerza para que dejara de temblar. Sentí su corazón palpitar de manera desenfrenada, al tiempo que sus piernas se movían en involuntarias contracciones.
—Me da miedo —me dijo sollozando. Casi al tiempo hizo dos arcadas, presa del pavor.
Yo le acaricié el negro cabello, que era liso como las crines de los caballos. —Te entiendo Dana. Yo también tuve miedo, pero confié en Helena. Ahora necesito que tú confíes en mí. Sólo recuerda los tres puntos de referencia, y recuerda siempre seguir descendiendo. No mires atrás, no pienses en volver, gatea cuando llegues al pozo y avanza cuando llegues al pasillo. No importa lo que suceda, sólo sigue avanzando—. La miré a los grandes ojos y añadí: —Yo estaré aquí esperándote.

Permanecimos acurrucados y abrazados por unos minutos, mientras la oscuridad dominaba el cielo y un vapor frío descendía de las cimas, flotando helado y envolvente alrededor del claro, dándole un aspecto aún más aterrador a la ahora neblinosa entrada. Tomé a *Azura* y ayudé a levantar a mi hermanita, que caminaba de manera lenta y cautelosa hacia esa mina, ahora semejante a una cripta pedregosa. Me miró por última vez antes de entrar, con una expresión temerosa que clamaba auxilio. Respiraba fuerte y sus manos temblaban, tanto de frío como de miedo; un miedo que le pintaba el suave rostro con pálidos matices. Encendió la linterna y empezó a bajar. En sólo segundos vi cómo la oscuridad del socavón tragaba su menuda silueta, sacándola de mi vista.

Ahora era mi turno. Recordé con lujo de detalles lo mencionado por Helena tanto en su primera como en su segunda visita a la mina. Miré el entorno que cada vez era menos visible por la poca luz que todavía quedaba, y me posé exactamente en la mitad de la entrada. Encendí el pequeño farol y apreté a *Azura* con fuerza, listo para cualquier reto. Mi hermana estaba en esa mina, y ni el mismísimo Dios entraría sin pasar sobre mi cadáver.

## 36

Nada sucedió durante varios minutos. La niebla se estancaba en el claro y reptaba como una víbora por entre los troncos vetustos y arrugados de los robles, y un aire opresivo imperaba en el claro; pero nada ocurría. Miré a todos los lados del linde, buscando entre la creciente oscuridad alguna tenebrosa aparición, pero sólo el molesto zumbar de los mosquitos era perceptible, además de uno que otro cantar de un ave lejana y lunática. Me cansé de sostener a *Azura* y decidí sentarme con el hacha apoyada en las piernas, mientras miraba cómo las estrellas empezaban a rutilar en la cúpula nocturna, y cómo el dosel del bosque se iba desdibujando en el firmamento negro y brumoso.

Transcurrió quizás una hora, no lo sé con certeza, pero mientras tomaba un poco de agua vi que algo me observaba entre los árboles y entre la niebla. Parecían dos ojos verdes, venenosos, que brillaban en la oscuridad con maligno furor. Pensé al inicio que podían ser luciérnagas, pero estaban estáticos y fijos. Parpadeé rápido para enfocar la mirada y acostumbrarla a la creciente oscuridad. Y entonces vi algo que me espantó por completo: Los dos brillos empezaron a rotar, como si una cabeza volteara por completo sobre un eje central, mirándome fijamente. Entonces me pareció imaginar una cabeza cadavérica en medio de esos dos brillos. De repente, esas luces verduscas empezaron a acercarse hasta salir al claro. Allí lo vi, pequeño y horrendo, blanquecino y casi gelatinoso. Se movía con lentitud, como adolorido, y sus músculos casi licuados palpitaban de manera involuntaria y desagradable.

Esa «cosa» se arrastró hasta salir de los sombríos árboles y quedar visible a la luz amarillenta del farol. Era una malformación, o un experimento terrible de algunos dioses lejanos y tiranos. Era sólo una cabeza descarnada, semejante a un recién nacido, y pegada a esa cabeza desproporcionada y casi hidrocefálica había un pequeño tronco que terminaba en un solo pie. También tenía dos pequeñas manos, rechonchas y cortas. El ente no era más grande que un perro mediano, quizás del tamaño de Titán; pero la visión me exaltó hasta los huesos, causándome un palpitar desbocado. Se acercaba de forma lerda, arrastrándose pecho a tierra, incapaz de sostenerse con esas risibles manos y avanzando con ese único pie, asqueroso y

deforme. En cuanto a su rostro, parecía tener los ojos cerrados, sin nariz y con una boca exageradamente grande, como si una sonrisa taimada y cruel le adornara la expresión facial.

Empecé a temblar al ver que esa infame aberración no se detenía, y seguía avanzando con paso desesperado y lento hacia mí, rompiendo la bruma como si fueran telas álgidas. Pero Helena me había dicho que esos monstruos eran rápidos, así que no podía fiarme. Podía ser una simple distracción… y así fue.

**37**

Cuando ya el pequeño maldito estuvo a menos de cinco metros de la entrada, tomé a *Azura* con fuerza y la blandí, causando un sonido metálico y poderoso que resonó por el oscuro claro. Apenas la blancuzca malformación vio el hacha abrió por fin los ojos, nauseabunda, y retrocedió.

Entonces me di cuenta de que otras dos abominaciones se habían acercado con alevosía hasta casi morder mis piernas, ocultos por la oscuridad y camuflados por quién sabe qué sortilegio. Sólo los vi cuando salieron corriendo al escuchar el rugido de *Azura*. ¡Los malditos eran rápidos! Pero los dos demonios que salieron corriendo eran diferentes: Tenían dos manos y dos piernas, pero andaban en cuatro patas como bestias, como si un maleficio pesado los encorvara. Eran también blancos, venosos y horripilantes. Y dejaron a su paso un hedor a carne pútrida, como el producido por un cementerio exhumado. Las moscas empezaron a acercarse al claro, atraídas por ese horrible olor y zumbando a mi alrededor en un ir y venir bastante molesto. Por esa misma línea, una cantidad anormal de gusanos empezaron a aparecer a mis pies, lechosos y desagradables, bullendo de la tierra y retorciéndose entre el pasto a la luz del faro.

Ahora los tres engendros eran visibles a la luz del farol, pero ninguno se acercaba. El trío de horrendos fenómenos me miraba con detalle… o quizás no a mí; los tres miraban a *Azura* con gran terror, como si su filo les recordara dolores y torturas pasadas. La bruma cada vez parecía más densa, dejando los lindes cada vez más borrosos a la luz del farol. El frío también empezó a incrementarse, y unos vientos fuertes empezaron a soplar desde el norte, esparciendo el hediondo tufo de los blancos monstruos. Pero la niebla no era llevada por estas ventiscas, aunque los desdibujados ramajes del rededor se movían de manera salvaje.

Se volvió un concurso de aguante. Ellos esperaban que yo flaqueara y me distrajera. Yo esperaba que alguno se acercara para hundirle el hacha en la horrenda carne. La adrenalina de mi cuerpo me puso a temblar, pero hizo que *Azura* pesara menos. Sentía el hacha liviana, muy liviana, y mis piernas estaban firmes y prestas para la lucha. En ese momento no temía, quizás por el tamaño de esos seres, quizás por la seguridad de tener a *Azura* en mis manos… no lo sé.

Pero de repente vi que detrás de los tres pequeños monstruos había movimiento, muy sutil y escondido en la penumbra nocturna. Así que tomé el farol del suelo por un instante y, con *Azura* en la otra mano, me acerqué un poco, sin descuidar la entrada a la mina, y los vi a todos en su aterrador apogeo.

## 38

Eran decenas entre la bruma, apeñuscados, blancos y lampiños, deformados como si fueran los etéreos desechos de una creación corrompida. Algunos tenían brazos de más, otros no tenían. Algunos tenían piernas de más, otros no tenían. Incluso había algunos que emanaban un hediondo pus de algunas heridas que mostraban como medallas de batallas pasadas. Parecía una imagen dantesca de seres sempiternos condenados por terribles pecados. La fría niebla los envolvía y sólo el farol los iluminaba, bañándoles las inmundas caras con una luz amarilla y tenebrosa.

Y detrás de todos ellos permanecían dos esqueletos con túnicas blancas como si fueran dos majestuosas parcas. Bajo sus capotas tenían cráneos que lanzaban una mirada vacía y negra de unas cuencas profundas; pero ningún otro hueso era visible. Permanecían estáticas, como estatuas marmóreas, y sólo sus mantas se movían por la fuerza del viento helado. Estaban a pocos metros de mí, ¡y de *Nana*!

Retrocedí unos pasos, aterrorizado, dejé el farol en el suelo y tomé de nuevo el hacha con fuerza. Transpiraba y todo mi cuerpo temblaba sin control, turbado por la obscena imagen que había acabado de ver. La cabeza me palpitaba y mi corazón permanecía acelerado, casi al borde de un infarto al miocardio. La luz dejó de iluminar los dos inmóviles fantasmas esqueléticos y el resto de blancuzcos maleficios, y sólo quedaron visibles los tres primeros monstruos que se habían acercado, mirándome de manera atenta y esperando impacientes un error de mi parte.

Pero mi delirio llegó a un nivel aún más alto, pues, aunque sabía que en la oscuridad esperaban dos espectros de túnicas blancas y decenas de malformadas criaturas, vi que entre las copas de los árboles se movía una mole sombría, soberbia y grande como un paquidermo. La enorme criatura se bamboleaba lenta, y podía medir con facilidad cinco o seis metros de alto. En su cabeza cornuda recortada en el cielo eran visibles unos ojos brillantes como rubíes, rojos y crueles. Sentía el temblar de la tierra a su poderoso paso, y escuchaba cómo se rompían las ramas de los árboles mientras se movía oscilante cerca del claro. Volteó la negra cabeza de repente y me vio. ¡Me vio! ¡¿Cómo iba a enfrentarme a eso?! ¡¿*Azura* podría espantarlo?!

La descomunal bestia pareció detenerse por un momento, mirándome con detenimiento con esos ojos sanguinolentos en medio de un negro intraspasable; pero siguió su colosal camino hacia el norte, caminando pesado y poderoso en medio del Bosque de Niebla, enorme y monstruoso, como si no fuera de este mundo; y creo con fervor que en verdad no era de este mundo.

Entonces me volví a enfocar en las criaturas frente a mí. El farol no iluminaba más que a esos tres monstruos enfermizos. El hedor cada vez se hacía más insoportable, y cada vez más moscas llegaban al misterioso claro. Los tres seguían atentos, mirando con atención el hacha y respirando con estertor, como si les doliera el pecho con cada bocanada. En ese terrible momento escuché tras de mí un grito agudo y femenino. ¡Era *Nana*! Era un grito aterrador,

provocado por un dolor inconmensurable y una enorme desesperación. ¡Ella ya estaba en el pasillo!

## 39

El terror que había sentido poco a poco empezaba a bajar. Ahora me sentía más seguro. Momentos antes estaba esperando que alguno de esos fantasmas se lanzara sobre mí con sus heladas manos huesudas y me apretara el cuello, o que todos esos engendros malignos se abalanzaran con maquinal violencia hacia mí y me hicieran trastabillar, entrando a la mina y devorándome en el intento. Pero ahora que escuchaba a *Nana* sentía un brillo de esperanza. Aunque sabía el terrible dolor que ella estaba sintiendo, me tranquilizaba saber que había logrado cruzar el templo subterráneo y el pozo hechizado.

Pero canté victoria muy pronto, pues apenas escucharon a *Nana* los pequeños adefesios se lanzaron desenfrenados hacia la mina en desesperado tropel. El terror me dominó por completo al ver cómo se acercaban en enloquecida carrera. Les mostré a *Azura*, pero parecieron obligarse a continuar, como si un mal oculto los azotara desde las sombras y los obligara a entrar al socavón. Grité con mucha fuerza para espantarlos, pero no se asustaron. Siguieron acercándose, empujándose y corriendo en medio de contracciones dolorosas, inconstantes y con pasos retorcidos. Volví a gritarles, pero al verlos tan cerca un fulgor llenó mi ser. Sentí la cabeza trepidar y el cuerpo arder. ¡Era mi hermanita! ¡Era mi *Nana*, mi niña! ¡No podía dejarlos pasar! El desespero nubló mi lógica, posándose en mi cráneo por encima de mi miedo y mi impotencia. Así que blandí el hacha con fuerza y sin miedo…

Se escuchó un chillido agudo que se propagó por todo el claro como una nota estridente y siniestra. El blanco monstruo cayó al suelo mientras una sangre viscosa y negra le llenaba la horrenda testa. Le había partido la cabeza en dos. Pero no feliz con eso, en medio de mi furor había mutilado a una segunda criatura, mientras una tercera salía espantada. Ninguna otra criatura se acercó al farol, ni tampoco los dos lúgubres esqueletos; pero sabía que todos me miraban desde la penumbra, escondidos en la oscuridad y entre el frío vapor.

Y la sangre se me heló cuando sentí que algo me tomaba de la pierna.

## 40

—¡Dana! —grité mientras miraba a mi hermanita en el suelo, arrodillada en el umbral de la mina. Me había tomado la pierna, y me miraba llorando por el intenso dolor. Su rostro estaba sucio y sus cabellos empapados de sudor, arremolinados y llenos de tierra. Tenía convulsiones a causa de la sensación reciente de aguda tortura, y sus brazos y piernas se contraían de manera involuntaria. Se arrastró por el suelo dando tumbos, entrelazando una inocente torpeza con un vigoroso fervor. Era como si estuviera presa de los efectos de alguna droga, y sacudía los brazos como espantando fantasmas, casi bordeando la demencia.

Miré a todos lados, pero ya no había ninguna criatura, ni siquiera la que había matado. El horrible vaho del rededor se había disipado y ya no había insectos revoloteando alrededor.

Los lindes del pastoso claro eran visibles a la luz del faro. El ambiente pareció menos denso, incluso el aroma a musgo inundó el aire. El viento pasaba con más pureza y los árboles parecieron retroceder unos pasos, encogiendo sus fértiles ramas. El influjo maligno que había inundado ese sitio sólo instantes atrás ahora había desaparecido.

Mi adrenalina empezó a bajar, pero fue reemplazada por una neuralgia dolorosa que casi paraliza la mitad de mi rostro. Todo mi cuerpo empezó a tiritar con singular hormigueo, y mis fuerzas parecieron abandonarme por completo. Sentí frío y cansancio, y un agudo dolor de cabeza empezó a taladrar mi cráneo; pero ninguna de esas dolencias importó, pues en ese instante maravilloso y pacífico supe que enfrentar todos esos terrores había valido cada penuria.
—¿Estás bien? —le pregunté a mi hermanita con presura. Solté el hacha y acaricié su cuello con delicadeza.
Ella, con la mirada cansada y una expresión adolorida, asintió. —Soy más bella —dijo sonriente mientras me tomaba la mano. Tenía los ojos hinchados y los labios sangrantes por mordérselos en medio de la locura. Su cuerpo temblaba y se estremecía por la reciente sensación de ardor; pero estaba viva, y ahora tenía veintiún años más por delante. Ambos lo habíamos logrado.

## 41

Tomé el farol con una mano, puse a *Azura* bajo el brazo y tomé a mi hermanita con la otra, ayudándola a subir por entre el estrecho sendero hasta la cima de la montaña. La oscuridad era perenne, pero no sentíamos ningún peligro; era como si todos esos demonios del bosque hubieran desaparecido por completo, arrojados a otro mundo al finalizar el ritual de curación. Caminamos cuesta arriba, agotados ambos, hasta que llegamos a la cumbre. Allí vimos la laguna, negra como un espejo de estrellas que reflejaba el hermoso cielo nocturno. Descansamos en ese sitio unos minutos, pues nuestros cuerpos no podían avanzar más. Ambos estábamos exhaustos. Las piernas y las manos nos dolían, y el aire nos faltaba.

Poco después bajamos hasta el auto. Allí estaba Saúl esperándonos. Apenas nos vio sonrió, pues se alegró de vernos, pero cuando se fue a acercar a *Nana* para verle el cuello se notó la ya conocida repulsión. Dana se sorprendió al ver la expresión de asco del hombre, me miró confundida y me preguntó con los ojos; pero yo meneé la cabeza, pidiéndole que ignorara el gesto. Ahora tenía que explicarle a *Nana* el incómodo cambio que experimentaría después de ser acariciada por la helada muerte, y este cambio incluía a su amado perro Titán.

El viaje a casa se hizo en silencio, y fue muy incómodo. Cuando llegamos nos dimos cuenta de que Idalí, ya consciente de la situación, nos había dejado servida la cena. Para cuando llegamos ella y Óscar ya estaban encerrados en sus cuartos, evitando el contacto con nosotros. Saúl también se fue a su habitación casi de inmediato.
*Nana* se sobó la oreja en señal de sueño y cansancio. Conocía ese pequeño ademán de memoria, pues toda la vida lo había tenido. —¿Ahora todos sentirán por mí la misma terrible aversión que sentíamos todos por ti y por mi tía Helena? —me preguntó antes de irse a su cuarto para descansar.

Yo asentí. —Así es, *Nana*, ahora empieza una nueva etapa en tu vida —le dije con gran congoja—. Pero yo te ayudaré y te apoyaré. Estaremos juntos en este solitario camino.
Ella me sonrió, cansada y aún adolorida, y me dijo: —Lo sé. Gracias, Jhon… por todo.

# LA CUENTA REGRESIVA

## 42

Esta es la última parte de mi inquietante narración, y quiero iniciarla con una profunda reflexión sobre el tiempo que se nos brinda en este pequeño pedacito del universo. Hago esta

reflexión porque siento cómo mi tiempo se acaba, tal y como le sucedió a mi querida Helena antaño. Estoy próximo a cumplir cuarenta y dos años, y ahora me veo en la terrible situación de tomar una decisión: Dejarme cortar la cabeza o experimentar de nuevo el insondable horror de revivir, descendiendo por segunda vez a esa mina embrujada.

Han pasado casi once años desde que mi hermanita bajó a esa terrible profundidad y sanó. Durante esos años le enseñé todo sobre el negocio. Ella ahora conoce la mina de esmeraldas con mucho detalle. Incluso hace poco hicimos el presupuesto de un nuevo túnel.
—Mínimo 127 metros de la entrada al socavón más profundo —me dijo con seguridad mientras me mostraba los planos de la mina familiar—. Hay en este momento 97 mineros, y creo que necesitamos por lo menos otros 15. Además, hay que comprar el plomo para darle el color verde a las esmeraldas. El plomo que compramos la semana pasada ya se está acabando —añadió seria. Ya es una adulta, y habla con propiedad, como toda una empresaria.

Para mí es difícil aceptar que ya creció, aunque siempre me refiero a ella como «mi hermanita» o como «*Nana*». A ella no parece importarle que la trate como una pequeña en ocasiones, pero en temas de trabajo siempre nos guardamos gran respeto. Yo le enseñé todo lo que sé, por lo que pocas veces tuvimos discusiones con respecto al negocio en estos efímeros años. ¡Cómo han pasado de rápido! Veía este sombrío momento lejano, y he aquí mi reflexión: Debemos vivir y disfrutar el presente con tanta intensidad, que el deseo de volver al pasado o ir al futuro no debe tener cabida. Debemos tener un presente patente y eterno, alargarlo a tal punto de querer volver a vivir nuestra vida tal y como la hemos vivido.

Pero curiosamente este no es mi caso. Estos once años los he pasado trabajando en compañía de Dana. Hemos vivido en la misma mansión, recordando a Helena todos los días, sin falta; y no hemos hecho nada más. Han sido años de innumerables sinsentidos. ¿Qué clase de vida he tenido durante tanto tiempo? Intenté retomar el contacto con mi hijo varias veces, pero me fue imposible. Pocas veces he salido de mi hogar, quizás cinco o seis veces al año, y nunca me he quedado por fuera de la casa. Hemos vivido con Dana aislados todo este tiempo, conscientes del miedo que producimos en el pueblo y el asco que le damos a Idalí, a Óscar, a Franco y a Saúl. ¿Quiero volver a vivir esta vida miserable e insípida, lejos del mundo y encerrado en una gótica mansión bordeada de árboles tenebrosos y nieblas espectrales?

En ocasiones me levanto odiando el mundo, odiando mi vida y odiando mi situación; esos días miro a *Azura*, ansioso de acabar con todo. Pero el miedo a la pérdida es más fuerte que la emoción de la ganancia. Temo perder mi vida, temo a lo desconocido… temo en concreto a la muerte. Entonces dejo de mirar el hacha y, por el contrario, me convenzo de bajar de nuevo al socavón embrujado para quitarme este horrible tumor que ahora crece de nuevo de manera acelerada y tormentosa. Ya no tengo tantos complejos de vanidad, ya no me importa ver cómo el bulto me desfigura el cuello, pues ya después de cuatro décadas he dejado las relaciones públicas casi por completo, y casi todo lo coordino por teléfono. ¿Debo aferrarme a lo único que tengo tangible, que es mi presente? O, por el contrario, ¿debo dejarme morir para terminar con una vida de ocio, soledad y remordimiento?

Helena había tomado una decisión, acertada para ella, pero dolorosa para mí. La extraño cada día. Todas las mañanas me levanto esperando verla de nuevo, con su hermosa sonrisa blanca, su brillante cabello castaño al viento, sus ademanes femeninos y su andar altivo y orgulloso.

Segundos después vuelvo a la realidad y, angustiado, corro con delicadas flores a hablarle a una lápida que cubre un cuerpo sin cabeza. ¿En qué despojo de ser humano me he convertido? Busco consuelo en una fosa que yo mismo cavé. Le hablo al recuerdo de la mujer que me permitió vivir veintiún años más. ¡A esa misma hermosa mujer yo la había decapitado con sevicia y delirio! ¡Qué horror!

Gran parte de mi depresión se aferra al asesinato de mi querida tía. La amargura se siembra bajo la ausencia de Helena, llenando por completo todos los recovecos de mi existencia y pululando todos los días con un remordimiento incontrolable que se entierra hasta mis ahora débiles huesos. ¡Cuánta falta me hace! Me molesta el vacío que mi tía dejó, y me molesta aún más que yo haya contribuido a esa ausencia. Y, para agravar la situación, ahora el tiempo se me esfuma como el humo entre las manos. Debo tomar una decisión.

## 43

«Odio contar», estas dos palabras empezaron a volverse una premisa diaria. Empecé a contar las horas, incluso los minutos, al tiempo que sentía cómo la vida se me iba apagando, segundo a segundo, como una llama en una antorcha moribunda. Sentía como si una pena de muerte pesara sobre mí, ya con fecha establecida. Dejé de prestarle tanta importancia a la mina familiar, delegando casi todo y confiando en las capacidades de Dana. Ella evitaba el tema, igual que yo años atrás con Helena, pues *Nana* sabía que debía respetar mi decisión (estuviera o no de acuerdo), además de ser partícipe de ella. Para mi hermanita era mejor extender la situación hasta donde fuese posible.

Pero poco a poco el inquisitivo límite se acercaba, restando por horas los días tranquilos y hermosos. Once años pasaron volando, disfrazados de una rutina de pseudo-normalidad; pero de normalidad no tenía nada. Creo que es más acertado decir que fueron once efímeros años de soledad y encierro, cuales frailes en sus penitencias. Estuvimos con *Nana* once años dando órdenes y haciendo negocios, pero ansiando el amor de nuestros familiares y nuestros amigos. Mis padres nos aman, pero con los años dejamos de visitarlos, pues en las últimas visitas no podían disimular el malestar al sentir nuestras frías almas y nuestras ácidas sustancias. ¿Amigos? ¿Cuáles amigos? Sólo teníamos trabajadores, pues ni siquiera Saúl resistía una conversación larga con ninguno de los dos. Todos buscaban cualquier atisbo de distracción para evitarnos, para alejarse, dejarnos de hablar y huir, tranquilizando así sus instintos primitivos y sus almas puras e inocentes. Era como si sus consciencias fueran unas niñas buenas que no deben juntarse con nuestras almas atormentadas y apestosas.

¡Ni siquiera las mascotas nos soportan! Titán empezó a gruñirle a *Nana* apenas volvió del renacer. El perro le mostró los amenazantes dientes mientras evitaba despavorido el abrazo de mi angustiada hermanita.
—¡Titán, mi niño, no te alejes! —le pidió *Nana* con un nudo en la garganta y aguantando el llanto.
Pero el perro, aunque quería acercarse para que Dana lo acariciara, no logró hacerlo. Voleaba la cola, pero casi de inmediato se erizaba. Era claro que tenía dos sentimientos encontrados: La alegría de ver sana y salva a su amada dueña, y al tiempo un temor invisible que lo obligaba a ponerse en guardia. El temor fue quien finalmente triunfó.

*Nana* le rogó por mucho tiempo al perro para que la siguiera amando, dándole de comer e intentando acercarse para consentirlo. Casi le imploró que no cambiara su actitud hacia ella. Pero el dorado Titán nunca fue igual con ella desde ese día, y esto destruyó el ánimo de mi hermanita. Fue Idalí quien tuvo que hacerse cargo del bello perro, pues Dana no pudo acercarse a él nunca más.

En cuanto a la gata, sólo se limitó a vigilarnos. Atena no nos despegaba la azulada mirada, y nos seguía por toda la mansión, desde las habitaciones hasta el portón, atenta siempre a cualquier movimiento. Cuando nos acercábamos a ella corría de inmediato, escabulléndose ágil entre sillas y pasillos; pero segundos después volvía para seguirnos con su actitud inquisidora. Algunas veces tomaba valor y se nos acercaba, ronroneaba y se frotaba contra nuestras piernas, pero instantes después se alejaba unos metros para observarnos, como si recordara la enigmática situación. Intuí desde el inicio que la energía mortuoria que se desprende de nosotros como piel muerta asusta al perro y atrae a la gata, y el tiempo y los años me han dado la razón.

¡Nadie nos acepta! Siento que fueron once años botados a la basura, tolerándonos los dos, abrazándonos en nuestra soledad, compartiendo el mismo sufrimiento causado por el aislamiento y el repudio. Once años siendo compañeros de desdichas, de penurias, de desprecios. Sintiendo cómo las personas del pueblo nos rechazan, escuchando chismes que nos describen como los fantasmagóricos antagonistas, causantes de los brotes enfermizos en los infantes y de la proliferación de las ratas durante las cosechas.
«Esto es obra de esos dos seres malditos que viven en las montañas, allá arriba, entre el Bosque de Niebla y la Laguna de Fausto» escuché decir una vez a un anciano zapatero, refiriéndose a las ratas que empezaron a pasearse por todo Sural en los meses de agosto y septiembre. Años atrás le hubiera dado frente, ofendido; pero en ese momento sólo reí, pues no se debe dar poder a un simple desconocido. Quien te irrita tiene poder sobre ti. Ahora sólo tengo en cuenta la opinión de *Nana* y de los trabajadores de la casa. Mis personas favoritas empezaron a bajar de número con los años, como todos los números de mi vida. Empezaron a descender mis amistades, mis prioridades, mis pasiones, mis gustos… mis años, mis meses, mis días, mis horas, mis minutos y mis segundos. De jóvenes ansiamos ganar porque los números crecen, pero cuando pasan los años y los números bajan buscamos no perder. Cambiamos el deseo por el agradecimiento. Y ahora que el momento se acerca sólo cuento de más a menos. ¡Odio contar!

## 44

—Quiero pensar en la doctrina de la reencarnación —le dije a *Nana* mientras mirábamos la laguna allá abajo. Estábamos sentados sobre el pasto y habíamos decidido hacer un *picnic*. El día era agradable y el sutil viento que peinaba los pastos llevaba consigo las dulces fragancias de las coloridas frondas del rededor, al tiempo que las arboledas circundantes proyectaban una fresca sombra sobre nosotros. Alrededor volaban algunas mariposas azules y amarillas, hermosas y brillantes.
—¿Quieres seguir viviendo sin descender a la mina? —me preguntó Dana de manera astuta, al tiempo que un colibrí hermoso y de colores metálicos se acercaba a nuestro *picnic*,

sacudiendo sus alas a tal velocidad que no eran visibles. Segundos después de curiosear nuestra comida, el ave se encaminó a la laguna. Dana, al igual que Helena y que yo, habíase vuelto muy inteligente y aguda de pensamiento después de sufrir los horrores del descenso, por lo que sé que la idea de mi futuro le estaba carcomiendo la calma.
Yo sonreí, al tiempo que veía cómo el colibrí se perdía entre los brillantes ramajes circundantes, rumbo a la laguna.
—Sería una maravillosa opción —respondí después de unos instantes, sin dejar de mirar el agua cristalina allá abajo, bordeada de arena blanca.
—Sabes que debes tomar una decisión, y en lo personal no quiero que me dejes sola.
Volteé a mirar a *Nana* con sorpresa, pues no esperaba tal sinceridad. En ese momento me transporté al pasado, cuando le rogué a Helena que no me dejara solo. Era como un d*éjà-vu*, con la diferencia que antes fui el aprendiz y ahora era el maestro. Entonces entendí a Helena más que nunca. ¡Otra vez ella! Ese álgido remordimiento no me dejaba en paz, pero ahora ese remordimiento pasaría a Dana si yo tomaba el mismo camino de mi tutora.
—No me dejes. Baja de nuevo y quédate conmigo otros veintiún años. Sólo te tengo a ti —me insistió mi hermanita con ternura y a la vez con preocupación.
La abracé con dulzura y le sonreí. Pero no fui capaz de responderle, pues en verdad no quería volver a bajar a esa mina y sufrir esa psicosis y ese dolor indescriptible; más aún, dudaba porque no quería vivir otros veintiún años de la misma manera. ¿Podía cambiar mi forma de vivir? Era difícil, pues no dependía de mí. En cualquier parte del mundo sería un paria, un horrible despojo de persona, mitad vivo y mitad muerto. Otros veintiún años implicaban otros 7665 días iguales, encerrado en una mansión en medio de la bruma y entre los árboles misteriosos del Bosque de Niebla.
Mi silencio fue suficiente para que *Nana* no me insistiera. Miró de nuevo la laguna, hermosa y turquesa, y añadió: —No importa qué decisión tomes; yo te apoyaré tal y como tú lo hiciste con mi tía.
—Gracias, *Nana* —dije de manera profunda, mientras la miraba e imaginaba con tristeza cómo la culpa roería su médula hasta hacerle la vida miserable, tal y como me pasó a mí.

Llegamos a casa y fui directo a la sala. Sobre la chimenea apagada colgaba *Azura*, roja y oxidada, presta a cortar mi cabeza o herir a las perturbadoras y lampiñas criaturas del bosque. Sentí cómo, al igual que Dana, el hacha divina esperaba con expectativa mi decisión, presta a cumplir mi voluntad.

Idalí me trajo un café, lo puso en la mesa para no acercarse a mí (como ya era costumbre) y se retiró. Ella, al igual que todos, evitaban tocarme, pero ya no me afectaba. Me toqué el cuello y sentí el tumor, ahora más hinchado y pesado, y me senté, ensimismado. Había sobrepensado mucho durante los últimos días. Me quedaban sólo meses para tomar la importante decisión. «¿Quería dejar de ver esos hermosos paisajes?» me pregunté mientras miraba por la ventana el hermoso linde del bosque, colorido y fragante. Y de repente empecé a vislumbrar el milagro, el detalle y la maravilla en todo, como si fuera un infante descubriendo el mundo; igual que mi tía antes de morir. El trueno empezó a sonar con más fuerza, la lluvia empezó a arrullarme con más encanto, el sol empezó a calentar con más bondad y el viento empezó a ser más amable al peinar mi cabello.

¿Ya me había decidido? No, aún no. Me sorprende el valor de los suicidas, que se lanzan a la muerte por encima de su instinto de subsistencia, y se obligan a actuar por encima de su

miedo. Yo no quería morir por miedo, pero también temía bajar a las entrañas de la montaña y volver a sentir ese caótico sufrimiento. ¿Es peor lo desconocido que un dolor conocido? Esa era mi duda, y si lograba resolverla tomaría mi decisión de inmediato. Pero al final el horror se convierte en angustia, y la angustia en tristeza, pues ya se conocen las consecuencias, ya se conoce el padecimiento y el dolor… ya todo es claro en ese momento oscuro. Gran parte de la vida es la incertidumbre del futuro y no el terrible peso del tedio y de la repetición. Con esto en mente supe lo que debía hacer.
Dejé el café sobre la mesa, me levanté, miré a la inclemente *Azura* y le dije con gallardía: —Ya he tomado mi decisión.

## 45

Recuerdo bien la primera vez que rechazaron a Dana en Sural. Fue en una tienda, y el hombre que la atendió se horrorizó al acercarse a mi bella hermanita. Ella sólo retrocedió y salió de la tienda, consciente de la ofensiva y molesta reacción. Lloró durante todo el camino a casa. Aunque Titán ya se había alejado de ella, Dana aún no podía lidiar con el rechazo. El aislamiento ha sido más impactante para *Nana* que para mí. El que la eviten ha horadado su autoestima, por lo que ella empezó a cambiar su visión del mundo, y se volvió experta en el negocio de la minería. Nunca ha superado el rechazo, sólo lo resiste.

Cito este recuerdo porque me la imagino llorando después de que sepa lo que debe hacer para ayudarme. Baje o no a la mina, ella debe blandir a *Azura*, y por eso le pedí estos últimos días que corte más madera de lo habitual, y así se adapte al peso del hacha. Luchar contra criaturas lechosas e infames o cortarme la cabeza; cualquiera de las dos opciones es terrible para *Nana*, y se torna peor por el amor que me tiene.

La semana pasada fuimos a visitar a mis padres a El Santuario. Nos recibieron como siempre, distantes, pero una vez entramos a la casa mi madre me empezó a mirar con detalle, como si buscara algo en mi rostro. Mi padre no tenía presente la fecha, por lo que se limitó a preguntarnos cosas básicas de la mina y de salud (así demostraba él su amor). Mi madre, en cambio, sabía que yo estaba próximo a mi maligno cumpleaños, y temió; lo vi en su rostro.

Almorzamos y estuvimos hablando por varios minutos. Mi madre me preguntó sobre el tumor, y a *Nana* sobre su recuperación y sobre los negocios familiares; pero ella no se atrevió a mencionar mi cumpleaños, ni preguntó sobre mi decisión (aunque creo que ella ya la sospechaba). Las madres parecen tener un superpoder con todo lo que respecta a sus hijos. A la hora de despedirnos, ella, para sorpresa de todos, nos abrazó a *Nana* y a mí con fuerza. Sentía cómo su corazón palpitaba fuerte contra mi pecho, y cómo temblaba mientras se aferraba a mí. Esa vez el amor maternal superó el miedo inconsciente. Me besó la frente e hizo lo mismo con mi hermanita, y salimos de la casa.

Volvimos con Saúl a Sural. *Nana* me hablaba muy animada por el gesto de mi madre; pero entonces pareció deducir algo, y abrió los ojos, asustada.
—¡No, no, no! —dijo Dana de golpe y con las pupilas dilatadas. Su inteligencia me sorprendió en ese momento.

—Debemos bajar esta semana a la mina familiar, y además debemos hablar con el alcalde. Todo debemos hacerlo antes del lunes.
—Haremos todo, pero si es verdad lo que pienso tendremos un enorme problema.
—Es verdad lo que piensas, y estás en todo tu derecho de estar molesta; pero sólo recuerda que cuento contigo, sólo contigo. Nadie más puede ayudarme en este momento, en este terrible y próximo cumpleaños.
Mi hermana se puso furiosa. No me habló durante el resto del viaje. Y apenas llegamos a la mansión se apresuró a encerrarse en su cuarto. No la culpé, pues conozco ese sentimiento; me sentí igual cuando Helena tomó su decisión. Sin embargo, cada minuto perdido para mí era oro, por lo que después de algunas horas subí para hablar con ella. Al principio no quiso abrir la puerta de su cuarto, pero después de un sermón sobre el tiempo que nos queda logré convencerla. Estuvimos hablando de todo sobre todo por varias horas, hasta que por fin aceptó ayudarme, aunque ahogada en el llanto.
—¿Y después qué haré? —me preguntó como si fuera una pequeña niña. Entonces evoqué recuerdos de nuestra niñez, como cuando salíamos de la mano a la tienda o al colegio. Esa niña que me hablaba tenía más de treinta años, pero seguía siendo mi niña.
Yo no pude aguantar la melancolía, por lo que se me cristalizaron los ojos. La abracé con fuerza, pues era la única persona en el mundo a la que podía abrazar con sinceridad, y le dije:
—Lo harás bien. No te preocupes. Pronto llegará otro familiar con un tumor. Deberás guiarlo por el camino del revivir, tal y como Helena hizo conmigo y yo contigo. Estoy seguro de que lo harás bien.
—¿Hace cuánto tiempo sabes de ese familiar?
—Hace seis años. Es un pariente lejano, hijo de un primo. En este momento tiene trece años. Serán tiempos de soledad, *Nana*, pero sé que lo harás bien—. Entonces le hablé sobre las criaturas del bosque.
—¡Claro que lo haré bien! —dijo con tino de orgullo, olvidando por un momento la congoja. Yo la miré con infinita bondad, y asentí sonriente.

## 46

Ahora se acabó la cuenta regresiva. Ya no me quedan meses, ni días, ni siquiera horas. Todo ha llegado al fulminante cero. Sólo quedan minutos, pocos minutos que pierdo mirando el hacha divina sobre la chimenea ahora encendida. Las sombras se proyectan amenazantes sobre la pared y hasta el techo. La bruma bajó de las alturas apenas anocheció, ansiosa y gris, y las estrellas no son visibles a causa de las nubes que se arremolinan malignas sobre la mansión. La atmósfera es pesada, expectante, incluso turbia. ¿Cavar mi propia tumba? ¡Claro que sí! No podía dejarle ese arduo trabajo a Dana. La cavé exactamente al lado derecho de Helena, pues quería que mis restos decapitados descansaran al lado de mi amada mentora. ¡A minutos! Sólo faltan minutos para que la maldición que pesa sobre mí finalice. ¡Sólo minutos!

Titán y Atena ya han envejecido. La gata, ahora más peluda, me mira desde la escalera con sus hermosos ojos brillantes y su cara negra iluminada por la luz crepitante de la chimenea. Sabe que pronto dejará de verme, por lo que me examina con detalle, como guardando mi imagen infame y misteriosa en su astuta mente. Titán, sacudido por los años, ahora permanece echado todo el tiempo. La vejez lo ha cansado y algunas canas le han salido en la

parte baja del hocico. Durante todos estos años permaneció a una distancia prudente de nosotros; pero ahora, en mis últimos instantes, levanta la bella cara y, con gran esfuerzo, me volea la cola. Es la primera vez durante todos estos largos años que me volea la cola y me mira con amor, ese amor que sólo los perros pueden demostrar. Siento, mientras intenta detallarme con esos ojos azulados por las cataratas, que me perdona y me pide perdón. Él, al igual que yo, nos despedimos con la mirada, pues ambos sabemos que él también morirá pronto a causa de la inclemencia del tiempo.

Ya los somníferos están listos, ya la demencia se está calmando y el miedo a la muerte de repente ha desaparecido por completo (quizás por el bondadoso gesto de Titán y la grata presencia de Atena). Tengo una sutil sensación de ansiedad, algo normal, pero no es el horror desmesurado que sentí días atrás, cuando imaginé la esquelética presencia de la muerte apuntando con indulgencia el final de mi camino.

Pero ninguna enloquecida sensación se compara al pánico que tuve ya meses atrás, cuando decidí por un instante bajar de nuevo a la mina. Me levanté decidido, fui a la sala y tomé el hacha, la envolví en un paño blanco y fui a buscar la linterna. Pero me rompí cuando cerré la mochila. Me quebró el sólo pensar en bajar y bajar, en volver a sentir ese intenso dolor y en sufrir otra vez ese obsceno miedo. Fue un terror tan abismal que simplemente desistí de la empresa. Saqué todo de la mochila, dejé el hacha en la pared y me decidí por la otra opción. Espero sólo dormirme para nunca más despertar.

Ahora, en medio de la cálida sala de la mansión, frente a la chimenea encendida, rodeado de las montañas boscosas y el Bosque de Niebla, y cerca de la Laguna de Fausto, miro al viejo Titán, de aspecto ahora generoso, y a la solemne Atena, mientras espero con valentía que *Nana* baje del segundo piso para entregarle por fin a *Azura*, el «Hacha Oxidada».

# FIN